WILLIAM & MARY DARLINGTON
MEMORIAL LIBRARY
UNIVERSITY OF PITTSBURGH

UNIVERSITY OF PITTSBURGH

Dar
PG 6323
A1
1827

Darlington Memorial Library

3 1735 060 398 173

707316

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Pittsburgh Library System

http://www.archive.org/details/elingeniosohidal01cerv

Mary E. O'Hara 1844.

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE

DE LA MANCHA.

Se vende en la Librería de CORMON y BLANC:

En LYON, calle Sala, nº 30.

En PARIS, calle Montmartre, nº 167.

EL INGENIOSO HIDALGO

141.6.2

DON QUIJOTE

DE LA MANCHA,

COMPUESTO

POR MIGUEL CERVANTES DE SAAVEDRA.

TOMO I.

PARIS,
LIBRERÍA DE CORMON Y BLANC.

1827.

NOTICIA

DE LA VIDA Y DE LAS OBRAS DE CERVÁNTES.

Nació Miguel de Cervantes en Alcalá de Henáres el año de 1547. Sus padres Rodrigo Cervantes y Doña Leonor de Cortinas le inclinaron desde niño á las letras con intencion de que siguiera en ellas alguna carrera útil. La teología, sin duda, ó la jurisprudencia, le hubieran proporcionado una subsistencia segura, una vida menos agitada y miserable, tal vez la elevacion y las riquezas. Pero Cervántes, embebido con los encantos de la poesía, se dejó llevar tras ella, y siguió el impulso del genio, cuyas voces imperiosas claman siempre mas alto que las de la indigencia.

Estudió las humanidades en Madrid con el maestro Juan Lopez,

cuya habilidad era bien conocida para este género de enseñanza : y sus primeros ensayos poéticos fueron unas coplas y una elegía á la muerte de la desgraciada Isabel de Valois, que aquel profesor insertó en la relacion que hizo de las exequias de esta Reina. Haríase mal juicio de sus talentos si se midieran por el mérito de estos versos, y aun de todos los que compuso en el resto de su vida. Este escritor tan ingenioso y tan rico, que en su prosa derramaba á manos llenas las flores mas bellas y elegantes, y cuya diccion suspende por su armonía, su dulzura, su poesía, encadenado con las trabas de la versificacion, se arrastraba dificultosamente, y en nada acertaba. Huia la poesía de sus versos desgraciados, sin que pudiesen reconciliarla con ellos ni la ciega aficion de Cervántes, ni su continuo ejercicio en componer. Semejante á aquellos árboles que fron-

dosos y bellos en la libertad de las selvas, trasladados al recinto de los jardines pierden su lozanía y se marchitan.

No era extraño pues que el éxito de sus primeras producciones, todas compuestas en verso, mortificase su amor propio. Despechado por ello y ansioso de mejorar fortuna, salió de España y fué á Roma. Piensan los hombres á veces que huyendo de su destino escaparán de su influencia: la expatriacion de Cervántes solo sirvió á empeorar su condicion. Camarero primeramente del cardenal Acuaviva, alistóse despues en las banderas de Marco Antonio Colona, y asistió á la memorable batalla de Lepanto, en que los cristianos triunfaron del poder Otomano, y humillaron la soberbia de Selin II. Cervántes salió herido en una mano, que estropeada por toda su vida fué testimonio perpetuo de su valor y de la ingratitud de

su patria. Esta desgracia fué seguida de otra mayor : porque volviendo á España cuatro años despues, el célebre corsario Arnaute Mamí apresó la galera en que venia, y se le llevó cautivo á Argel.

Era este un bárbaro impenetrable á los gritos de la humanidad y de la clemencia. Cervántes le cupo en suerte, y despreciando el temor que inspiraba su carácter sanguinario, se dió á buscar los medios de sacudir la esclavitud intolerable á su alma generosa. Huyóse de la casa de su amo, y se escondió en una cueva que en un jardin á orillas del mar habia cavado un cautivo. Allí con otros compañeros estuvo aguardando ocasion de que se rescatase un Mallorquin llamado Viana, el cual debia volver por ellos. Entre tanto el cautivo jardinero servia de atalaya, otro de vivandero, y Cervántes, alma de la empresa, los animaba, y cuidaba de todos.

Viana se rescató y fué fiel á su promesa : de vuelta á su patria equipó una embarcacion y se arrimó á la costa de Argel en busca de sus amigos. Mas quiso la desgracia que al tiempo de saltar en tierra le reconociesen los Moros, y viendo que alarmaban la costa se vió precisado á largarse al mar, y no volvió á parecer.

Los infelices soterrados que habian visto su llegada y su desaparicion, alentados por Cervántes, que les aseguraba el retorno de Viana, se entregaban otra vez á la esperanza cuando fueron vendidos por el que les servia de vivandero. Este pérfido descubrió al Rey Azan el secreto de la cueva, y tuvo osadía para presentarse á la frente de los soldados que fueron á reconocerla. Cervántes sin desconcertarse por golpe tan inesperado, luego que le presentaron al Rey se ofreció solo al castigo para salvar á sus compañeros. Mamí

le reclamó, y con admiracion de todo Argel no le impuso pena alguna; menos irritado de su fuga, que lleno de respeto por la elevacion de su carácter.

Con efecto Cervántes entre los cautivos y bárbaros del África era un ser tan extraordinario como lo fué despues entre los ingenios de su nacion. Sin desmayar por el mal éxito de su primer proyecto, concertó sucesivamente otros que tambien se desgraciaron; y como si su energía se acrecentase con el infortunio, trazó últimamente alborotar los esclavos, darles libertad á todos, y alzarse con Argel. Cuando la noticia de este pensamiento atrevido llegó á oidos de Azan, se estremeció de su peligro, y no se contempló seguro sino custodiando él mismo al esclavo que tanto afan le causaba. Compró pues á Cervántes de su primer amo, y solia decir, que teniendo asegurado al estropeado

Español, estaban seguros sus cautivos, su Reino y sus bajeles.

La libertad de Cervántes no se verificó hasta el año de 1580, en que fué rescatado por los religiosos Trinitarios. Estos, sobre trescientos ducados aprontados al mismo fin por doña Leonor de Cortinas, completaron la suma de quinientos escudos que exigia el Moro por su cautivo. Asi pudo volver á España á principios del año siguiente, y restituirse al seno de una familia empobrecida con el esfuerzo que habia hecho para hacerle libre, y con pocas esperanzas de verle adelantar.

Desengañado de las ningunas ventajas que podria conseguir en la carrera militar volvió á abandonarse á las Musas, y empezó á cultivar el maravilloso talento que tenia para las obras de invencion. La primera que dió á luz fué la GALATEA, novela pastoral, impresa en Madrid el año de 1584, en la cual pintó sus amo-

res, obsequió á su dama, y se grangeó un nombre en el mundo literario.

Eran entonces del gusto popular las pastorales, que la DIANA de Montemayor habia hecho de moda. Esta obra, ademas de tener para sus contemporáneos el interes de la verdad rebozada con la máscara pastoril, presentaba tambien el mérito de una invencion agradable, escrita con buena prosa y adornada con algunos versos felices. Sus defectos son muchos: Cervántes en el famoso escrutinio notó algunos y omitió otros; pero el episodio del Moro Abindarraez podia cubrir buen número de faltas. Gil Polo, uno de sus continuadores, fué quien mas se acercó á su reputacion. Sin embargo de ser su invencion mas pobre, y menos natural su estilo, la DIANA ENAMORADA compuesta por un poeta mas hábil, salió adornada de mejores versos, y esto bastó para que se

tuviese por igual ó superior á su modelo : con efecto, ni en Montemayor, ni en ningun poeta de entonces se podia encontrar un idilio tan bello como la CANCION DE NEREA.

La Pastoral de Cervántes, escrita con mas fuerza de imaginacion y con mas belleza de estilo que las otras dos, sin embargo de que fuese recibida con bastante aplauso, no pudo llegar á su celebridad. Atestóla de versos, que son muchos para tan malos : sus pastores dejan frecuentemente de ser sencillos y tiernos para hacerse ingeniosos, pedantes y disputadores : en fin la accion principal se olvida entre el tropel de aventuras, que ninguna relacion tienen con ella.

Poco despues de publicada la Galatea se casó Cervántes con doña Catalina Salazar, y este nuevo estado acabó de estrechar su desdichada condicion. La necesidad le obligó á hacer comedias.

El hambre es un incentivo nada seguro para la composicion de obras ingeniosas. Convertidas entonces en viles mercancías las producciones de las bellas artes se trabajan á destajo y se venden con menosprecio. El artista en vez de escuchar las leyes del buen gusto, y seguir los impulsos de su genio, atiende solamente al capricho de los compradores, que ordinariamente está en contradiccion con los verdaderos principios: estos se olvidan, la belleza se corrompe, y el espíritu envilecido solo produce monstruos.

Tal fué la causa de tantos delirios, que con nombre de comedias inundaron nuetro teatro en los dos siglos anteriores, y que con mengua nuestra aun no le han abandonado en el presente. Es bien notoria la mala gracia con que Lope de Vega se defendia, reconvenido de todos los buenos críticos por sus desatinos dramáticos; y es bien notorio tam-

bien que ya antes de Lope, Juan de la Cueva y otros poetas ignorantes habian abierto el mal camino. Cervántes, cuya Musa surtió el teatro por el mismo tiempo, tuvo que abandonarse al desórden con mas disculpa que Lope, el cual lleno de aplausos, de protecciones y de conveniencias debió dar la ley á su siglo, si es que sabia.

Las comedias de Cervántes no merecen conocerse; pero es digna de todo elogio la moderacion con que habla de ellas. Si recordamos por otra parte el juicio con que anunció en el Quijote las buenas leyes de la composicion, y la crítica firme y atrevida que hace allí mismo de los dramas de su tiempo*, honrarémos

* Es verdad que tambien elogia desmedidamente las malas tragedias de Argensola: mas tal vez este juicio es hijo de la amistad que Cervántes profesaba á aquel escritor, y no un yerro de su discernimiento. Esto podrá servir de disculpa asimismo para los artículos poco acer-

sus principios y su gusto, aun cuando desestimemos su talento en esta parte.

Abandonó Cervántes el teatro cuando Lope de Vega le ocupó. Desde entonces hasta la publicacion de la primera parte de Don Quijote no salió de su pluma obra ninguna de importancia. El cuidado de subsistir le aquejaria probablemente demasiado para poder cultivar las Musas. En todo este tiempo, errante y vagando por varias partes de España, buscaba y no hallaba una colocacion que sus talentos, sus virtudes y sus servicios tenian tan merecida. Su suerte desgraciada le lleva arrastrando de Madrid á Sevilla, de Sevilla á la Mancha; y para echar el sello al infortunio, los vecinos de Argamasilla le maltratan y

tados de su escrutinio; señaladamente la comparacion entre las dos Dianas, y las alabanzas con que habla de las *Lágrimas de Angélica*, poema á todas luces impertinente.

le prenden, sin que se sepan hasta ahora los motivos de esta violencia.

Pero ¿que son las cadenas para un hombre de espíritu? Aunque oprimido con ellas conserva siempre su energía, y se rie de sus horrores. Sócrates filosofaba en su prision tan libremente como en la plaza de Aténas : Torquato Taso en situacion semejante no lamentaba la pérdida de su libertad, sino la del arbitrio de escribir, que sus duros opresores le negaban. Cervántes encarcelado por los Manchegos dió á su imaginacion todo el vuelo de que era capaz, y compuso el DON QUIJOTE. Asi el libro mas ingenioso y festivo que ha producido el espíritu humano, se hizo en una cárcel, donde, segun las expresiones del autor, toda incomodidad tiene su asiento, y todo triste ruido hace su habitacion.

Que la filosofía y la elocuencia contemplen á Cervántes cuando

errante y miserable los grandes le olvidaban, y le despreciaban los poetas porque no acertaba á hacer los versos frívolos y vanos que ellos; tendiendo entonces sus miradas sobre su siglo, y viendo con indignacion entregada la mayor parte de los hombres á una clase de lectura extravagante, que viciaba la educacion, corrompia las ideas de la moral, estragaba las costumbres, y usurpaba con las invenciones mas monstruosas la atencion debida solo á la belleza. Inundaban los libros caballerescos la España, y sus despropósitos eran la admiracion de los idiotas, el entretenimiento de los ociosos, y tal vez distraccion indigna de los discretos. Yo acabaré con esta peste, dijo entre sí Cervántes: y su imaginacion grande y festiva le presentó el héroe que habia de extirpar á tantos insufribles paladines.

No eran bastantes ya contra ellos,

ni una invectiva seca, ni un juicio aislado, como los que se habian hecho hasta entonces : débiles reparos para un contagio tan grande, y que incorporados la mayor parte en obras que el pueblo no leia, de nada servian al pueblo. ¿Que aprovecha que un crítico escriba para otros críticos lo que ellos acaso se pensarán sin él? Por esto las declamaciones de Luis Vives, Alejo Vanégas y otros contra los libros caballerescos eran superfluas, cuando el vulgo embebido en ellos ni las leia ni podia entender. Es preciso pues para desarraigar un vicio general, que el remedio tambien lo sea.

Y aun se necesitaba mas entonces. Puesto que las gentes se agradaban tanto de la lectura que se intentaba destruir, el fin no se alcanzaba si no se substituia otra que fuese igualmente grata, y si no se suplia la pérdida de tantos libros

con uno que venciese á los demas en novedad y en placer : que ricó con todos los adornos de la imaginacion se apoyase en los principios del gusto y de la verdad, y en donde la invencion y la filosofía acordes suspendiesen y agradasen á toda clase de personas en todos los estados de la vida *.

Tal fué el Don Quijote, que la posteridad contempla atónita sin atreverse á decidir cual sea mas admirable, si la fuerza de fantasía que le inventó, el gusto con que se ejecutó, ó la diccion con que se expresó. Cuando en la conversacion llega á mentarse este libro, todos á porfía se extienden en su elogio, y el raudal de las alabanzas jamas se disminuye, como si saliera de una fuente inagotable. El uno ensalza la

* Yo he dado en Don Quijote pasatiempo
Al pecho melancólico y mohino
En cualquiera sazon, en todo tiempo.
Cervántes. *Viage al Parnaso.*

novedad y felicidad del pensamiento, el otro la verdad y belleza de los caractéres y costumbres; este la variedad de los episodios; aquel la abundancia y delicadeza de las alusiones y de los chistes; quien admira mas el infinito artificio y gracia de los diálogos, quien la inestimable hermosura del estilo y pureza de su lenguage.

Todas estas dotes, que esparcidas hubieran hecho la gloria de muchos escritores, se encontráron reunidas en un hombre solo, y derramadas con profusion en un libro: ¿y en que tiempo? en el siglo XVI: siglo de erudicion y de disputas mas que de gusto y saber, demasiadamente ponderado, casi perdido para la razon, y en donde generalmente la literatura solo puede contar dos ó tres libros que hayan osado arrostrar la superioridad de las dos edades siguientes *. Asi cuando se

* Entre ellos debe absolutamente contarse la

compara el Quijote con el tiempo en que se dió á luz, y á Cervántes con los hombres que le rodeaban, la obra parece un portento, y Cervántes un coloso.

No es este el lugar de analizar las bellezas del Quijote, y de examinar como el escritor supo hacer de su héroe el mas ridículo y al mismo tiempo el mas discreto y virtuoso de los hombres, sin que tan diversos aspectos se dañen unos á otros; como en Sancho aplicó todas las gradaciones de la simplicidad: ¡que de recursos se supo abrir en estas variedades imperceptibles sin ofender á la unidad de caractéres! como supo enlazar á su fabula los lances que parecian mas lejanos de ella, y hacerlos servir todos para realzar la locura del personage principal: ¿de donde aprendió á variar las situa-

Jerusalen de Torcuato Taso, que será siempre uno de los monumentos mas admirables del ngenio humano.

ciones, á contrastar las escenas, á ser siempre original y nuevo sin desmentirse ni decaer nunca, sin fastidiar jamas? Todo esto pertenece al genio, que se lo encuentra por sí solo sin estudio, sin reglas y sin modelos.

Cuando se ha comparado el Quijote con la Iliada no se advirtió que la comparacion era inaplicable entre dos obras tan diferentes: y la analogía se llevó tan lejos que se buscaron en el poeta griego pasages, á los cuales, segun se decia, habia procurado imitar Cervántes. Seria por cierto bien extraño que la lectura de Homero hubiera producido el Quijote. Pero si con mentar al padre de la poesía se quisiese decir, que para escribir este libro se necesitaba tanta fuerza de espíritu como para componer la Iliada; de acuerdo entonces sobre ello añadiríamos que esa es una relacion que tiene Cervántes no solo con Homero sino

con Sófocles, Virgilio, Taso, Corneille, Racine, y todos los grandes escritores *.

Un hombre á cuyo talento debe la poesía trágica la elevacion á que subió en este siglo, y que ha manejado casi todos los géneros de la literatura con una penetracion y una facilidad que harán época en el mundo; tratando en sus MISCELÁNEAS de que el espíritu humano no hace otra cosa que reproducir, y que las obras que mas admiramos son imitaciones de otras mas antiguas, dice que el tipo de Don Quijote fué el Orlando de Ariosto. Es preciso sin duda respetar y aun admirar á este escritor como uno de los mayores pintores que ha tenido

* Otro punto de semejanza: sin embargo de ser un libro tan moderno, y á pesar del discreto prólogo que su autor le puso, se publica el Quijote á fines del siglo XVIII con un amplio comentario. Era preciso sin duda que pasase por las pruebas y vicisitudes de todas las obras clásicas.

la poesía. Pero ¿cual es la relacion que puede haber entre dos locos de manía tan diferente? entre un cuadro todo quimeras y otro todo verdad? entre un libro de caballerías y una sátira de semejantes libros? entre la libertad que se permite el Italiano, y el artificio y sabiduría con que camina el Español?

Y aun cuando se concediese que la manera del uno es muy semejante á la del otro en varios lances de su fábula, ¿cuantos otros requisitos acompañan al Quijote que no pudieron tomarse de Ariosto ni de otro escritor ninguno? ¿Se halla por ventura en aquel poeta el tono de sensibilidad dulce y afectuosa que tantas veces se encuentra en el libro de Cervántes? Pudo este aprender en él la elegancia de una diccion siempre armoniosa y pura, que al nivel del objeto que pinta es natural, fluida é ingeniosa en las narraciones, humilde y sencilla con

decoro en las simplicidades, expresiva en los razonamientos, soberbia, rica y ambiciosa en las descripciones? Quien en fin le enseñó el arte encantador y difícil de los diálogos, en que Cervántes no reconoce rival alguno sino al ilustre Richardson?

No: el Quijote no tuvo modelo, y carece hasta ahora de imitadores*: es una obra que presenta todos los caractéres de la originalidad y del genio; es un poema divino á cuya ejecucion presidieron las Gracias y las Musas. Su publicacion fué un rayo que deshizo en un momento las ilusiones de la caballería: y el tropel de libros que atacó, tan universalmente derramados y tan vergonzosamente acogidos, desapareció de tal modo que ya solo en el Qui-

* Cándido, Scriblero, Gerundio y otros libros escritos á la manera del Quijote prueban mas que nada la primacía de Cervántes. Son copias muy endebles de un original admirable.

jote dura la memoria de que fuéron. Triunfo admirable y singular, digno del mérito de la obra, y gloria en que autor ninguno puede competir con Cervántes.

La vida de las sátiras es muy corta: si son vagas no interesan, y si determinadas caen luego que mueren las circunstancias por que se escribiéron. Estaba reservado para Cervántes el privilegio de que sepultadas ya la caballería y costumbres ridiculizadas por él, su Quijote viviese y se ilustrase mas cada dia. Pero ¿quién ha tenido el don de interesar en tan algo grado como él? Por esto le llamaba inimitable el autor de la HELOISA, y le preferia á todos los escritores de imaginacion: por esto todas las naciones cultas han traducido su libro; por esto las prensas no se cansan de imprimirle ni los ojos de leerle. Los nombres de Don Quijote y Sancho son oidos en los ángulos mas remotos de la tierra; y

estos dos personages humildes, nacidos en la fantasía de Cervántes, vencen en celebridad á los héroes mas ilustres de la Fábula y de la Historia.

Hay hombres sin embargo que no gustan de este libro, cuya lectura tachan de insípida y de frívola. Mostrarles á estos las bellezas del Quijote seria tiempo perdido. ¡Insípida su lectura cuando sus gracias inimitables, y el placer que derrama la han hecho universal! ¡Frívolo un libro que corrigió á su siglo, y que sin él, tal vez los que tan desdeñosamente le juzgan perderian el tiempo todavía leyendo á Amadis de Gaula! Que señalen pues uno donde el agrado, efecto inseparable y eterno de las buenas obras de invencion, sea tan completo y suba á un grado tan alto. Mas dejemos á estos hombres y su extragavante censura; sus labios jamas se abrieron á la risa, ni su corazon á las gracias.

Cuando se públicó en 1605 la primera parte del Quijote no pudo ser entendida de improviso la sátira finísima que en ella reinaba : y tuvo el autor que hacer una crítica aparente de su obra para que fuese buscada y comprehendida. Á favor del BUSCAPIE se extendió Don Quijote, y en poco tiempo se hizo universal su lectura. Esta celebridad hizo levantarse á la envidia, que sacudió su veneno sobre los poetas confundidos con superioridad de Cervántes. Él desgraciado y obscuro, mateniéndose acaso de la compasion agena, no tenia otra riqueza ni otro bien que la gloria de su libro: los poetas alterados se conjuraron á arrebatársela.

Y en una composicion bárbara el impertinente Villégas se atrevió á zaherirle de mal poeta, y á llamarle *Quijotista*, con pretexto de defender, al versicador Argensola, á quien Cervántes no habia hecho mas agra-

vio que el de estimarle en demasía*. Otro poeta aun mas obscuro que Villégas, afectando la defensa de Lope, tuvo osadía para remedar á Cervántes, y hacer la continuacion de una obra, cuyo mérito estaba muy lejos de comprehender.

¡Ignorante! atreverse á escribir un Quijote, y decir que lo hacia para mejorarle, y porque su primer autor no tenia talento para proseguirle! ¿No sabia él que la crítica mas ardua es la del ejemplo, y que su desempeño está solo al alcance de un hombre superior?

Tachaba de humilde el estilo de

* Irás del Helicon á la conquista
Mejor que el mal poeta de Cervántes,
Donde no le valdrá ser Quijotista.

Estos versos ridículos, que suponen la mas perfecta ignorancia, son bien conocidos. Algunos los disculpan con decir que Villégas era entonces muy mozo, como si la juventud fuera excusa bastante de un desatino. ¿Y como se disculparán los vicios de una composicion que empieza por elegía y acaba por sátira; que trata de poética y se dirige á un mozo de mulas?

Cervántes, y el infame se burlaba de él porque era viejo, manco, y pobre: como si Lope, Villégas, los Argensolas, y todos los poetas de entonces juntos pudiesen contrapesar el mérito literario de un solo cápítulo del Quijote; y como si la pobreza y manquedad de Cervántes, cubriendo de oprobrio á su siglo, no añadieran lustre á la veneracion que se le debe. Pero estos insultos, que no merecen la atencion de la posteridad, solo se conservan por el hombre ilustre contra quien se asestáron. Ellos prueban por otra parte la verdad del dicho de Pope, » que un mal » escritor es comunmente hombre » malo. »

¡ Que dignidad al contrario y que decoro en la defensa de Cervántes! Para confundir y resolver en polvo á su adversario no tuvo mas que presentarse y publicar la SEGUNDA PARTE DEL QUIJOTE, superior todavía en correccion y en gusto á la pri-

mera. Contentóse con burlarse en algunas partes de ella de la poca gracia de su antagonista, y con advertirle festivamente que el hacer un libro costaba mas trabajo de lo que se pensaba. Si todos los autores se defendieran del modo que Cervántes, las guerras literarias serian menos escandalosas, y la caterva de detractores insolentes no se atreveria á ladrar tanto.

En el tiempo que medió entre la publicacion de las dos partes del Quijote dió á luz Cervántes sus NOVELAS, y su VIAGE AL PARNASO. Aquellas fueron muy bien recibidas del público, ansioso entonces de libros de entretenimiento; pero ahora solo se estiman ya tres ó cuatro, entre quienes llevan justamente la preferencia la de RINCONETE, y el DIALOGO DE LOS PERROS. En ellas respira el genio del autor de Don Quijote; en las otras se busca y no se encuentra. Su diccion ciertamente es ele-

gante y pura, y la invencion de algunas bastante feliz: pero el alma de semejantes composiciones son los caractéres, las costumbres, los afectos: y precisamente Cervántes manejó endeblemente todas estas cosas en las mas de sus novelas.

El Viage al Parnaso es composicion muy diferente. El autor en ella quiso hacerse justicia, ya que su siglo no se la hacia; y suponiendo el Parnaso asaltado de los malos poetas, fingió que Mercurio venia á España á solicitar el socorro de los buenos, y que le tomaba á él mismo por guia para elegirlos. Cervántes como es de presumir, marcha con ellos y se halla en la expedicion. Bien se deja ver cuanto prestaba para la sátira y el elogio esta invencion ingeniosa, que ya se ha hecho demasiado comun. Pero la obra escrita por su mal en verso se resiente en todas partes de la incapacidad de Cervántes para versificar.

Asi la ADJUNTA AL PARNASO, diálogo en prosa que añadió al viage, se lee con mas gusto que todo él.

Mas hay en este libro un episodio curioso, porque descubre la situacion desgraciada de nuestro escritor. Llegados los poetas al Parnaso, Apolo los recibe en un jardin, y señala á cada uno el sitio que le corresponde. Los asientos se ocupan, y no queda ninguno á Cervántes. En vano para lograrle refiere todas sus obras, manifiesta todos sus méritos, y se apoya en la primacía de su talento para inventar. Apolo le aconseja que doble su capa y se siente sobre ella: mas tan miserable estaba que no la tenia, y tuvo que quedarse en pie á pesar de todos sus merecimientos. ¡Que ingeniosas son estas quejas de Cervántes, y cuan oprobriosas para su siglo! Él desayrado é indigente, entre los demas poetas que gozaban de crédito, y de riquezas! oposicion es que verdaderamente escandaliza.

Los protectores de Cervántes fueron pocos y tibios en favorecerle. Ignórase que recibiese nada del personage á quien dedicó la Galatea. El Duque de Béjar, cuya proteccion buscó para la primera parte del Quijote, despues de admitir dificultosamente este obsequio alzó la mano en los favores que le dispensaba, instigado de un Religioso cuya autoridad era grande en su casa. Dicen que Cervántes retrató al vivo el carácter de este impertinente en el eclesiástico con quien altercó Don Quijote: el Relgioso pues y Cervántes eran incompatibles. Venció el primero; y el Duque olvidando al escritor se llenó de ignominia á los ojos de la posteridad irritada de su preferencia.

Los que mas favorecieron Cervántes fueron el Conde de Lémos y el Arzobispo Sandoval, que miraron por su subsistencia y le señalaron pension para vivir. ¡Con que

efusion de corazon eternizó él estos favores! pero llegaron cuando ya era viejo; y por otra parte no le sacaron de pobre. El Conde, de cuya pasion decidida á las letras podia esperarse mas, estaba ausente; y tal vez participando de la injusticia del siglo, apreció mas los versos de Argensola que las invenciones de Cervántes.

Quejábase este á veces de su triste condicion y del mísero abandono en que vivia: ¿por que no murmuró mas bien de la naturaleza, que le concedió el don divino del genio, que le dotó de un carácter íntegro, amigo de la verdad, de la simplicidad y la virtud? No: con estas prendas jamas hombre ninguno se hizo cabida en lo que comunmente se llama el gran mundo. Hubiera él á fuerza de bajezas, de adulaciones y de disimulo obligado á sus contemporáneos á que le perdonasen la superioridad

que sobre ellos tenia; hubiera pedido sin vergüenza como sin tasa; hubiérase envilecido delante del poder, llevado alegremente sus impertinencias, sus desaires, su cortes grosería; y entonces.... entonces lo hubiera sido todo menos Cervántes.

Tenia al fin de su vida acabadas ya ó cerca de concluirse las SEMANAS DEL JARDIN, el BERNARDO, la segunda parte de la GALATEA, y los TRABAJOS DE PERSÍLES. De todas estas obras la que únicamente vió la luz pública fué la última, donde Cervántes apuró todo el caudal de su imaginacion en aventuras extraordinarias. Habíase propuesto por modelo la novela del griego Heliodoro, y estaba tan contento de su trabajo que dijo abiertamente al Conde de Lémos que aquel libro seria el mejor de los de entretenimiento. Extraña preferencia, y mucho mas extraña haciéndose al frente de la continuacion del Quijote, su produccion mas

acabada. Pero les escritores como los padres suelen tener mas ternura por sus últimos hijos, sin mas motivo que ser los últimos. Falta al Persíles la primera prenda de la imitacion, que es la verosimilitud: sin ella no son mas que delirios las obras de la invencion. Fáltale la unidad, rota con tantos episodios importunos y desiguales: y sin la unidad no hay interes. Fáltale últimamente un fin moral, que es lo que da importancia á semejantes libros. Asi ál Persíles ha quedado en la clase de los de entretenimiento puro para las gentes ociosas; y pocos hombres de gusto le leen dos veces. Sin embargo ¡ que verdad en en algunas pinturas! que novedad é interes en el lance de Ruperta! que belleza de estilo, y que gallardía en la narracion!

Hay ademas allí un monumento inestimable, que es la dedicatoria, donde se muestra en toda su luz la

bella alma de Cervántes. Su vida se iba acabando al paso que él finalizaba aquella novela; y esta estaba ya concluida el dia 18 de Abril de 1616, que fué cuando le olearon. Entonces desahuciado de los médicos, y esperando la muerte en la orilla del sepulcro, cuando los demas hombres entregados á la incertidumbre, al terror ó á la indiferencia, lo olvidan todo, ó lo aborrecen todo, Cervántes tenia viva en su memoria la gratitud que debia á su bienhechor el Conde de Lémos; y con mano mal segura escribió aquella carta singular, y elocuente, obsequio el mas noble y puro que la beneficencia de un Grande ha recibido jamas de las letras.

★ Compárese la dedicatoria del Persíles con la mayor parte de las demas, hijas vergonzosas del interes y de la bajeza. —» Á Don Pedro Fernandez de Castro, Conde de Lémos, etc. — Aquellas coplas antiguas que fueron en su tiempo celebradas, que comienzan: Puesto ya el pie en el estribo: quisiera yo no vinieran tan

Cervántes murió el dia 23 del mismo mes de Abril á los sesenta y ocho años de edad. Sus funerales fueron obscuros y pobres, como lo habia sido su vida. Mandóse enterrar en la iglesia de las Monjas Trinitarias: y hoy dia confundida su

á pelo en esta mi epístola, porque casi con las mismas palabras la puedo comenzar, diciendo:

Puesto ya el pie en el estribo,
Con las ansias de la muerte,
Gran Señor, esta te escribo.

Ayer me dieron la Extremauncion, y hoy escribo esta: el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y con todo esto llevo lá vida sobre el deseo que tengo de vivir, y quisiera yo ponerle coto hasta besar los pies de V. E., que podria ser fuese tanto el contento de ver á V. E. bueno en España, que me volviese á dar la vida: pero si está decretado que la haya de perder, cúmplase la voluntad de los Cielos: y por lo menos sepa V. E. este mi deseo, y sepa que tuvo en mí un tan aficionado criado de servirle, que quiso pasar aun mas allá de la muerte, mostrando su intencion. Con todo esto, como en profecía me alegro de la llegada de V. E. regocíjome de verle señalar con el dedo,

tumba con las otras, no puede distinguirse el sitio donde deberia escribirse : AQUÍ YACE EL AUTOR DEL QUIJOTE.

y realégrome de que salieron verdaderas mis esperanzas dilatadas en la fama de las bondades de V. E. Todavía me quedan en el alma ciertas reliquias y asomos de las Semanas del Jardin y del famoso Bernardo : si á dicha, por buena ventura mia, que ya no seria sino milagro, me diese el Cielo vida, las verá, y con ellas el fin de la Galatea, de quien sé está aficionado V. E., y con estas obras continuado mi deseo. Guarde Dios á V. E, como puede. De Madrid á diez y nueve de abril de mil y seiscientos y diez y seis años.

AL DUQUE DE BÉJAR,

Marques de Gibraleon, conde de Benalcázar y Bañáres, vizconde de la puebla de Alcocer, señor de las villas de Capilla, Curiel y Burguillos.

En fe del buen acogimiento y honra que hace vuestra Excelencia á toda suerte de libros como Príncipe tan inclinado á favorecer las buenas artes, mayormente las que por su nobleza no se abaten al servicio y grangerías del vulgo, he determinado de sacar á luz al Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, al abrigo del clarísimo nombre de Vuestra Excelencia, á quien, con el acatamiento que debo á tanta grandeza, suplico le reciba agradablemente en su protec-cion, para que á su sombra, aunque desnudo de aquel precioso ornamento de elegancia y erudicion, de que suelen andar vestidas las obras que se componen en las casas de los hombres que saben, ose parecer seguramente en el juicio de algunos, que no conteniéndose en los límites de su ignorancia, suelen condenar con mas rigor y menos justicia los trabajos agenos: que poniendo los ojos la prudencia de Vuestra Excelencia en mi buen deseo, fio que no desdeñará la cortedad de tan humilde servicio.

Miguel Cervantes de Saavedra.

PRÓLOGO.

Desocupado lector: sin juramento podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el mas gallardo y mas discreto que pudiera imaginarse. Pero no he podido yo contravenir á la órden de naturaleza, que en ella cada cosa engendra á su semejante. Y asi ¿ que podia engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mio, sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo, y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno? bien como quien se engendró en una cárcel donde toda incomodidad tiene su asiento, y donde todo triste ruido hace su habitacion? El sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmuar de las fuentes, la quietud del espíritu songran de parte para que las musas mas estériles se muestren fecundas y ofrescan partos al mundo que le col-

men de maravilla y de contento. Acontece tener un padre á un hijo feò y sin gracia alguna, y el amor que le tiene le pone una venda en los ojos para que no vea sus faltas, antes las juzga por discreciones y lindezas, y las cuenta á sus amigos por agudezas y donaires. Pero yo, que aunque parezco padre soy padrasto de Don Quijote, no quiero irme con la corriente del uso ni publicarte casi con las lágrimas en los ojos, como otros hacen, lector carísimo, que perdones ó disimules las faltas que en este mi hijo vieres : pues ni eres su pariente ni su amigo, y tienes tu alma en tu cuerpo, y tu libre albedrío, como el mas pintado, y estás en tu casa, donde eres señor de ella, como el rey de sus alcabalas, y sabes lo que comunmente se dice, que debajo de manto al rey mato. Todo lo cual te exenta y hace libre de todo respeto y obligacion, y asi

puedes decir de la historia todo aquello que te pareciere, sin temor que te calumnien por el mal, ni te premien por el bien que dijeres de ella.

Solo quisiera dártela monda y desnuda, sin el ornato de prólogo ni de la inumerabilidad y catálogo de los acostumbrados sonetos, epigramas y elogios que al principio de los libros suelen ponerse. Porque te sé decir, que aunque me costó algun trabajo componerla, ninguno tuve por mayor que hacer esta prefacion que vas leyendo. Muchas veces tomé la pluma para escribirla, y muchas la dejé por no saber lo que escribiria: y estando una suspenso, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mejilla, pensando lo que diria, entró á deshora un amigo mio, gracioso y bien entendido, el cual viéndome tan imaginativo me preguntó la causa, y

no encubriéndósela yo, le dije que pensaba en el prólogo que habia de hacer á la historia de Don Quijote, y que me tenia de suerte que ni queria hacerle, ni menos sacar á luz las hazañas de tan noble caballero. Porque¿ como no quereis vos que no me tenga confuso el que dirá el antigo legislador que llaman vulgo, cuando vea que al cabo de tantos años como ha que duermo en el silencio del olvido, salgo ahora con todos mis años á cuestas, con una leyenda seca como un esparto, agena de invencion, menguada de estilo, pobre de conceptos, y falta de toda erudicion y doctrina, sin acotaciones en el fin del libro, como veo qne estan otros libros, aunque sean fabulosos y profanos, tan llenos de sentencias de Aristóteles, de Platon y de toda la caterva de filósofos, que admiran á los leyentes, y tienen á sus autores por hombres leidos, eruditos y elocuentes? ¡Pues

que cuando citan la divina Escritura! No dirán sino que son unos Santos Tomases y otros Doctores de la Iglesia, guardando en esto un decoro tan ingenioso, que en un renglon han pintado un enamorado distraido, y en otro hacen un sermoncico cristiano, que es un contento y un regalo oirle ó leerle. De todo esto ha de carecer mi libro, porque ni tengo que acotar en el márgen, ni que anotar en el fin, ni menos sé que autores sigo en él para ponerlos al principio, como hacen todos, por las letras del A B C, comenzando en Aristóteles y acabando en Xenofonte y en Zoilo, ó Xeuxis, aunque fué maldiciente el uno y pintor el otro. Tambien ha de carecer mi libro de sonetos al principio, á los menos de sonetos cuyos autores sean Duques, Marqueses, Condes, Obispos, damas ó poetas celebérrimos. Aunque si yo los pidiese á dos ó tres oficiales amigos,

yo sé que me los darian, y tales que no les igualasen los de aquellos que tienen mas nombre en nuestra España.

En fin, señor y amigo mio, proseguí, yo determino que el señor Don Quijote se quede sepultado en sus archivos en la Mancha, hasta que el Cielo depare que le adorne de tantas cosas como le faltan, porque yo me hallo incapaz de remediarlas por mi insuficiencia y pocas letras, y porque naturalmente soy poltron y perezoso de andarme buscando autores que digan lo que yo me sé decir sin ellos. De aquí nace la suspencion y elevamiento en que me hallasteis: bastante causa para ponerme en ella la que de mí habeis oido. Oyendo lo cual mi amigo, dándose una palmada en la frente, y disparando en una larga riza; me dijo; por Dios, hermano, que ahora me acabo de desengañar de un engaño en que he estado todo el mu-

cho tiempo que ha que os conozco, en el cual siempre os he tenido por discreto y prudente en todas vuestras acciones. Pero ahora veo que estais tan lejos de serlo como lo está el cielo de la tierra.

¿Como que es posible que cosas de tan poco momento, y tan fáciles de remediar, puedan tener fuerzas de suspender y absortar un ingenio tan maduro como el vuestro, y tan hecho á romper y atropellar por otras dificultades mayores? A la fe, esto no nace de falta de habilidad, sino de sobra de pereza y penuria de discurso. ¿Quereis ver si es verdad lo que digo? Pues estadme atento y veréis como en un abrir y cerrar de ojos confundo todas vuestras dificultades, remedio todas las faltas que decis que os suspenden y acordaban para dejar de sacar à la luz del mundo la historia de vuestro famoso Don Quijote, luz y espejo de toda la caballería andante. Decid,

le repliqué yo, oyendo lo que me decia, ¿de que modo pensais llenar el vacío de mi temor, y reducir á claridad el cáos de mi confusion? A lo cual él dijo: lo primero en que reparais de los sonetos, epigramas ó elogios que os faltan para el principio, y que sean de personages graves y de título, se puede remediar con que vos mismo tomeis algun trabajo en hacerlos, y despues los podeis bautizar y poner el nombre que quisiéreis, ahijándolos al Preste Juan de las indias ó al emperador de Trapisonda, de quien yo sé que hay noticia que fueron famosos poetas: y cuando no lo hayan sido, y hubiere algunos pedantes y bachilleres que por detras os muerdan y murmuren de esta verdad, no se os dé dos maravedis, porque ya que os averigüen la mentira, no os han de cortar la mano con que lo escribistes.

En lo de citar en las márgenes los

libros y autores, de donde sacareis sentencias y dichos que pusiereis en vuestra historia, no hay mas sino hacer de manera que vengan á pelo algunas sentencias ó latines que vos sepais de memoria, ó á lo menos que os cuesten poco trabajo el buscarlos, como será poner, tratando de libertad y cautiverio,

Non bene pro toto libertas venditur auro.

Y luego en el márgen citar á Horacio, ó á quien lo dijo. Si tratareis del poder de la muerte, acudir luego con:

Pallida mors æquo pulsat pede
Pauperum tabernas, regumque turres.

Si de la amistad y amor que Dios manda que se tenga al enemigo, entraréis luego al punto por la Escritura divina, que lo podeis hacer con tantico de curiosidad, y decir

las palabras por lo menos del mismo Dios : *Ego autem dico vobis, diligite inimicos vestros.* Si tratareis de malos pensamientos, acudid con el Evangelio : *De corde exeunt cogitationes malæ.* Si de la instabilidad de los amigos, ahí está Caton que os dará su dístico :

Donec eris felix, multos numerabis amicos,
Tempora si fuerint nubila, solus eris.

Y con estos latinicos y otros tales os tendrán siquiera por gramático, que el serlo no es de poca honra y provecho el dia de hoy. En lo que toca al poner anotaciones al fin del libro, seguramente lo podeis hacer de esta manera. Si nombrais algun gigante en vuestro libro, haced que sea el gigante Golías, y con solo esto, que os costará casi nada, teneis una grande anotacion, pues podeis poner: « el gigante Golías, ó Goliat, fué un Filisteo, á quien el

pastor David mató de una gran pedrada en el valle de Terebintino, segun se cuenta en el libro de los Reyes, en el capítulo que vos hallareis que se escribe.

Tras esto, para mostraros hombre erudito en letras humanas, y cosmógrafo, haced de modo como en vuestra historia se nombre el rio Tajo, y veréisos luego con otra famosa anotacion, poniendo : el rio Tajo fué asi dicho por un rey de las Españas: tiene su nacimiento en tal lugar, y muere en el mar Océano, besando los muros de la famosa ciudad de Lisboa, y es opinion que tiene las arenas de oro etc. Si tratareis de ladrones, yo os daré la historia de Caco, que la sé de coro. Si de mugeres rameras, ahí está el Obispo de Mondoñedo que os prestará á Lamia, Laida y Flora, cuya anotacion os dará gran crédito. Si de crueles, Ovidio os entregará á Medea. Si de encantadoras y hechi-

ceras, Homero tiene à Calipso, y Virgilio á Circe. Si de Capitanes valerosos, el mismo Julio César os prestará á sí mismo en sus Comentarios, y Plutarco os dará mil Alejandros. Si tratáreis de amores, con dos onzas que sepais de la lengua toscana toparéis con Leon Hebreo, que os hinche las medidas. Y si no quereis andaros por tierras extrañas, en vuestra casa teneis á Fonseca DEL AMOR DE DIOS, donde se cifra todo lo que vos y el mas ingenioso acertare á desear en tal materia. En resolucion, no hay mas sino que vos procureis nombrar estos nombres ó tocar estas historias en la vuestra, que aquí he dicho, y dejadme á mí el cargo de poner las anotaciones y acotaciones, que yo os voto á tal ée llenaros los márgenes y de gastar cuatro pliegos en el fin del libro.

Vengamos ahora á la citacion de los autores, que los otros libros tie-

nen, que en la vuestra os faltan. El remedio que esto tiene es muy fácil, porque no habeis de hacer otra cosa que buscar un libro que los acote todos, desde la A hasta la Z, como vos decis. Pues ese mismo abecedario pondréis vos en vuestro libro: que puesto que á la clara se vea la mentira, por la poca necesidad que vos teniais de aprovecharos de ellos, no importa nada: y quizá alguno habrá tan simple que crea que de todos os habeis aprovechado en la simple y sencilla historia vuestra. Y cuando no sirva de otra cosa, por lo menos servirá aquel largo catálogo de autores á dar de improviso autoridad al libro. Y mas que no habrá quien se ponga á averiguar si los seguisteis, ó no los seguisteis, no yéndole nada en ello. Cuando mas que, si bien caigo en la cuenta, este vuestro libro no tiene necesidad de ninguna cosa de aquellas que vos decis que le falta, porque todo él

es una invectiva contra los libros de caballerías, de quien nunca se acordó Aristóteles, ni dijo nada San Basilio, ni alcanzó Ciceron: ni caen debajo de la cuenta de sus fabulosos disparates las puntualidades de la verdad, ni las observaciones de la astrología: ni le son de importancia las medidas geométricas, ni la confutacion de los argumentos de quienes se sirve la retórica: ni tiene para que predicar á ninguno mezclando lo humano con lo divino, que es un género de mezcla de quien no se ha de vestir ningun cristiano entendimiento. Solo tiene que aprovecharse de la imitacion en lo que fuere escribiendo, que cuanto ella fuere mas perfecta, tanto mejor será lo que se escribiere. Y pues esta vuestra escritura no mira á mas que á deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerías, no hay para que andeis mendigando sentencias

de filósofos, consejos de la divina Escritura, fábulas de poetas, oraciones de retóricos, milagros de Santos, si no procurar que á la llana, con palabras significantes, honestas y bien colocadas salga vuestra oracion y período sonoro y festivo, pintando, en todo lo que alcanzárede y fuere posible vuestra intencion, dando á entender vuestros conceptos, sin intrincarlos y obscurecerlos. Procurad tambien que leyendo vuestra historia, el melancólico se mueva á risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invencion, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla. En efecto, llevad la mira puesta á derribar la máquina mal fundada de estos caballerescos libros, aborrecidos de tantos, y alabados de muchos mas: que si esto alcanzaseis, no habriais alcanzado poco.

Con silencio grande estuve escu-

chando lo que mi amigo me decia, y de tal manera se imprimieron en mí sus razones, que sin ponerlas en disputa las aprobé por buenas, y de ellas mismas quise hacer este prólogo, en el cual verás, lector suave, la discrecion de mi amigo, la buena ventura mia en hallar en tiempo tan necesitado, tal consejero, y el alivio tuyo en hallar tan sincera y tan sin revueltas la historia del famoso Don Quijote de la Mancha, de quien hay opinion por todos los habitadores del distrito del campo de Montiel, que fué el casto enamorado, y el mas valiente caballero que de muchos años á esta parte se vió en aquellos contornos. Y no quiero encarecerte el servicio que te hago en darte á conocer tan notable y tan honrado caballero; pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendrás del famoso Sancho Panza su escudero, en quien á mi parecer te doy cifradas todas la gracias escu-

deriles que en la caterva de los libros vanos de caballerías estan esparcidas. Y con esto, Dios te dé salud, y á mí no me olvide. VALE.

AL LIBRO

DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA

URGANDA LA DESCONOCIDA.

Si de llegarte â los bue-
libro, fueres con letu-
no te dirá el boquirru-
que no pones bien los de-
Mas si el pan no se te cue-
por ir á manos de idio-
verás de manos á bo-
aun no dar una en el cla-
si bien se comen las ma-
por mostrar que son curio-
Y pues la experiencia ense-
que el que á buen árbol se arri-
buena sombra le cobi-
en Béjar tu buena estre-
un árbol real te ofre-
que da Príncipes por fru-

en el cual florece un Du-
que es nuevo Alejandro Ma-
llega á su sombra , que á osa-
favorece la fortu-
De un noble hidalgo Manche-
cantarás las aventu-
á quien ociosas letu-
trastornaron la cabe-
Damas, armas, caballe-
le provocaron de mo-
que cual Orlando furio-
templado á lo enamora-
alcanzó á fuerza de bra-
á Dulcinea del Tobo-
No indiscretos hierogli-
estampes en el escu-
que, cuando es todo figu-
con ruines puntos se embi-
Si en la direccion te humi-
no dirá mofante algu-
que Don Álvaro de Lu-
que Aníbal el de Carta-
que el Rey Francisco en Espa-
se queja de la fortu-

Pues al Cielo no le plu-
que salieses tan ladi-
como el negro Juan Lati-
hablar latines rehu-
No me despuntes de agu-
ni me alegues con filo-
porque torciendo la bo-
dirá el que entiende la le-
no un palmo de las ore-
¿para que conmigo flo-
No te metas en dibu-
Ni en saber vidas age-
que en lo que no va ni vie-
pasar de largo es cordu-
Que suelen en caperu-
darles á los que grace-
mas tú quémate las ce-
solo en cobrar buena fa-
que el que imprime neceda-
dalas á censo perpe-
Advierte que es desati-
siendo de vidrio el teja-
tomar piedras en la ma-

para tirar al veci-
Deja que el hombre de jui-
en las obras que compo-
se vaya con pies de plo-
que el que saca á luz pape-
para entretener donce-
escribe á tontas y á lo-

AMADIS DE GAULA

Á DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

Tú, que imitaste la llorosa vida,
Que tuve ausente y desdeñado sobre
El gran ribazo de la peña pobre,
De alegre á penitencia reducida:
Tú, á quien los ojos dieron la bebida
De abundante licor, aunque salobre,
Y alzándote la plata, estaño y cobre,
Te dió la tierra en tierra la comida:
Vive, seguro de que eternamente.
En tanto al menos que en la cuarta esfera

Sus caballos aguije el rubio Apolo,
Tendrás claro renombre de valiente.
Tu patria será en todas la primera,
Tu sabio autor al mundo único y solo.

DON BELIANIS DE GRECIA

Á DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

Rompí, corté, abollé, y dije, é hice,
Mas que el orbe caballero andante,
Fuí diestro, fuí valiente, fuí arrogante.
Mil agravios vengué, cien mil deshice.
Hazañas dí á la fama que eternice,
Fuí comedido y regalado amante,
Fué enano para mí todo gigante,
Y al duelo en cualquier punto satisfice.
Tuve á mis pies postrada la fortuna,
Y trajo del copete mi cordura
Á la calva ocasion al estricote.
Mas aunque sobre al cuerno de la luna
Siempre se vió encumbrada mi ventura
Tus proezas envidio, ó gran Quijote.

LA SEÑORA ORIANA
Á DULCINEA DEL TOBOSO.

SONETO.

¡Ó quien tuviera, hermosa Dulcinea,
Por mas comodidad y mas reposo,
Á Miraflores puesto en el Toboso,
Y trocara sus Lóndres con tu aldea!
¡Ó quien de tus deseos y librea,
Alma y cuerpo adornara, y del famoso
Caballero, que hiciste venturoso,
Mirara alguna desigual pelea!
¡Ó quien tan castamente se escapara
Del señor Amadis, como tú hiciste
Del comedido hidalgo Don Quijote!
Que asi envidiada fuera, y no envidiara,
Y fuera alegre el tiempo que fué triste,
Y gozara los gustos sin escote.

GANDALIN,
ESCUDERO DE AMADIS DE GAULA,

Á SANCHO PANZA,
ESCUDERO DE DON QUIJOTE.

SONETO.

Salve, varon famoso, á quien fortuna,
Cuando en el trato escuderil te puso,
Tan blanda y cuerdamente lo dispuso,
Que lo pasaste sin desgracia alguna.
Ya la azada, ó la hoz poco repuna
Al andante ejercicio, ya está en uso
La llaneza escudera, con que acuso
Al soberbio que intenta hollar la luna.
Envidio á tu jumento y á tu nombre,
Y á tus alforjas igualmente envidio,
Que mostraron tu cuerda providencia.
Salve otra vez, ó Sancho, tan buen hombre,
Que á solo tú nuestro español Ovidio,
Con luz corona y hace reverencia.

DEL DONOSO POETA ENTREVERADO

Á SANCHO PANZA Y ROCINANTE.

Soy Sancho Panza escude-
del Manchego Don Quijo-
puse pies en polvoro-
por vivir á lo discre-
Que el tácito Villadie-
toda su razon de esta-
cifró en una retira-
segun siente Celesti-
libro en mi opinion divi-
si encubriera mas lo huma-

Á ROCINANTE.

Soy Rocinante el famo-
bisnieto del gran Babie-
por pecados de flaque-
fuí á poder de un don Quijo-
Parejas corrí á lo flo-
mas por uña de caba-

no se me escapó ceba-
que esto saqué á Lazari-
cuando para hurtar el vi-
al ciego le dí la pa-

ORLANDO FURIOSO

Á DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

Si no eres Par, tampoco le has tenido,
Que Par pudieras ser entre mil Pares,
Ni puede haberle donde tú te hallares,
Invicto vencedor, jamas vencido.
Orlando soy, Quijote, que perdido
Por Angélica vi remotos mares,
Ofreciendo á la fama en sus altares
Aquel valor que respetó el olvido.
No puedo ser tu igual, que este decoro
Se debe á tus proezas y á tu fama,
Puesto que como yo perdiste el seso.
Mas serlo has mio, si al soberbio Moro,
Y Sita fiero domas, que hoy nos llama
Iguales en amor con mal suceso.

EL CABALLERO DEL FEBO
Á DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

Á vuestra espada no igualó la mia,
Febo español, curioso cortesano,
Ni á la alta gloria de valor mi mano,
Que rayo fué do nace y muere el dia.
Imperios desprecié, y la monaquía,
Que me ofreció el oriente rojo en vano,
Dejé, por ver el rostro soberano
De Claridiana, aurora hermosa mia.
Améla por milagro único y raro,
Y ausente en su desgracia, el propio infierno
Temió mi brazo, que domó su rabia.
Mas vos, Godo Quijote, ilustre y claro,
Por Dulcinea sois al mundo eterno,
y ella por vos famosa, honesta y sabia.

DE SOLISDAN
Á DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

Magüer, señor Quijote, que sandeces
Vos tengan el cerbelo derumbado,
Nunca seréis de alguno reprochado
Por hombre de obras viles y soeces.
Serán vuesas fazañas los joeces,
Pues tuertos desfaciendo habeis andado
Siendo vegadas mil apaleado,
Por follones cautivos y raheces.
Y si la vuesa linda Dulcinea,
Desaguisado contra vos comete,
Ni á vuesas cuitas muestra buen talante,
En tal desman vueso conorte sea,
Que Sancho Panza fué mal alcahuete,
Necio él, dura ella, y vos no amante.

DIÁLOGO ENTRE BABIECA Y ROCINANTE.

SONETO.

B. ¿Como estais, Rocinante, tan delgado?
R. Porque nunca se come, y se trabaja.
B. ¿Pues que es de la cebada y de la paja?
R. No me deja mi amo ni un bocado.
B. Anda, señor, que estais muy mal criado,
Pues vuestra lengua de asno al amo ultraja.
R. Asno se es de la cuna á la mortaja.
¿Quereislo ver? miradle enamorado.
B. ¿Es necedad amar? *R.* No es gran prudencia.
B. Metafísico estais. *R.* Es que no como.
B. Quejaos del escudero. *R.* No es bastante.
¿Como me he de quejar en mi dolencia,
Si el amo y escudero, ó mayordomo,
Son tan rocines como Rocinante?

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE

DE LA MANCHA.

PRIMERA PARTE.

CAPÍTULO I.

Que trata de la condicion y ejercicio del famoso hidalgo don Quijote de la Mancha.

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivia un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocin flaco y galgo corredor. Una olla de algo mas vaca que carnero, salpicon las mas noches, duelos y quebrantos los sábados, lantejas los viérnes, algun palomino

de añadidura los domingos consumian las tres partes de su hacienda. El resto de ella concluian sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas con sus pantuflos de lo mismo, y los dias de entre semana se honraba con su vellorí de lo mas fino. Tenia en su casa una ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba á los veinte, y un mozo de campo y plaza, que asi ensillaba el rocin como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años: era de complexion recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenia el sobrenombre de Quijada, ó Quesada; (que en esto hay alguna diferencia en los autores que de este caso escriben), aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quijana. Pero esto importa poco á nuestro cuento: basta que en la narracion de él no se salga un punto de la verdad. Es pues de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso (que eran los mas del año) se daba á leer libros de caballerías con tanta aficion y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administracion de su hacienda: y llegó á tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer: y asi llevó á su casa todos cuantos pudo haber de ellos; y de todos,

ningunos le parecian tan bien, como los que compuso el famoso Feliciano de Silva: porque la claridad de su prosa, y aquellas entricadas razones suyas, le parecian de perlas: y mas cuando llegaba á leer aquellos requiebros y cartas de desafíos, donde en muchas partes hallaba escrito: «la razon de la sinrazon que á » mi razon se hace, de tal manera mi razon » enflaquece, que con razon me quejo de la » vuestra fermosura.» Y tambien cuando leia: » los altos cielos que de vuestra divinidad di- » vinamente con las estrellas os fortifican, y » os hacen merecedora del merecimiento que » merece la vuestra grandeza.» Con estas y semejantes razones perdia el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara, ni las entendiera el mismo Aristóteles, si resucitara para solo ello. No estaba muy bien con las heridas que Don Belianis daba y recibia porque se imaginaba, que por grandes maestros que le hubiesen curado, no dejaria de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales. Pero con todo alababa en su autor aquel acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura, y muchas veces le vino deseo de tomar la pluma, y darle fin al pie de la letra como allí se promete: y sin duda alguna lo hiciera, y aun saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran.

Tuvo muchas veces competencia con el Cura de su lugar (que era hombre docto, graduado en Sigüenza) sobre cual habia sido mejor caballero, Palmerin de Inglaterra, ó Amadis de Gaula: mas Maese Nicolas, barbero del mismo pueblo, decia que ninguno llegaba al caballero del Febo, y que si alguno se le podia comparar, era Don Galaor, hermano de Amadis de Gaula, porque tenia muy acomodada condicion para todo: que no era caballero melindroso, ni tan lloron como su hermano, y que en lo de la valentía no le iba en zaga. En resolucion él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los dias de turbio en turbio: y asi del poco dormir, y del mucho leer, se le secó el celebro, de manera que vino á perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leia en los libros, asi de encantamentos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles. Y asentósele de tal modo en la imaginacion que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leia, que para él no habia otra historia mas cierta en el mundo. Decia él, que el Cid Rui Diaz habia sido muy buen caballero; pero que no tenia que ver con el caballero de la ardiente Espada, que de solo un reves habia partido por medio dos fieros y descomunales gigantes. Mejor estaba con Bernardo del Carpio,

porque en Roncesvalles habia muerto á Roldan el encantado, valiéndose de la industria de Hércules cuando ahogó á Anteon, el hijo de la Tierra, entre los brazos. Decia mucho bien del gigante Morgante, porque con ser de aquella generacion gigantea, que todos son soberbios y descomedidos; él solo era afable y bien criado. Pero sobre todos estaba bien con Reynáldos de Montalban, y mas cuando le veia salir de su castillo y robar cuantos topaba, y cuando en Allende robó aquel ídolo de Mahoma, que era todo de oro, segun dice su historia. Diera él, por dar una mano de coces al traidor de Galalon, al ama que tenia, y aun á su sobrina de añadidura. En efecto, rematado ya su juicio vino á dar en el mas extraño pensamiento que jamas dió loco en el mundo; y fué que le pareció convenible y necesario, asi para el aumento de su honra, como para el servicio de su república hacerse caballero andante, é irse por todo el mundo con sus armas y caballo á buscar las aventuras, y á ejercitarse en todo aquello que él habia leido que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros, donde acabándolos, cobrase eterno nombre y fama. Imaginábase el pobre ya coronado por el valor de su brazo, por lo menos del imperio de Trapisonda: y asi, con estos tan agradables pensamientos, llevado del extraño gusto que en ellos

sentia, se dió priesa á poner en efecto lo que deseaba. Y lo primero que hizo fué limpiar unas armas, que habian sido de sus bisabuelos, que tomadas de orin y llenas de moho, luengos siglos habia que estaban puestas y olvidadas en un rincon. Limpiólas y aderezólas lo mejor que pudo; pero vió que tenian una gran falta, y era que no tenian celada de encaje; sino morrion simple: mas á esto suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de media celada, que encajada con el morrion, hacia una apariencia de celada entera. Es verdad que para probar si era fuerte, y podia estar al riesgo de una cuchillada, sacó su espada, y le dió dos golpes, y con el primero y en un punto deshizo lo que habia hecho en una semana: y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la habia hecho pedazos, y por asegurarse de este peligro la tornó á hacer de nuevo, poniéndole unas barras de hierro por de dentro, de tal manera que él quedó satisfecho de su fortaleza, y sin querer hacer nueva experiencia de ella, la diputó y tuvo por celada finísima de encaje. Fué luego á ver á su rocin, y aunque tenia mas cuartos que un real, y mas tachas que el caballo de Gonela, que *tantùm pellis et ossa fuit*, le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro, ni Babieca el del Cid con él se igualaban. Cuatro dias se le pasaron en imaginar que nombre le pondria: porque (segun se decia él á sí mismo) no era razon que

caballo de caballero tan famoso y tan bueno él por sí, estuviese sin nombre conocido, y asi procuraba acomodársele de manera que declarase quien habia sido antes que fuese de caballero andante, y lo que era entonces: pues estaba muy puesto en razon que mudando su señor estado, mudase él tambien el nombre, y le cobrase famoso y de estruendo, como convenia á la nueva órden y al nuevo ejercicio que ya profesaba: y asi, despues de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó á hacer en su memoria é imaginacion, al fin le vino á llamar ROCINANTE, nombre á su parecer alto, sonoro, y significativo de lo que habia sido cuando fué rocin, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo. Puesto nombre, y tan á su gusto, á su caballo, quiso ponérsele á sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho dias, y al cabo se vino á llamar DON QUIJOTE: de donde, como queda dicho, tomaron ocasion los autores de esta tan verdadera historia, que sin duda se debia llamar Quijada, y no Quesada como otros quisieron decir. Pero acordándose que el valeroso Amadis no solo se habia contentado con llamarse Amadis á secas, sino que añadió el nombre de su reino y patria, por hacerla famosa, y se llamó Amadis de Gaula, asi quiso, como buen caballero, añadir al suyo el nombre de la suya,

y llamarse DON QUIJOTE DE LA MANCHA, con que á su parecer declaraba muy al vivo su linage y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre de ella. Limpias pues sus armas, hecho del morrion celada, puesto nombre á su rocin, y confirmándose á sí mismo, se dió á entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse; porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto, y cuerpo sin alma. Decíase él: si yo por malos de mis pecados, ó por mi buena suerte me encuentro por ahí con algun gigante, como de ordinario les acontece á los caballeros andantes, y le derribo de un encuentro, ó le parto por mitad del cuerpo, ó finalmente le venzo y le rindo, ¿no será bien tener á quien enviarle presentado, y que entre, y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde y rendida: yo soy el gigante Caraculiambro, señor de la ínsula Malindrania, á quien venció en singular batalla el jamas como se debe alabado caballero Don Quijote de la Mancha, el cual me mandó que me presentase ante la vuestra merced, para que la vuestra grandeza disponga de mí á su talante? ¡Ó como se holgó nuestro buen caballero cuando hubo hecho este discurso, y mas cuando halló á quien dar nombre de su dama! Y fué, á lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo habia una moza labradora de muy

buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, (aunque segun se entiende, ella jamas lo supo, ni se dió cata de ello). Llamábase Aldonza Lorenzo; y á esta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos: y buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo, y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino á llamarla DULCINEA DEL TOBOSO, porque era natural del Toboso: nombre á su parecer músico y peregrino y significativo, como todos los demas que á él y á sus cosas habia puesto.

CAPÍTULO II.

Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso Don Quijote.

HECHAS pues estas prevenciones, no quiso aguardar mas tiempo á poner en efecto su pensamiento, apretándole á ello la falta que él pensaba que hacia en el mundo su tardanza, segun eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar y abusos que mejorar, y deudas que satisfacer. Y asi sin dar parte á persona alguna de su intencion, y sin que nadie le viese, una mañana antes del dia (que era uno de los calurosos del mes de Julio) se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza, y por la puerta falsa de un corral, salió al campo con grandísimo contento y alborozo de ver, con cuanta facilidad habia dado principio á su buen deseo. Mas apenas se vió en el campo cuando le asaltó un pensamiento terrible, y tal que por poco le hiciera dejar la comenzada empresa: y fué que le vino á la memoria que no era armado caballero, y que

conforme á la ley de la caballería, ni podia, ni debia tomar armas con ningun caballero: y puesto que lo fuera, habia de llevar armas blancas, como novel caballero, sin empresa en el escudo, hasta que por su esfuerzo la ganase. Estos pensamientos le hicieron titubear en su propósito; mas pudiendo mas su locura que otra razon alguna, propuso de hacerse armar caballero del primero que topase, á imitacion de otros muchos que asi lo hicieron, segun él habia leido en los libros que tal le tenian. En lo de las armas blancas pensaba limpiarlas de manera, en teniendo lugar, que lo fuesen mas que un armiño: y con esto se quietó, y prosiguió su camino, sin llevar otro que el que su caballo queria, creyendo que en aquello consistia la fuerza de las aventuras. Yendo pues caminando nuestro flamante aventurero, iba hablando consigo mismo, y diciendo: ¿quien duda, sino que en los venideros tiempos, cuando salga á luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere no ponga, cuando llegue á contar esta mi primera salida tan de mañana de esta manera? Apenas habia el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus arpadas lenguas habian saludado con dulce y melíflua armonía la venida de la rosada Aurora, que de-

jando la blanda cama del zeloso marido, por las puertas y balcones del Manchego horizonte á los mortales se mostraba, cuando el famoso caballero Don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante, y comenzó á caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel (y era la verdad que por él caminaba), y añadió diciendo: dichosa edad, y siglo dichoso aquel adonde saldrán á luz las famosas hazañas mias, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles, y pintarse en tablas para memoria en lo futuro. ¡Ó tú, sabio encantador, quien quiera que seas, á quien ha de tocar el ser coronista de esta peregrina historia! ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mio en todos mis caminos y carreras. Luego volvia diciendo, como si verdaderamente fuera enamorado: ¡ó princesa Dulcinea, señora deste cautivo corazon! mucho agravio me habédes fecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afincamiento de mandarme no parecer ante la vuestra fermosura. Plégaos, señora, de membraros deste vuestro sujeto corazon, que tantas cuitas por vuestro amor padece. Con estos iba ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le habian enseñado, imitando en cuanto podia su lenguage: y con esto caminaba tan de espacio, y el sol entraba tan apriesa y con tanto

ardor, que fuera bastante á derretirle los sesos si algunos tuviera. Casi todo aquel dia caminó sin acontecerle cosa que de contar fuese, de lo cual se desesperaba, porque quisiera topar luego con quien hacer experiencia del valor de su fuerte brazo. Autores hay que dicen que la primera aventura que le avino fué la del puerto Lápice, otros dicen que la de los molinos de viento; pero lo que yo he podido averiguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los anales de la Mancha, es que él anduvo todo aquel dia, y al anochecer su rocin y él se hallaron cansados y muertos de hambre: y que mirando á todas partes, por ver si descubriria algun castillo ó alguna majada de pastores donde recogerse, y adonde pudiese remediar su mucha necesidad, vió no lejos del camino por donde iba, una venta, que fué como si viera una estrella que á los portales, si no á los alcázares de su redencion le encaminaba. Dióse priesa á caminar, y llegó á ella á tiempo que anochecia. Estaban acaso á la puerta dos mugeres mozas, de estas que llaman del partido, las cuales iban á Sevilla con unos arrieros, que en la venta aquella noche acertaron á hacer jornada: y como á nuestro aventurero todo cuanto pensaba, veia ó imaginaba, le parecia ser hecho y pasar al modo de lo que habia leido, luego que vió la venta, se le representó que era un castillo con sus cuatro torres y cha-

piteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadiza y honda cava, con todos aquellos adherentes que en semejantes castillos se pintan. Fuése llegando á la venta (que á él le parecia castillo), y á poco trecho de ella detuvo las riendas á Rocinante, esperando que algun enano se pusiese entre las almenas, á dar señal con alguna trompeta de que llegaba caballero al castillo. Pero como vió que se tardaban, y que Rocinante se daba priesa por llegar á la caballeriza, se llegó á la puerta de la venta y vió á las dos distraidas mozas que allí estaban, que á él le parecieron dos hermosas doncellas, ó dos graciosas damas, que delante de la puerta del castillo se estaban solazando. En esto sucedió acaso que un porquero, que andaba recogiendo de unos rastrojos una manáda de puercos (que sin perdon asi se llaman), tocó un cuerno, á cuya señal ellos se recogen, y al instante se le representó á Don Quijote lo que deseaba, que era que algun enano hacia señal de su venida: y asi, con extraño contento llegó á la venta y á las damas: las cuales, como vieron venir un hombre de aquella suerte armado, y con lanza y adarga, llenas de miedo se iban á entrar en la venta; pero Don Quijote, coligiendo por su huida su miedo, alzándose la visera de papelon, y descubriendo su seco y polvoroso rostro, con gentil talante y voz reposada les dijo: non fuyan las vuestras merce-

des, nin teman desaguisado alguno, ca á la órden de caballería que profeso non toca ni atañe facerle á ninguno, cuanto mas á tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran. Mirábanle las mozas, y andaban con los ojos buscándole el rostro que la mala visera le encubria: mas como se oyeron llamar doncellas, cosa tan fuera de su profesion, no pudiéron tener la risa, y fué de manera que Don Quijote vino á correrse, y á decirles: bien parece la mesura en las fermosas, y es mucha sandez ademas la risa que de leve causa procede; pero non vos lo digo porque os acuitédes, ni mostrédes mal talante, que el mio non es de al que de serviros. El lenguage no entendido de las señoras, y el mal talle de nuestro caballero, acrecentaba en ellas la risa, y en él el enojo; y pasara muy adelante si á aquel punto no saliera el ventero, hombre que por ser muy gordo era muy pacífico, el cual viendo aquella figura contrahecha, armada de armas tan desiguales, como eran la brida, lanza, adarga y coselete, no estuvo en nada en acompañar á las doncellas en las muestras de su contento. Mas en efecto, temiendo la máquina de tantos pertrechos determinó de hablarle comedidamente, y asi le dijo: si vuestra merced, señor caballero, busca posada, amen del lecho porque en esta venta no hay ninguno, todo lo demas se hallará en ella en mucha abundancia.

Viendo Don Quijote la humildad del alcaide de la fortaleza (que tal le pareció á él el ventero y la venta) respondió: para mí, señor castellano, cualquiera cosa basta, porque mis arreos son las armas, mi descanso el pelear etc. Pensó el huésped que el haberle llamado castellano habia sido por haberle parecido de los sanos de Castilla, aunque él era Andaluz y de los de la playa de San Lúcar, no menos ladron que Caco, ni menos maleante que estudiante ó page. Y asi le respondió: segun eso, las camas de vuestra merced serán duras peñas y su dormir siempre velar: y siendo asi, bien se puede apear con seguridad de hallar en esta choza ocasion y ocasiones para no dormir en todo un año, cuanto mas en una noche. Y diciendo esto fué á tener del estribo á Don Quijote, el cual se apeó con mucha dificultad y trabajo, como aquel que en todo aquel dia no se habia desayunado. Dijo luego al huésped que le tuviese mucho cuidado de su caballo, porque era la mejor pieza que comia pan en el mundo. Miróle el ventero, y no le pareció tan bueno como Don Quijote decia ni aun la mitad: y acomodándole en la caballeriza volvió á ver lo que su huésped mandaba, al cual estaban desarmando las doncellas (que ya se habian reconciliado con él), las cuales, aunque le habian quitado el peto y el espaldar, jamas supieron ni pudieron desencajarle la gola, ni

quitarle la contrahecha celada que traia atada con unas cintas verdes, y era menester cortarlas por no poderse quitar los ñudos; mas él no lo quiso consentir en ninguna manera: y asi se quedó toda aquella noche con la celada puesta, que era la mas graciosa y extraña figura que se pudiera pensar: y al desarmarle (como él se imaginaba que aquellas traidas y llevadas, que le desarmaban, eran algunas principales señoras y damas de aquel castillo) les dijo con mucho donaire:

Nunca fuera caballero
de damas tan bien servido,
como fuera don Quijote
cuando de su aldea vino.
Doncellas curaban dél,
princesas de su rocino:

ó Rocinante, que este es el nombre, señoras mias, de mi caballo, y Don Quijote de la Mancha el mio: que puesto que no quisiera descubrirme fasta que las fazañas fechas en vuestro servicio y pro me descubrieran, la fuerza de acomodar al propósito presente este romance viejo de Lanzarote, ha sido causa, que sepais mi nombre antes de toda sazon: pero tiempo vendrá en que las vuestras señorías me manden, y yo obedezca, y el valor de mi brazo descubra el deseo que tengo de serviros. Las mozas, que no estaban hechas á oir semejantes

retóricas, no respondian palabra; solo le preguntaron si queria comer alguna cosa. Cualquiera yantaria yo, respondió Don Quijote, porque á lo que entiendo me haria mucho al caso. Á dicha acertó á ser viérnes aquel dia, y no habia en toda la venta sino unas raciones de un pescado que en Castilla llaman abadejo, y en Andalucía bacallao, y en otras partes curadillo, y en otras truchuela. Preguntáronle si por ventura comeria su merced truchuela, que no habia otro pescado que darle á comer. Como haya muchas truchuelas, respondió Don Quijote, podrán servir de una trucha; porque eso se me da que me den ocho reales en sencillos, que una pieza de á ocho. Cuanto mas que podria ser que fuesen estas truchuelas como la ternera, que es mejor que la vaca, y el cabrito que el cabron. Pero sea lo que fuere venga luego, que el trabajo y peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas. Pusiéronle la mesa á la puerta de la venta por el fresco, y trújole el huésped una porcion del mal remojado y peor cocido bacallao, y un pan tan negro y mugriento como sus armas: pero era materia de grande risa verle comer, porque como tenia puesta la celada, y alzada la visera, no podia poner nada en la boca con sus manos si otro no se lo daba y ponia, y asi, una de aquellas señoras servia de este menester: mas al darle de beber no fué posible, ni

lo fuera si el ventero no horadara una caña, y puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino: y todo esto lo recibia en paciencia, á trueco de no romper las cintas de la celada. Estando en esto, llegó acaso á la venta un castrador de puercos, y asi como llegó sonó su silbato de cañas cuatro ó cinco veces, con lo cual acabó de confirmar Don Quijote, que estaba en algun famoso castillo y que le servian con música, y que el abadejo eran truchas, el pan candeal, y las rameras damas, y el ventero castellano del castillo; y con esto daba por bien empleada su determinacion y salida. Mas lo que mas le fatigaba era el no verse armado caballero, por parecerle que no se podria poner legítimamente en aventura alguna sin recibir la órden de caballería.

CAPÍTULO III.

Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo don Quijote en armarse caballero.

Y asi fatigado de este pensamiento abrevió su venteril y limitada cena, la cual acabada llamó al ventero, y encerrándose con él en la caballeriza, se hincó de rodillas ante él, diciéndole: no me levantaré jamas de donde estoy, valeroso caballero, fasta que la vuestra cortesía me otorgue un don que pedirle quiero, el cual redundará en alabanza vuestra, y en pro del género humano. El ventero, que vió á su huésped á sus pies, y oyó semejantes razones, estaba confuso mirándole sin saber que hacerse ni decirle, y porfiaba con él que se levantase, y jamas quiso hasta que le hubo de decir que él le otorgaba el don que le pedia. No esperaba yo menos de la gran magnificencia vuestra, señor mio, respondió Don Quijote: y asi os digo que el don que os he pedido, y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado, es que mañana en aquel dia me habeis de armar caballero, y esta noche en la capilla de este vuestro castillo velaré las armas; y mañana, como tengo dicho, se cum-

plirá lo que tanto deseo para poder, como se debe, ir por todas las cuatro partes del mundo buscando las aventuras en pro de los menesterosos, como está á cargo de la caballería, y de los caballeros andantes como yo soy, cuyo deseo á semejantes fazañas es inclinado. El ventero, que como está dicho era un poco socarron, y ya tenia algunos barruntos de la falta de juicio de su huésped, acabó de creerlo cuando acabó de oir semejantes razones, y por tener que reir aquella noche, determinó de seguirle el humor: y asi le dijo que andaba muy acertado en lo que deseaba y pedia, y que tal prosupuesto era propio y natural de los caballeros tan principales como él parecia, y como su gallarda presencia mostraba, y que él asimismo en los años de su mocedad se habia dado á aquel honroso ejercicio, andando por diversas partes del mundo buscando sus aventuras, sin que hubiese dejado los percheles de Málaga, islas de Riaran, compas de Sevilla, azoguejo de Segovia, la olivera de Valencia, rondilla de Granada, playa de San Lúcar, potro de Córdoba, y las ventillas de Toledo, y otras diversas partes donde habia ejercitado la ligereza de sus pies y sutileza de sus manos, haciendo muchos tuertos, requestando muchas viudas, deshaciendo algunas doncellas, y engañando á muchos pupilos, y finalmente dándose á conocer por cuantas audiencias y tribunales hay casi en toda España: y que á lo último se

habia venido á recoger á aquel su castillo, donde vivia con su hacienda y con las agenas, recogiendo en él á todos los caballeros andantes de cualquiera calidad y condicion que fuesen, solo por la mucha aficion que les tenia, y porque partiesen con él de sus haberes en pago de su buen deseo. Díjole tambien que en aquel su castillo no habia capilla alguna donde poder velar las armas, porque estaba derribada para hacerla de nuevo; pero en caso de necesidad él sabia que se podian velar donde quiera, y que aquella noche las podria velar en un patio del castillo, que á la mañana, siendo Dios servido, se harian las debidas ceremonias de manera que él quedase armado caballero, y tan caballero que no pudiese ser mas en el mundo. Preguntóle si traia dineros: respondió Don Quijote que no traia blanca, porque él nunca habia leido en las historias de los caballeros andantes que ninguno los hubiese traido. Á esto dijo el ventero que se engañaba, que puesto caso que en las historias no se escribia, por haberles parecido á los autores de ellas que no era menester escribir una cosa tan clara y tan necesaria de traerse, como eran dineros y camisas limpias, no por eso se habia de creer que no los trujeron: y asi tuviese por cierto y averiguado que todos los caballeros andantes (de que tantos libros estan llenos y atestados) llevaban bien herradas las bolsas por lo que pudiese sucederles, y que asimismo llevaban

camisas, y una arqueta pequeña llena de ungüentos para curar las heridas que recibian, porque no todas veces en los campos y desiertos donde se combatian y salian heridos habia quien los curase, si ya no era que tenian algun sabio encantador por amigo, que luego los socorria trayendo por el aire en alguna nube alguna doncella ó enano con alguna redoma de agua de tal virtud, que en gustando alguna gota de ella luego al punto quedaban sanos de sus llagas y heridas, como si mal alguno no hubiesen tenido: mas que en tanto que esto no hubiese, tuvieron los pasados caballeros por cosa acertada que sus escuderos fuesen proveidos de dineros y de otras cosas necesarias, como eran hilas y ungüentos para curarse: y cuando sucedia que los tales caballeros no tenian escuderos (que eran pocas y raras veces), ellos mismos lo llevaban todo en unas alforjas muy sutiles, que casi no se parecian, á las ancas del caballo, como que era otra cosa de mas importancia: porque no siendo por ocasion semejante, esto de llevar alforjas no fué muy admitido entre los caballeros andantes: y por esto le daba por consejo (pues aun se lo podia mandar como á su ahijado que tan presto lo habia de ser) que no caminase de allí adelante sin dineros y sin las prevenciones referidas, y que veria cuan bien se hallaba con ellas cuando menos se pensase. Prometióle Don Quijote de hacer lo que se le aconse-

jaba, con toda puntualidad: y asi se dió luego órden como velase las armas en un corral grande, que á un lado de la venta estaba, y recogiéndolas Don Quijote todas, las puso sobre una pila que junto á un pozo estaba, y embrazando su adarga, asió de su lanza y con gentil continente se comenzó á pasear delante de la pila, y cuando comenzó el paseo, comenzaba á cerrar la noche. Contó el ventero á todos cuantos estaban en la venta la locura de su huésped, la vela de las armas, y la armazon de caballería que esperaba. Admirándose de tan extraño género de locura, fuéronselo á mirar desde lejos, y vieron que con sosegado ademan unas veces se paseaba, otras arrimado á su lanza ponia los ojos en las armas sin quitarlos por un buen espacio de ellas. Acabó de cerrar la noche con tanta claridad de la luna, que podia competir con el que se la prestaba, de manera que cuanto el novel caballero hacia era bien visto de todos. Antojósele en esto á uno de los arrieros que estaban en la venta, ir á dar agua á su recua, y fué menester quitar las armas de Don Quijote que estaban sobre la pila, el cual viéndole llegar, en voz alta le dijo; ó tú quien quiera que seas, atrevido caballero, que llegas á tocar las armas del mas valeroso andante que jamas se ciñó espada, mira lo que haces, y no las toques si no quieres dejar la vida en pago de tu atrevimiento. No se curó el arriero de estas razones (y fuera mejor que

se curara, porque fuera curarse en salud), antes trabando de las correas, las arrojó gran trecho de sí. Lo cual visto por donQuijote alzó los ojos al cielo, y puesto el pensamiento (á lo que pareció) en su señora Dulcinea, dijo: acorredme, señora mia, en esta primera afrenta que á este vuestro avasallado pecho se le ofrece; no me desfallezca en este primero trance vuestro favor y amparo. Y diciendo estas y otras semejantes razones, soltando la adarga, alzó la lanza á dos manos y dió con ella tan gran golpe al arriero en la cabeza, que le derribó en el suelo tan maltrecho, que si segundara con otro no tuviera necesidad de maestro que le curara. Hecho esto recogió sus armas, y tornó á pasearse con el mismo reposo que primero. Desde allí á poco, sin saberse lo que habia pasado (porque aun estaba aturdido el arriero), llegó otro con la misma intencion de dar agua á sus mulos, y llegando á quitar las armas para desembarazar la pila, sin hablar Don Quijote palabra, y sin pedir favor á nadie, soltó otra vez la adarga, y alzó otra vez la lanza, y sin hacerla pedazos hizo mas de tres la cabeza del segundo arriero, porque se la abrió por cuatro. Al ruido acudió toda la gente de la venta, y entre ellos el ventero. Viendo esto Don Quijote embrazó su adarga, y puesta mano á su espada, dijo: ó señora de la fermosura, esfuerzo y vigor del debilitado corazon mio, ahora es tiempo que vuelvas los ojos de tu grandeza á este tu

cautivo caballero que tamaña aventura está atendiendo. Con esto cobró á parecer tanto ánimo, que si le acometieran todos los arrieros del mundo, no volviera el pie atras. Los compañeros de los heridos, que tales los vieron, comenzaron desde lejos á llover piedras sobre Don Quijote, el cual lo mejor que podia se reparaba con su adarga, y no se osaba apartar de la pila por no desamparar las armas. El ventero daba voces que le dejasen, porque ya les habia dicho como era loco, y que por loco se libraria aunque los matase á todos. Tambien Don Quijote las daba mayores, llamándolos de alevosos y traidores, y que el señor del castillo era un follon y mal nacido caballero, pues de tal manera consentia que se tratasen los andantes caballeros, y que si él hubiera recibido la órden de caballería, que él le diera á entender su alevosía; pero de vosotros, soez y baja canalla, no hago caso alguno: tirad, llegad, venid, ofendedme en cuanto pudiéredes, que vosotros veréis el pago que llevais de vuestra sandez y demasía. Decia esto con tanto brio y denuedo que infundió un terrible temor en los que le acometian: y asi por esto como por las persuasiones del ventero le dejaron de tirar y él dejó retirar á los heridos, y tornó á la vela de sus armas con la misma quietud y sosiego que primero. No le parecieron bien al ventero las burlas de su huésped, y determinó abreviar y darle la negra órden de caballería

luego, antes que otra desgracia sucediese: y asi llegándose á él se disculpó de la insolencia que aquella gente baja con él habia usado, sin que él supiese cosa alguna; pero que bien castigados quedaban de su atrevimiento. Díjole como ya le habia dicho que en aquel castillo no habia capilla, y para lo que restaba de hacer tampoco era necesaria: que todo el toque de quedar armado caballero consistia en la pescozada y en el espaldarazo segun él tenia noticia del ceremonial de la órden, y que aquello en mitad de un campo se podia hacer: y que ya habia cumplido con lo que tocaba al velar de las armas, que con solas dos horas de vela se cumplia, cuanto mas que él habia estado mas de cuatro. Todo se lo creyó Don Quijote, y dijo que él estaba allí pronto para obedecerle, y que concluyese con la mayor brevedad que pudiese; porque si fuese otra vez acometido, y se viese armado caballero, no pensaba dejar persona viva en el castillo; ecepto aquellas que él le mandase, á quien por su respeto dejaria. Advertido y medroso de esto el castellano trujo luego un libro donde asentaba la paja y cebada que daba á los arrieros, y con un cabo de vela que le traia un muchacho, y con las dos ya dichas doncellas, se vino adonde Don Quijote estaba, al cual mandó hincar de rodillas, y leyendo en su manual, como que decia alguna devota oracion, en mitad de la leyenda alzó la mano, y dióle sobre el cuello un gran

golpe, y tras él con su misma espada un gentil espaldarazo, siempre murmurando entre dientes como que rezaba. Hecho esto, mandó á una de aquellas damas que le ciñesen la espada, la cual lo hizo con mucha desenvoltura y discrecion, porque no fué menester poca para no reventar de risa á cada punto de las ceremonias: pero las proezas que ya habian visto del novel caballero les tenia la riza á raya. Al ceñirle la espada dijo la buena señora: Dios haga á vuestra merced muy venturoso caballero, y le dé ventura en lides. Don Quijote le preguntó como se llamaba, porque él supiese de allí adelante á quien quedaba obligado por la merced recibida, porque pensaba darle alguna parte de la honra que alcanzase por el valor de su brazo. Ella respondió con mucha humildad que se llamaba la Tolosa, y que era hija de un remendon natural de Toledo, que vivia á las tendillas de Sanchobienaya, y que donde quiera que ella estuviese le serviria y le tendria por señor. Don Quijote le replicó que por su amor le hiciese merced que de allí adelante se pusiese Don, y se llamase Doña Tolosa. Ella se lo prometió; y la otra le calzó la espuela, con la cual le pasó casi el mismo coloquio que con la de la espada. Preguntóle su nombre, y dijo que se llamaba la Molinera, y que era hija de un honrado molinero de Antequera: á la cual tambien rogó Don Quijote que se pusiese Don, y se llamase Doña Molinera,

ofreciéndole nuevos servicios y mercedes. Hechas pues de galope y apriesa las hasta allí nunca vistas ceremonias, no vió la hora Don Quijote de verse á caballo, y salir buscando las aventuras: y ensillando luego á Rocinante subió en él, y abrazando á su huésped le dijo cosas tan extrañas, agradeciéndole la merced de haberle armado caballero, que no es posible acertar á referirlas. El ventero, por verle ya fuera de la venta, con no menos retóricas aunque con mas breves palabras respondió á las suyas, y sin pedirle la costa de la posada le dejó ir á la buena hora.

CAPÍTULO IV.

De lo que sucedió á nuestro caballero cuando salió de la venta.

La del alba seria cuando Don Quijote salió de la venta tan contento, tan gallardo, tan alborozado por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo. Mas viniéndole á la memoria los consejos de su huésped cerca de las prevenciones tan necesarias que habia de llevar consigo, especial la de los dineros y camisas, determinó volver á su casa y acomodarse de todo, y de un escudero, haciendo cuenta de recibir á un labrador vecino suyo que era pobre y con hijos, pero muy á propósito para el oficio escuderil de la caballería. Con este pensamiento guió á Rocinante hácia su aldea, el cual casi conociendo la querencia, con tanta gana comenzó á caminar que parecia que no ponia los pies en el suelo. No habia andado mucho, cuando le pareció que á su diestra mano, de la espesura de un bosque que allí estaba salian unas voces delicadas como de persona que se quejaba; y

apenas las hubo oido cuando dijo: gracias doy al Cielo por la merced que me hace, pues tan presto me pone ocasiones delante donde yo pueda cumplir con lo que debo á mi profesion, y donde pueda coger el fruto de mis buenos deseos: estas voces sin duda son de algun menesteroso ó menesterosa que ha menester mi favor y ayuda. Y volviendo las riendas encaminó á Rocinante hácia donde le pareció que las voces salian: y á pocos pasos que entró por el bosque vió atada una yegua á una encina, y atado en otra un muchacho desnudo de medio cuerpo arriba, hasta de edad de quince años, que era el que las voces daba, y no sin causa porque le estaba dando con una pretina muchos azotes un labrador de buen talle, y cada azote le acompañaba con una reprehension y consejo, porque decia: la lengua queda y los ojos listos. Y el muchacho respondia: no lo haré otra vez, señor mio, por la pasion de Dios, que no lo haré otra vez, y yo prometo de tener de aquí adelante mas cuidado con el hato. Y viendo Don Quijote lo que pasaba, con voz airada dijo: descortes caballero, mal parece tomaros con quien defender no se puede: subid sobre vuestro caballo, y tomad vuestra lanza (que tambien tenia una lanza arrimada á la encina, adonde estaba arrendada la yegua) que yo os haré conocer, ser de cobardes lo que estais haciendo. El labrador, que vió

sobre sí aquella figura llena de armas, blandiendo la lanza sobre su rostro, túvose por muerto, y con buenas palabras respondió: señor caballero, este muchacho que estoy castigando es un mi criado, que me sirve de guardar una manada de ovejas que tengo en estos contornos, el cual es tan descuidado que cada dia me falta una, y porque castigo su descuido ó bellaquería dice que lo hago de miserable, por no pagarle la soldada que le debo, y en Dios y en mi ánima que miente. ¿Miente, delante de mí, ruin villano? dijo Don Quijote. Por el sol que nos alumbra que estoy por pasaros de parte á parte con esta lanza: pagadle luego sin mas réplica, si no, por el Dios que nos rige que os concluya y aniquile en este punto: desatadlo luego. El labrador bajó la cabeza, y sin responder palabra desató su criado: al cual preguntó Don Quijote que cuanto le debia su amo. El dijo que nueve meses á siete reales cada mes. Hizo la cuenta Don Quijote, y halló que montaban sesenta y tres reales, y díjole al labrador que al momento los desembolsase si no queria morir por ella. Respondió el medroso villano que por el paso en que estaba, y juramento que habia hecho (y aun no habia jurado nada) que no eran tantos; porque se le habian de descontar y recibir en cuenta tres pares de zapatos que le habia dado, y un real de dos sangrías que le habian hecho

estando enfermo. Bien está todo eso, replicó Don Quijote, pero quédense los zapatos y las sangrías por los azotes que sin culpa le habeis dado, que si él rompió el cuero de los zapatos que vos pagásteis, vos le habeis rompido el de su cuerpo, y si le sacó el barbero sangre estando enfermo, vos en sanidad se la habeis sacado: asi que por esta parte no os debe nada. El daño está, señor caballero, en que no tengo aquí dineros: véngase Andres conmigo á mi casa, que yo se lo pagaré un real sobre otro. ¿Irme yo con él, dijo el muchacho, mas? ¡mal año! no señor, ni por pienso, porque en viéndose solo me desollará como á un San Bartolomé. No hará tal, replicó Don Quijote, basta que yo se lo mande para que me tenga respeto, y con que él me lo jure por la ley de caballería que ha recibido, le dejaré ir libre y aseguraré la paga. Mire vuestra merced, señor, lo que dice, dijo el muchacho, que este mi amo no es caballero, ni ha recibido órden de caballería alguna, que es Juan Haldudo el rico, el vecino del Quintanar. Importa poco eso, respondió Don Quijote, que Haldudos puede haber caballeros, cuanto mas que cada uno es hijo de sus obras. Asi es verdad, dijo Andres, ¿pero este mi amo de que obras es hijo, pues me niega mi soldada y mi sudor y trajabo? No niego, hermano Andres, respondió el labrador, y hacedme placer de veniros conmigo, que yo juro por todas las ór-

denes que de caballerías hay en el mundo de pagaros, como tengo dicho. un real sobre otro, y aun sahumados. Del sahumerio os hago gracia, dijo Don Quijote, dádselos en reales. que con eso me contento: y mirad que lo cumplais como lo habeis jurado; si no, por el mismo juramento os juro de volver á buscaros y á castigaros, y que os tengo de hallar aunque os escondais mas que una lagartija. Y si quereis saber quien os manda esto, para quedar con mas veras obligado á cumplirlo, sabed que yo soy el valeroso Don Quijote de la Mancha, el desfacedor de agravios y sinrazones; y á Dios quedad, y no se os parta de las mientes lo prometido y jurado, sopena de la pena pronunciada. Y en diciendo esto picó á su Rocinante, y en breve espacio se apartó de ellos. Siguióle el ladrador con los ojos, y cuando vió que habia traspuesto del bosque y que ya no parecia, volvióse á su criado Andres, y díjole: venid acá, hijo mio, que os quiero pagar lo que os debo, como aquel deshacedor de agravios me dejó mandado. Eso juro yo, dijo Andres; y como que andará vuestra merced acertado en cumplir el mandamiento de aquel buen caballero, que mil años viva, que segun es de valeroso y de buen juez, vive Roque, que si no me paga que vuelva y ejecute lo que dijo. Tambien lo juro yo, dijo el labrador; pero por lo mucho que os quiero, quiero acrecentar la deuda por acrecentar la paga. Y

asiéndole del brazo, le tornó á atar á la encina, donde le dió tantos azotes que le dejó por muerto. Llamad, señor Andres, ahora, decia el labrador, al desfacedor de agravios, veréis como no desface aqueste, aunque creo que no está acabado de hacer, porque me viene gana de desollaros vivo como vos temíades: pero al fin le desató, y le dió licencia que fuese á buscar á su juez para que ejecutase la pronunciada sentencia. Andres se partió algo mohino, jurando de ir á buscar al valeroso Don Quijote de la Mancha, y contarle punto por punto lo que habia pasado, y que se lo habia de pagar con las setenas; pero con todo esto él se partió llorando, y su amo se quedó riendo: y de esta manera deshizo el agravio el valeroso Don Quijote, el cual contentísimo de lo sucedido, pareciéndole que habia dado felicísimo y alto principio á sus caballerías, con gran satisfaccion de sí mismo iba caminando hácia su aldea, diciendo á media voz: bien te puedes llamar dichosa sobre cuantas hoy viven en la tierra, ó sobre las bellas bella Dulcinea del Toboso, pues te cupo en suerte tener sujeto y rendido á toda tu voluntad é talante, á un tan valiente y tan nombrado caballero, como lo es y será Don Quijote de la Mancha, el cual, como todo el mundo sabe, ayer recibió la órden de caballería, y hoy ha desfecho el mayor tuerto y agravio que formó la sinrazon y cometió la cruel-

dad: hoy quitó el látigo de la mano á aquel desapiadado enemigo, que tan sin ocasion vapulaba á aquel delicado infante. En esto llegó á un camino que en cuatro se dividia, y luego se le vino á la imaginacion las encrucijadas donde los caballeros andantes se ponian á pensar cual camino de aquellos tomarian: y por imitarlos estuvo un rato quedo, y al cabo de haberlo muy bien pensado, soltó la rienda á Rocinante dejando á la voluntad del rocin la suya, el cual siguió su primer intento, que fué el irse camino de su caballeriza. Y habiendo andado como dos millas, descubrió Don Quijote un gran tropel de gente que, como despues se supo, eran unos mercaderes toledanos que iban á comprar seda á Murcia. Eran seis y venian con sus quitasoles, con otros cuatro criados á caballo, y tres mozos de mulas á pie. Apenas los divisó Don Quijote cuando se imaginó ser cosa de nueva aventura, y por imitar en todo cuanto á él le parecia posible los pasos que habia leido en sus libros, le pareció venir allí de molde uno que pensaba hacer: y asi con gentil continente y denuedo se afirmó bien en los estribos, apretó la lanza, llegó la adarga al pecho, y puesto en la mitad del camino estuvo esperando que aquellos caballeros andantes llegasen (que ya él por tales los tenia y juzgaba), y cuando llegaron á trecho que se pudieron ver y oir, levantó Don Quijote la voz,

y con ademan arrogante dijo: todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo todo, doncella mas hermosa que la Emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso. Paráronse los mercaderes al son de estas razones, y á ver la extraña figura del que las decia: y por la figura y por ellas luego echaron de ver la locura de su dueño, mas quisieron ver despacio en que paraba aquella confesion que se les pedia, y uno de ellos, que era un poco burlon y muy mucho discreto, le dijo: señor caballero, nosotros no conocemos quien es esa buena señora que decis; mostrádnosla, que si ella fuere de tánta hermosura como significais, de buena gana y sin apremio alguno confesarémos la verdad que por parte vuestra nos es pedida. Si os la mostrara, replicó Don Quijote, ¿que hiciéreis vosotros en confesar una verdad tan notoria? La importancia está en que sin verla lo habeis de creer, confesar, afirmar, jurar y defender, donde no, conmigo sois en batalla, gente descomunal y soberbia; que ahora vengais uno á uno, como pide la órden de caballería, hora todos juntos, como es costumbre y mala usanza de los de vuestra ralea, aquí os aguardo y espero, confiado en la razon que de mi parte tengo. Señor caballero, replicó el mercader, suplico á vuestra merced en nombre de todos estos Príncipes que

aquí estamos, que porque no encarguemos nuestras conciencias, confesando una cosa por nosotros jamas vista ni oida, y mas siendo tan en perjuicio de las Emperatrices y Reinas del Alcarria y Extremadura que vuestra merced sea servido de mostrarnos algun retrato de esa señora, aunque sea tamaño como un grano de trigo que por el hilo se sacará el ovillo, y quedarémos con esto satisfechos y seguros, y vuestra merced quedará contento y pagado: y aun creo que estamos ya tan de su parte, que aunque su retrato nos muestre que es tuerta de un ojo, y que del otro le mana bermellon y piedra azufre, con todo eso, por complacer á vuestra merced dirémos en su favor todo lo que quisiere. No le mana, canalla infame, respondió Don Quijote encendido en cólera, no le mana, digo, eso que dices, sino ámbar y algalia entre algodones; y no es tuerta ni corcovada, sino mas derecha que un huso de Guadarrama: pero vosotros pagaréis la grande blasfemia que habeis dicho contra tamaña beldad como es la de mi señora. Y en diciendo esto arremetió con la lanza baja contra el que lo habia dicho, con tanta furia y enojo, que si la buena suerte no hiciera que en la mitad del camino tropezara y cayera Rocinante, lo pasara mal el atrevido mercader. Cayó Rocinante, y fué rodando su amo una buena pieza por el campo, y querién-

dose levantar, jamas pudo: tal embarazo le causaba la lanza, adarga, espuelas y celada, con el peso de las antiguas armas. Y entre tanto que pugnaba por levantarse y no podia, estaba diciendo: non fuyais, gente cobarde, gente cautiva atended que no por culpa mia, sino de mi caballo estoy aquí tendido. Un mozo de mulas de los que allí venian, que no debia de ser muy bien intencionado, oyendo decir al pobre caido tantas arrogancias, no lo pudo sufrir sin darle la respuesta en las costillas. Y llegándose á él tomó la lanza, y despues de haberla hecho pedazos, con uno de ellos comenzó á dar á nuestro Don Quijote tantos palos, que á despecho y pesar de sus armas, le molió como cibera. Dábanle voces sus amos que no le diese tanto, y que le dejase; pero estaba ya el mozo picado, y no quiso dejar el juego hasta envidar todo el resto de su cólera, y acudiendo por los demas trozos de la lanza los acabó de deshacer sobre el miserable caido, que con toda aquella tempestad de palos que sobre el llovia, no cerraba la boca, amenazando al cielo y á la tierra y á los malandrines, que tal le parecian. Cansóse el mozo, y los mercaderes siguieron su camino llevando que contar en todo él del pobre apaleado, el cual despues que se vió solo tornó á probar si podia levantarse: pero si no lo pudo hacer cuando sano y bueno, ¿como lo haria molido y casi deshecho? Y aun se tenia por dichoso,

pareciéndole que aquella era propia desgracia de caballeros andantes, y toda la atribuia á la falta de su caballo: y no era posible levantarse segun tenia brumado todo el cuerpo.

CAPÍTULO V.

Donde se prosigue la narracion de la desgracia de nuestro caballero.

VIENDO pues que en efecto no podia menearse, acordó de acogerse á su ordinario remedio, que era pensar en algun paso de sus libros, y trújole su cólera á la memoria de Valdovínos y de aquel marques de Mantua, cuando Carloto le dejó herido en la montaña historia sabida de los niños, no ignorada de los mozos, celebrada y aun creida de los viejos, y con todo esto no mas verdadera que los milagros de Mahoma. Esta pues le pareció á él que le venia de molde para el paso en que se hallaba, y asi con muestras de grande sentimiento se comenzó á volcar por la tierra, y á decir con debilitado aliento lo mismo que dicen decia el herido caballero del bosque:

¿Donde estás, señora mia,
que no te duele mi mal?
O no lo sabes, señora,
ó eres falsa y desleal.

Y de esta manera fué prosiguiendo el romance hasta aquellos versos que dicen :

O noble Marques de Mantua
mi tio y señor carnal:

Y quiso la suerte que cuando llegó á este verso acertó á pasar por allí un labrador de su mismo lugar, y vecino suyo, que venia de llevar una carga de trigo al molino : el cual viendo aquel hombre allí tendido, se llegó á él y le preguntó que quien era, y que mal sentia que tan tristemente se quejaba. Don Quijote creyó sin duda que aquel era el Marques de Mantua su tio, y asi no le respondió otra cosa sino fué proseguir en su romance, donde le daba cuenta de su desgracia y de los amores del hijo del emperante con su esposa, todo de la misma manera que el romance lo canta. El labrador estaba admirado oyendo aquellos disparates : y quitándole la visera, que ya estaba hecha pedazos de los palos, le limpió el rostro, que lo tenia lleno de polvo; y apenas le hubo limpiado, cuando le conoció y le dijo : señor Quijada (que asi se debia de llamar cuando él tenia juicio, y no habia pasado de hidalgo sosegado á caballero andante) ¿quien ha puesto á vuestra merced de esta suerte? Pero él seguia con su romance á cuanto le preguntaba. Viendo esto el buen hombre; lo mejor que pudo le quitó el peto y espaldar para ver si tenia alguna herida, pero no vió sangre, ni señal alguna. Procuró levantarle del suelo, y no con

poco trabajo le subió sobre su jumento, por parecerle caballería mas sosegada. Recogió las armas hasta las astillas de la lanza, y liólas sobre Rocinante, al cual tomó de la rienda, y del cabestro al asno, y se encaminó hácia su pueblo bien pensativo de oir los disparates que Don Quijote decia: y no menos iba Don Quijote, que de puro molido y quebrantado no se podia tener en el borrico, y de cuando en cuando daba unos suspiros que los ponia en el cielo, de modo que de nuevo obligó á que el labrador le preguntase, le dijese que mal sentia: y no parece sino que el diablo le traia á la memoria los cuentos acomodados á sus sucesos, porque en aquel punto, olvidándose de Valdovínos, se acordó del moro Abindarráez cuando el alcaide de Antequera Rodrigo de Narváez le prendió y llevó cautivo á su alcaidía. De suerte que cuando el labrador le volvió á preguntar como estaba y que sentia, le respondió las mismas palabras y razones que el cautivo Abencerraje respondia á Rodrigo de Narváez, del mismo modo que él habia leido la historia en la Diana de Jorge de Montemayor, donde se escribe: aprovechándose de ella tan de propósito, que el labrador se iba dando al diablo de oir tanta máquina de necedades: por donde conoció que su vecino estaba loco, y dábale priesa á llegar al pueblo por excusar el enfado que Don Quijote le causaba con su larga arenga. Al cabo de lo cual dijo: sepa vuestra merced, señor Don

Rodrigo de Narváez, que esta hermosa Xarifa que he dicho, es ahora la linda Dulcinea del Toboso por quien yo he hecho, hago y haré los mas famosos hechos de caballerías que se han visto, vean, ni verán en el mundo. Á esto respondió el labrador: mire vuestra merced, señor ¡pecador de mí! que yo no soy Don Rodrigo de Narváez, ni el marques de Mantua, sino Pedro Alonso su vecino; ni vuestra merced es Valdovínos, ni Abindarráez sino el honrado hidalgo del señor Quijada. Yo sé quien soy, respondió Don Quijote, y sé que puedo ser no solo los que he dicho, sino todos los doce Pares de Francia, y aun todos los nueve de la fama, pues á todas las hazañas que ellos todos juntos y cada uno de por sí hicieron, se aventajarán las mias. En estas pláticas y en otras semejantes llegaron al lugar á la hora que anochecia; pero el labrador aguardó á que fuese algo mas noche porque no viesen al molido hidalgo tan mal caballero. Llegada pues la hora que le pareció, entró en el pueblo y en casa de Don Quijote, la cual halló toda alborotada, y estaba en ella el Cura y el barbero del lugar, que eran grandes amigos de Don Quijote, que estaba diciéndoles su ama á voces: ¿que le parece á vuestra merced, señor Licenciado Pero Perez (que asi se llamaba el Cura), de la desgracia de mi señor? Seis dias ha que no parece él, ni el rocin, ni la adarga, ni la lanza, ni las armas. ¡Desventurada de mí!

que me doy á entender, y asi es ello la verdad como nací para morir, que estos malditos libros de caballerías que él tiene y suele leer tan de ordinario, le han vuelto el juicio: que ahora me acuerdo haberle oido decir muchas veces, hablando entre sí, que queria ser caballero andante, é irse á buscar las aventuras por esos mundos. Encomendados sean á Satanás y á Barrabas tales libros, que asi han echado á perder el mas delicado entendimiento que habia en toda la Mancha. La sobrina decia lo mismo, y aun decia mas: sepa, señor Maese Nicolas (que este era el nombre del barbero), que muchas veces le aconteció á mi señor tio estarse leyendo en estos desalmados libros de desventuras dos dias con sus noches, al cabo de los cuales arrojaba el libro de las manos, y ponia mano á la espada y andaba á cuchilladas con las paredes, y cuando estaba muy cansado decia que habia muerto á cuatro gigantes como cuatro torres, y el sudor que sudaba del cansancio, decia que era sangre de las heridas que habia recibido en la batalla, y bebíase luego un gran jarro de agua fria, y quedaba sano y sosegado, diciendo que aquella agua era una preciosísima bebida que le habia traido el sabio Esquife, un grande encantador y amigo suyo. Mas yo me tengo la culpa de todo, que no avisé á vuestras mercedes de los disparates de mi señor tio, para que lo remediaran antes de llegar á lo que ha llegado, y quemaran todos estos des-

comulgados libros (que tiene muchos), que bien merecen ser abrasados como si fuesen de hereges. Esto digo yo tambien, dijo el Cura; y á fe que no se pase el dia de mañana sin que de ellos no se haga acto público y sean condenados al fuego, porque no den ocasion á quien los leyere de hacer lo que mi buen amigo debe de haber hecho. Todo esto estaban oyendo el labrador y Don Quijote, con que acabó de entender el labrador la enfermedad de su vecino, y asi comenzó á decir á voces: abran vuestras mercedes al señor Valdovínos, y al señor Marques de Mantua, que viene mal ferido, y al señor moro Abindarráez, que trae cautivo el valeroso Rodrigo de Narváez, alcaide de Antequera. Á estas voces salieron todos, y como conocieron, los unos á su amigo, las otras á su amo y tio, que aun no se habia apeado del jumento porque no podia, corrieron á abrazarle. El dijo: ténganse todos, que vengo mal ferido por la culpa de mi caballo: llévenme á mi lecho, y llámese, si fuere posible, á la sabia Urganda, que cure y cate de mis feridas. Mira, en hora mala, dijo á este punto el ama, si me decia á mí bien mi corazon del pie que cojeaba mi señor. Suba vuestra merced en buen hora, que sin que venga esa Urganda, le sabrémos aquí curar. Malditos, digo, sean otra vez y otras ciento estos libros de caballerías que tal han parado á vuestra merced. Lleváronle luego á la cama, y ca-

tándole las heridas no le hallaron ninguna; y él dijo que todo era molimiento por haber dado una gran caida con Rocinante su caballo, combatiéndose con diez jayanes, los mas desaforados y atrevidos que se pudieran fallar en gran parte de la tierra. Ta, ta, dijo el Cura: ¿jayanes hay en la danza? Para mi santiguada, que yo los queme mañana antes que llegue la noche. Hiciéronle á Don Quijote mil preguntas, y á ninguna quiso responder otra cosa sino que le diesen de comer y le dejasen dormir, que era lo que mas le importaba. Hízose asi, y el Cura se informó muy á la larga del labrador, del modo que habia hallado á Don Quijote. El se lo contó todo con los disparates que al hallarle y al traerle habia dicho, que fué poner mas deseo en el Licenciado de hacer lo que otro dia hizo, que fué llamar á su amigo el barbero Maese Nicolas, con el cual se vino á casa de Don Quijote.

CAPITULO VI.

Del donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo.

El cual aun todavía dormia. Pidió las llaves á la sobrina del aposento donde estaban los libros autores del daño, y ella se las dió de muy buena gana: entraron dentro todos, y la ama con ellos, y hallaron mas de cien cuerpos de libros grandes muy bien encuadernados, y otros pequeños: y asi como el ama los vió, volvióse á salir del aposento con gran priesa, y tornó luego con una escudilla de agua bendita y un hisopo, y dijo: tome vuestra merced, señor Licenciado, rocie este aposento, no esté aquí algun encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encanten en pena de la que les queremos dar echándolos del mundo. Causó risa al Licenciado la simplicidad del ama, y mandó al barbero que le fuese dando de aquellos libros uno á uno para ver de que trataban, pues podia ser hallar algunos que no mereciesen castigo de fuego. No, dijo la sobrina, no hay para que perdonar á ninguno, porque todos han sido los dañadores: mejor será arrojarlos por las

ventanas al patio, y hacer un rimero de ellos y pegarles fuego, y si no llevarlos al corral, y allí se hará la hoguera y no ofenderá el humo. Lo mismo dijo el ama: tal era la gana que las dos tenian de la muerte de aquellos inocentes, mas el Cura no vino en ello sin primero leer siquiera los títulos. Y el primero que maese Nicolas le dió en las manos fué los cuatro de Amadis de Gaula, y dijo el Cura: parece cosa de misterio esta, porque segun he oido decir este libro fué el primero de caballerías que se imprimió en España, y todos los demas han tomado principio y orígen de este, y asi me parece que como á dogmatizador de una seta tan mala, le debemos sin excusa alguna condenar al fuego. No señor, dijo el barbero, que tambien he oido decir que es el mejor de todos los libros que de este género se han compuesto, y asi como á único en su arte se debe perdonar. Asi es verdad, dijo el cura, y por esa razon se le otorga la vida por ahora. Veamos esotro que está junto á él. Es, dijo el barbero, las Sergas de Esplandian, hijo legítimo de Amadis de Gaula. Pues en verdad, dijo el Cura, que no le ha de valer al hijo la bondad del padre: tomad, señora ama, abrid esa ventana y echadle al corral, y dé principio al monton de la hoguera que se ha de hacer. Hízolo asi el ama con mucho contento, y el bueno de Esplandian fué volando al corral, esperando con toda paciencia el fuego

que le amenazaba. Adelante, dijo el Cura. Este que viene, dijo el barbero, es Amadis de Grecia, y aun todos los de este lado, á lo que creo, son del mismo linage de Amadis. Pues vayan todos al corral, dijo el Cura, que á trueco de quemar á la Reina Pintiquiniestra, y al pastor Darinel y á sus églogas, y á las endiabladas y revueltas razones de su autor, quemara con ellos al padre que me engendró si anduviera en figura de caballero andante. De ese parecer soy yo, dijo el barbero, y aun yo, añadió la sobrina. Pues asi es, dijo el ama; venga, y al corral con ellos. Diérouselos que eran muchos, y ella ahorró la escalera y dió con ellos por la ventana abajo. ¿Quien es ese tonel? dijo el Cura. Este es, respondió el barbero, Don Olivante de Laura. El autor de ese libro, dijo el Cura, fué el mismo que compuso á Jardin de Flores, y en verdad que no sepa determinar cual de los dos libros es mas verdadero, ó por decir mejor menos mentiroso: solo sé decir que este irá al corral por disparatado y arrogante. Este que se sigue es Florismarte de Hircania, dijo el barbero. ¿Ahí está el señor Florismarte? replicó el Cura: pues á fe que ha de parar presto en el corral, á pesar de su extraño nacimiento y soñadas aventuras, que no da lugar á otra cosa la dureza y sequedad de su estilo: al corral con él, y con esotro, señora ama. Que me place, señor mio, respondia ella; y con mucha alegría ejecutaba

lo que le era mandado. Este es el caballero Platir, dijo el barbero. Antiguo libro es ese, dijo el Cura, y no hallo en él cosa que merezca venia; acompañe á los demas sin réplica, y asi fué hecho. Abrióse otro libro, y vieron que tenia por título el Caballero de la Cruz. Por nombre tan santo como este libro tiene, se podia perdonar su ignorancia; mas tambien se suele decir, tras la cruz está el diablo: vaya al fuego. Tomando el barbero otro libro dijo: este es Espejo de caballerías. Ya conozco á su merced, dijo el Cura: ahí anda el señor Reynáldos de Montalban con sus amigos y compañeros, mas ladrones que Caco, y los doce Pares con el verdadero historiador Turpin; y en verdad que estoy por condenarlos no mas que á destierro perpetuo, siquiera porque tienen parte de la invencion del famoso Mateo Boyardo, de donde tambien tejió su tela el cristiano poeta Ludovico Ariosto, al cual si aquí le hallo, y que habla en otra lengua que la suya, no le guardaré respeto alguno; pero si habla en su idioma le pondré sobre mi cabeza. Pues yo le tengo en italiano, dijo el barbero, mas no le entiendo. Ni aun fuera bien que vos le entendiérais, respondió el Cura, y aquí le perdonáramos al señor Capitan, que no le hubiera traido á España, y hecho castellano: que le quitó mucho de su natural valor, y lo mismo harán todos aquellos que los libros de verso quisieren volver en otra

lengua, que por mucho cuidado que pongan y habilidad que muestren, jamas llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento. Digo en efecto que este libro, y todos los que se hallaren que tratan de estas cosas de Francia, se echen y depositen en un pozo seco, hasta que con mas acuerdo se vea lo que se ha de hacer de ellos, exceptuando á un Bernardo del Carpio, que anda por ahí, y á otro llamado Roncesvalles, que estos en llegando á mis manos han de estar en las del ama y de ellas en las del fuego sin remision alguna. Todo lo confirmó el barbero, y lo tuvo por bien y por cosa muy acertada, por entender que era el Cura tan buen cristiano y tan amigo de la verdad, que no diria otra cosa por todas las del mundo. Y abriendo otro libro vió que era Palmerin de Oliva, y junto á él estaba otro que se llamaba Palmerin de Inglaterra, lo cual visto por el Licenciado, dijo: esa oliva se haga luego rajas y se queme, que aun no queden de ella las cenizas, y esa palma de Inglaterra se guarde y se conserve como á cosa única, y se haga para ella otra caja como la que halló Alejandro en los despojos de Darío, que la diputó para guardar en ella las obras del poeta Homero. Este libro, señor compadre, tiene autoridad por dos cosas; la una porque él por sí es muy bueno, y la otra porque es fama que le compuso un discreto Rey de Portugal. Todas las aventuras del castillo de Miraguarda son boní-

simas y de grande artificio, las razones cortesanas y claras, que guardan y miran el decoro del que habla, con mucha propiedad y entendimiento. Digo pues, salvo vuestro buen parecer, señor maese Nicolas, que este y Amadis de Gaula queden libres del fuego, y todos los demas, sin hacer mas cala y cata, perezcan. No, señor compadre, replicó el barbero, que este que aquí tengo es el afamado Don Belianis. Pues ese, replicó el Cura, con la segunda, tercera y cuarta parte, tienen necesidad de un poco de ruibarbo para purgar la demasiada cólera suya, y es menester quitarles todo aquello del castillo de la fama y otras impertinencias de mas importancia, para lo cual se les da término ultramarino, y como se enmendaren, asi se usará con ellos de misericordia ó de justicia; y en tanto tenedlos vos, compadre, en vuestra casa, mas no los dejeis leer á ninguno. Que me place, respondió el barbero: y sin querer cansarse mas en leer libros de caballerías, mandó al ama que tomase todos los grandes, y diese con ellos en el corral. No se dijo á tonta ni á sorda, sino á quien tenia mas gana de quemarlos que de echar una tela por grande y delgada que fuera, y asiendo casi ocho, de una vez los arrojó por la ventana. Por tomar muchos juntos se le cayó uno á los pies del barbero, que le tomó gana de ver de quien era, y vió que decia: Historia del famoso caballero Tirante el Blanco. Válame Dios, dijo

el Cura dando una gran voz, ¡que aquí esté Tirante el Blanco! Dádmele, compadre, que hago cuenta que he hallado en él un tesoro de contento; y una mina de pasatiempos. Aquí está Don Kirieleison de Montalban, valeroso caballero, y su hermano Tomas de Montalban, y el caballero Fonseca, con la batalla que el valiente Detriante hizo con el alano, y las agudezas de la doncella Placerdemivida, con los amores y embustes de la viuda Reposada, y la señora Emperatriz enamorada de Hipólito su escudero. Digoos verdad, señor compadre, que por su estilo es este el mejor libro del mundo: aquí comen los caballeros, y duermen y mueren en sus camas, y hacen testamento antes de su muerte, con otras cosas de que todos los demas libros de este género carecen. Con todo eso os digo que merecia el que lo compuso, pues no hizo tantas necedades de industria, que le echaran á galeras por todos los dias de su vida. Llevadle á casa y leedle, y veréis que es verdad cuanto de él os he dicho. Asi será, respondió el barbero: pero ¿que harémos de estos pequeños libros que quedan? Estos, dijo el Cura, no deben de ser de caballerías, sino de poesía: y abriendo uno vió que era la Diana de Jorge de Montemayor, y dijo (creyendo que todos los demas eran del mismo género): estos no merecen ser quemados como los demas, porque no hacen ni harán el daño que los de caballerías han hecho,

que son libros de entendimiento sin perjuicio de tercero. ¡ Ay señor ! dijo la sobrina bien los puede vuestra merced mandar quemar como á los demas, porque no seria mucho que habiendo sanado mi señor tio de la enfermedad caballeresca, leyendo estos se le antojase de hacerse pastor, y andarse por los bosques y prados cantando y tañendo, y lo que seria peor hacerse poeta, que segun dicen es enfermedad incurable y pegadiza. Verdad dice esta doncella, dijo el Cura, y será bien quitarle á nuestro amigo este tropiezo y ocasion delante. Y pues comenzamos por la Diana de Montemayor, soy de parecer que no se queme, sino que se le quite todo aquello que trata de la sabia Felicia y de la agua encantada, y casi todos los versos mayores, y quédesele en hora buena la prosa y la honra de ser primero en semejantes libros. Este que se sigue, dijo el barbero, es la Diana llamada Segunda del Salmantino, y este otro que tiene el mismo nombre, cuyo autor es Gil Polo. Pues la del Salmantino, respondió el Cura, acompañe y acreciente el número de los condenados al corral, y la de Gil Polo se guarde como si fuera del mismo Apolo : y pase adelante, señor compadre, y démonos priesa que se va haciendo tarde. Este libro es, dijo el barbero abriendo otro, loz diez libros de Fortuna de Amor, compuestos por Antonio de Lofraso, poeta Sardo. Por las órdenes que recibí, dijo el Cura, que

desde que Apolo fué Apolo, y las Musas Musas, y los poetas poetas, tan gracioso ni tan disparatado libro como ese no se ha compuesto, y que por su camino es el mejor y el mas único de cuantos de este género han salido á la luz del mundo, y el que no le ha leido puede hacer cuenta que no ha leido jamas cosa de gusto. Dádmele acá, compadre, que precio mas haberle hallado que si me dieran una sotana de raja de Florencia. Púsole aparte con grandísimo gusto, y el barbero prosiguió diciendo: estos que se siguen son el Pastor de Iberia, Ninfas de Henáres, y Desengaños de zelos. Pues no hay mas que hacer, dijo el Cura, sino entregarlos al brazo seglar del ama, y no se me pregunte el porque, que seria nunca acabar. Este que viene es el Pastor de Fílida. No es ese pastor, dijo el Cura, sino muy discreto cortesano: guárdese como joya preciosa. Este grande que aquí viene se intitula, dijo el barbero, Tesoro de varias poesías. Como ellas no fueran tantas, dijo el Cura, fueran mas estimadas; menester es que este libro se escarde y limpie de algunas bajezas, que entre sus grandezas tiene: guárdese porque su autor es amigo mio, y por respeto de otras mas heroicas y levantadas obras que ha escrito. Este es, siguió el barbero, el Cancionero de Lopez Maldonado. Tambien el autor de ese libro, replicó el Cura, es grande

amigo mio, y sus versos en su boca admiran á quien los oye, y tal es la suavidad de la voz con que los canta que encanta; algo largo es en las églogas, pero nunca lo bueno fué mucho: guárdese con los escogidos. Pero ¿que libro es ese que está junto á él? La Galatea de Miguel de Cervántes, dijo el barbero. Muchos años ha que es grande amigo mio ese Cervántes, y sé que es mas versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invencion, propone algo, y no concluye nada: es menester esperar la segunda parte que promete, quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega, y entre todo que esto se ve, tenedle recluso en vuestra posada, señor compadre. Que me place, respondió el barbero, y aquí vienen tres todos juntos: la Araucana de Don Alonso de Ercilla, la Austriada de Juan Rufo, Jurado de Córdoba, y el Monserrato de Cristóval de Virues, poeta valenciano. Todos estos tres libros, dijo el Cura, son los mejores que en verso heroico en lengua castellana estan escritos, y pueden competir con los mas famosos de Italia: guárdense como las mas ricas prendas de poesía que tiene España. Cansóse el Cura de ver mas libros y asi á carga cerrada quiso que todos los demas se quemasen; pero ya tenia abierto uno el barbero, que se llamaba las Lágrimas de Angélica. Lloráralas yo, dijo el Cura

en oyendo el nombre, si tal libro hubiera mandado quemar, porque su autor fué uno de los famosos poetas del mundo, no solo de España, y fué felicísimo en la traduccion de algunas fábulas de Ovidio.

CAPÍTULO VII.

De la segunda salida de nuestro buen caballero Don Quijote de la Mancha.

ESTANDO en esto, comenzó á dar voces Don Quijote diciendo: aquí, aquí; valerosos caballeros, aquí es menester mostrar la fuerza de vuestros valerosos brazos, que los cortesanos llevan lo mejor del torneo. Por acudir á este ruido y estruendo no se pasó adelante con el escrutinio de los demas libros que quedaban, y asi se cree que fueron al fuego sin ser vistos ni oidos la Carolea, y Leon de España, con los hechos del Emperador, compuestos por Don Luis de Avila, que sin duda debian de estar entre los que quedaban, y quizá si el Cura los viera no pasaran por tan rigurosa sentencia. Cuando llegaron á Don Quijote, ya él estaba levantado de la cama, y proseguia en sus voces y en sus desatinos, dando cuchilladas y reveses á todas partes, estando tan despierto como si nunca hubiera dormido. Abrazáronse con él y por fuerza le volvieron al lecho, y despues que hubo sosegado un poco, volviéndose á hablar con el Cura le dijo: por cierto, señor arzo-

bispo Turpin, que es gran mengua de los que nos llamamos doce Pares, dejar tan sin mas ni mas llevar la victoria de este torneo á los caballeros cortesanos, habiendo nosotros los aventureros ganado el prez en los tres dias antecedentes. Calle vuestra merced, señor compadre, dijo el cura, que Dios será servido que la suerte se mude, y que lo que hoy se pierde se gane mañana, y atienda vuestra merced á su salud por ahora, que me parece que debe de estar demasiadamente cansado, si ya no es que está mal herido. Ferido no, dijo Don Quijote; pero molido y quebrantado no hay duda en ello, porque aquel bastardo de Don Roldan me ha molido á palos con el tronco de una encina, y todo de envidia porque ve que yo solo soy el opuesto de sus valentías; mas no me llamaria yo Reynáldos de Montalban si en levantándome de este lecho ne me lo pagare, á pesar de todos sus encantamentos: y por ahora tráyganme de yantar, que sé que es lo que mas me hará al caso, y quédese lo del vengarme á mi cargo. Hiciéronlo asi, diéronle de comer y quedóse otra vez dormido, y ellos admirados de su locura. Aquella noche quemó y abrasó el ama cuantos libros habia en el corral y en toda la casa, y tales debieron de arder que merecian guardarse en perpetuos archivos, mas no lo permitió su suerte y la pereza del escrudiñador, y asi se cumplió

el refran en ellos, de que pagan á las veces justos por pecadores.

Uno de los remedios que el cura y el barbero dieron por entonces para el mal de su amigo, fué que le murasen y tapiasen el aposento de los libros, porque cuando se levantase no los hallase (quizá quitando la causa cesaria el efecto), y que dijesen que un encantador se los habia llevado, y el aposento y todo; y asi fué hecho con mucha presteza. De allí á dos dias se levantó Don Quijote, y lo primero que hizo fué ir á ver sus libros: y como no hallaba el aposento donde le habia dejado, andaba de una en otra parte buscándole. Llegaba adonde solia tener la puerta, y tentábala con las manos, y volvia y revolvia los ojos por todo sin decir palabra; pero al cabo de una buena pieza, preguntó á su ama que hácia que parte estaba el aposento de sus libros. El ama, que ya estaba bien advertida de lo que habia de responder, le dijo: ¿que aposento ó que nada busca vuestra merced? Ya no hay aposento ni libros en esta casa, porque todo se lo llevó el mismo diablo. No era diablo, replicó la sobrina, sino un encantador que vino sobre una nube una noche despues del dia que vuestra merced de aquí se partió, y apeándose de una sierpe en que venia caballero, entró en el aposento y no sé lo que hizo dentro, que á cabo de poca pieza salió volando por el tejado, y dejó la casa llena

de humo: y cuando acordámos á mirar lo que dejaba hecho, no vímos libro ni aposento alguno; solo se nos acuerda muy bien á mí y al ama que al tiempo del partirse aquel mal viejo, dijo en altas voces que por enemistad secreta que tenia al dueño de aquellos libros y aposento, dejaba hecho el daño en aquella casa que despues se veria: dijo tambien que se llamaba el sabio Muñaton. Freston diria, dijo Don Quijote. No sé, respondió el ama, si se llamaba Freston ó Friton, solo sé que acabó en ton su nombre. Asi es, dijo Don Quijote, que ese es un sabio encantador grande enemigo mio, que me tiene ojeriza porque sabe, por sus artes y letras, que tengo de venir, andando los tiempos, á pelear en singular batalla con un caballero á quien él favorece, y le tengo de vencer sin que él lo pueda estorbar, y por esto procura hacerme todos los sinsabores que puede: y mándole yo, que mal podrá él contradecir ni evitar lo que por el Cielo está ordenado. Quien duda de eso, dijo la sobrina: pero ¿quien le mete á vuestra merced, señor tio, en esas pendencias? no será mejor estarse pacífico en su casa, y no irse por el mundo á buscar pan de trastrigo, sin considerar que muchos van por lana y vuelven trasquilados? ¡Ó sobrina mia! respondió Don Quijote, y cuan mal que estás en la cuenta: primero que á mí me trasquilen, tendré peladas

y quitadas las barbas á cuantos imaginaren tocarme en la punta de un solo cabello. No quisieron las dos replicarle mas, porque vieron que se le encendia la cólera. Es pues el caso, que él estuvo quince dias en casa muy sosegado sin dar muestras de querer segundar sus primeros devaneos, en los cuales dias pasó graciosísimos cuentos con sus dos compadres el cura y el barbero, sobre que él decia que la cosa de que mas necesidad tenia el mundo era de caballeros andantes, y de que en él se resucitase la caballería andantesca. El cura algunas veces le contradecia y otras concedia, porque si no guardaba este artificio no habia poder averiguarse con él. En este tiempo solicitó Don Quijote á un labrador vecino suyo, hombre de bien (si es que este título se puede dar al que es pobre), pero de muy poca sal en la mollera. En resolucion, tanto le dijo, tanto le persuadió y prometió, que el pobre villano se determinó de salir con él y servirle de escudero. Decíale entre otras cosas Don Quijote que se dispusiese á ir con él de buena gana, porque tal vez le podia suceder aventura que ganase en quítame allá esas pajas alguna ínsula, y le dejase á él por gobernador de ella. Con estas promesas y otras tales, SANCHO PANZA, (que asi se llamaba el labrador) dejó su muger y hijos, y asentó por escudero de su vecino. Dió luego Don Quijote órden en buscar dineros: y

vendiendo una cosa, y empeñando otra, y malbaratándolas todas, llegó una razonable cantidad. Acomodóse asimismo de una rodela que pidió prestada á un su amigo, y pertrechando su rota celada lo mejor que pudo, avisó á su escudero Sancho del dia y la hora que pensaba ponerse en camino, para que él se acomodase de lo que viese que mas le era menester: sobre todo le encargó que llevase alforjas. El dijo que si llevaria, y que ansimismo pensaba llevar un asno que tenia muy bueno, porque él no estaba duecho á andar mucho á pie. En lo del asno reparó un poco Don Quijote imaginando si se le acordaba, si algun caballero andante habia traido escudero caballero asnalmente; pero nunca le vino alguno á la memoria: mas con todo esto determinó que le llevase, con presupuesto de acomodarle de mas honrada caballería en habiendo ocasion para ello, quitándole el caballo al primer descortes caballero que topase. Proveyóse de camisas y de las demas cosas que él pudo, conforme al consejo que el ventero le habia dado. Todo lo cual hecho y cumplido, sin despedirse Panza de sus hijos y muger, ni Don Quijote de su ama y sobrina, una noche se salieron del lugar sin que persona los viese, en la cual caminaron tanto que al amanecer se tuvieron por seguros de que no los hallarian aunque los buscasen. Iba Sancho Panza sobre su jumento como un

Patriarca, con sus alforjas y su bota, y con mucho deseo de verse ya Gobernador de la ínsula que su amo le habia prometido. Acertó Don Quijote á tomar la misma derrota y camino que el que él habia antes tomado en su primer viage, que fué por el campo de Montiel, por el cual caminaba con menos pesadumbre que la vez pasada, porque por ser la hora de la mañana, y herirles á soslayo los rayos del sol, no les fatigaban. Dijo en esto Sancho Panza á su amo: mire vuestra merced, señor caballero andante, que no se le olvide lo que de la ínsula me tiene prometido, que yo la sabré gobernar por grande que sea. Á lo cual respondió Don Quijote, has de saber, amigo Sancho Panza, que fué costumbre muy usada de los caballeros andantes antiguos, hacer Gobernadores á sus escuderos de las ínsulas ó reinos que ganaban, y yo tengo determinado de que por mí no falte tan agradecida usanza, antes pienso aventajarme en ella, porque ellos algunas veces y quizá las mas, esperaban á que sus escuderos fuesen viejos, y ya despues de hartos de servir y de llevar malos dias y peores noches, les daban algun título de Conde, ó por lo menos de Marques de algun valle ó provincia de poco mas á menos; pero si tú vives y yo vivo bien podria ser que antes de seis dias ganase yo tal reino que tuviese otros á él adherentes, que viniesen de molde para coronarte por Rey de uno de ellos.

Y no lo tengas á mucho, que cosas y casos acontecen á los tales caballeros, por modos tan nunca vistos ni pensados, que con facilidad te podria dar aun mas de lo que te prometo. De esa manera, respondió Sancho Panza, si yo fuese Rey por algun milagro de los que vuestra merced dice, por lo menos Juana Gutierrez mi oislo vendria á ser Reina, y mis hijos infantes. ¿Pues quien lo duda? respondió Don Quijote. Yo lo dudo, replicó Sancho Panza, porque tengo para mí que aunque lloviese Dios reinos sobre la tierra, ninguno asentaria bien sobre la cabeza de Mari Gutierrez. Sepa, señor, que no vale dos maravedis para Reina; Condesa le caerá mejor, y aun Dios y ayuda. Encomiéndalo tú á Dios, Sancho, respondió Don Quijote, que él te dará lo que mas le convenga: pero no apoques tu ánimo tanto que te vengas á contentar con menos que con ser Adelantado. No haré, señor mio, respondió Sancho, y mas teniendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabrá dar todo aquello que me esté bien y yo pueda llevar.

CAPÍTULO VIII.

Del buen suceso que el valeroso Don Quijote tuvo en la espantable y jamas imaginada aventura de los Molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordacion.

En esto descubrieron treinta ó cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo, y asi como Don Quijote los vió dijo á su escudero: la ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos á desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta ó pocos mas desaforados gigantes con quien pienso hacer batalla, y quitarles á todos las vidas, con cuyos despojos comenzarémos á enriquecer: que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra. ¿Que gigantes? dijo Sancho Panza. Aquellos que allí ves, respondió su amo, de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas. Mire vuestra merced, respondió Sancho, que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que volteadas del viendo hacen andar la piedra del molino. Bien parece, respondió Don Quijote, que no estás cursado en esto de las

aventuras: ellos son gigantes, y si tienes miedo quítate de ahí, y ponte en oracion en el espacio que yo voy á entrar con ellos en fiera y desigual batalla. Y diciendo esto dió de espuelas á su caballo Rocinante, sin atender á las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento y no gigantes aquellos que iba á acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes que ni oia las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran, antes iba diciendo en voces altas: non fuyádes, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete. Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron á moverse, lo cual visto por Don Quijote dijo: pues aunque movais mas brazos que los del gigante Briareo, me lo habeis de pagar. Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazon á su señora Dulcinea pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela: con la lanza en el ristre, arremetió á todo el galope de Rocinante, y embistió con el primero molino que estaba delante, y dándole una lanzada en el aspa la volvió el viento con tanta furia que hizo la lanza pedazos, llevándose tras si al caballo y al caballero, que fué rodando muy mal trecho por el campo. Acudió Sancho Panza á socorrerle á todo el correr de su asno, y cuando llegó, halló que no se podia menear; tal fué el

golpe que dió con él Rocinante. ¡Válame Dios! dijo Sancho: ¿no le dije yo á vuestra merced que mirase bien lo que hacia, que no eran sino molinos de viento, y no lo podia ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza? Calla, amigo Sancho, respondió Don Quijote, que las cosas de la guerra mas que otras estan sujetas á continua mudanza: cuanto mas que yo pienso, y es asi verdad, que aquel sabio Freston, que me robó el aposento y los libros, ha vuelto estos gigantes en molinos por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; mas al cabo al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada. Dios lo haga como puede, respondió Sancho Panza, y ayudándole á levantar tornó á subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba; y hablando en la pasada aventura siguieron el camino del puerto Lápice, porque allí decia Don Quijote que no era posible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy pasagero; sino que iba muy pesaroso por haberle faltado la lanza, y diciéndoselo á su escudero, le dijo: yo me acuerdo haber leido que un caballero español, llamado Diego Perez de Várgas, habiéndosele en una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo ó tronco, y con él hizo tales cosas aquel dia, y machacó tantos Moros, que le quedó por sobrenombre Machuca; y asi él como sus descendientes se

llamaron desde aquel dia en adelante Várgas y Machuca. Hete dicho esto porque de la primera encina ó roble que se me depare, pienso desgajar otro tronco tal y tan bueno como aquel, que me imagino y pienso hacer con el tales hazañas que tú te tengas por bien afortunado de haber merecido venir á verlas, y á ser testigo de cosas que apenas podrán ser creidas. Á la mano de Dios, dijo Sancho, yo lo creo todo asi como vuestra merced lo dice; pero enderécese un poco que parece que va de medio lado, y debe de ser molimiento de la caida. Asi es la verdad, respondió Don Quijote, y si no me quejo del dolor es porque no es dado á los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se les salgan las tripas por ella. Si eso es asi no tengo yo que replicar, respondió Sancho; pero sabe Dios si yo me holgara que vuestra merced se quejara cuando alguna cosa le doliera. De mí sé decir que me he de quejar del mas pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende tambien con los escuderos de los caballeros andantes eso del no quejarse. No se dejó de reir Don Quijote de la simplicidad de su escudero, y asi le declaró que podia muy bien quejarse como y cuando quisiese, sin gana ó con ella, que hasta entonces no habia leido cosa en contrario en la órden de caballería. Díjole Sancho que mirase que era hora de comer. Respondióle su amo que por entonces no le hacia me-

nester, que comiese él cuando se le antojase. Con esta licencia se acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento, y sacando de las alforjas lo que en ellas habia puesto iba caminando y comiendo detras de su amo muy despacio, y de cuando en cuando empinaba la bota con tanto gusto que le pudiera envidiar el mas regalado bodegonero de Málaga. Y en tanto que él iba de aquella manera menudeando tragos, no se le acordaba de ninguna promesa que su amo le hubiese hecho, ni tenia por ningun trabajo, sino por mucho descanso, andar buscando las aventuras por peligrosas que fuesen. En resolucion, aquella noche la pasaron entre unos árboles, y del uno de ellos desgajó Don Quijote un ramo seco que casi le podia servir de lanza, y puso en él el hierro que quitó de la que se la habia quebrado. Toda aquella noche no durmió Don Quijote pensando en su señora Dulcinea, por acomodarse á lo que habia leido en sus libros cuando los caballeros pasaban sin dormir muchas noches en las florestas y despoblados, entretenidos con las memorias de sus señoras. No la pasó asi Sancho Panza, que como tenia el estómago lleno, y no de agua de chicoria, de un sueño se la llevó toda, y no fueran parte para despertarle, si su amo no le llamara, los rayos del sol que le daban en el rostro, ni el canto de las aves que muchas y muy regocijadamente la venida del nuevo dia saludaban. Al

levantarse dió un tiento á la bota y hallóla algo mas flaca que la noche antes, y afligiósele el corazon por parecerle que no llevaban camino de remediar tan presto su falta. No quiso desayunarse Don Quijote, porque como está dicho, dió en sustentarse de sabrosas memorias. Tornaron á su comenzado camino del puerto Lápice, y á obra de las tres del dia le descubrieron. Aquí dijo en viéndole Don Quijote, podemos, hermano Sancho Panza, meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras: mas advierte que aunque me veas en los mayores peligros del mundo, no has de poner mano á tu espada para defenderme, si ya no vieres que los que me ofenden es canalla y gente baja, que en tal caso bien puedes ayudarme; pero si fueren caballeros, en ninguna manera te es lícito ni concedido por las leyes de caballería que me ayudes, hasta que seas armado caballero. Por cierto, señor, respondió Sancho, que vuestra merced sea muy bien obedecido en esto, y mas que yo de mio me soy pacífico y enemigo de meterme en ruidos ni pendencias: bien es verdad que en lo que tocare á defender mi persona, no tendré mucha cuenta con esas leyes, pues las divinas y humanas permiten que cada uno se defienda de quien quisiere agraviarle. No digo yo menos, respondió Don Quijote; pero en esto de ayudarme contra caballeros, has de tener á raya tus naturales impe-

tus. Digo que asi lo haré, respondió Sancho, y que guardaré ese precepto tan bien como el dia del domingo. Estando en estas razones azomáron por el camino dos frailes de la órden de san Benito, caballeros sobre dos dromedarios, que no eran mas pequeñas dos mulas en que venian. Traian sus antojos de camino y sus quitasoles. Detras de ellos venia un coche con cuatro ó cinco de á caballo que le acompañaban, y dos mozos de mulas á pié. Venia en el coche, como despues se supo, una señora vizcaina, que iba á Sevilla donde estaba su marido, que pasaba á las Indias con un muy honroso cargo. No venian los frailes con ella, aunque iban el mismo camino: mas apénas los divisó Don Quijote cuando dijo á su escudero: ó yo me engaño, ó esta ha de ser la mas famosa aventura que se ha visto, porque aquellos bultos negros que allí parecen deben de ser, y son sin duda algunos encantadores que llevan hurtada alguna Princesa en aquel coche, y es menester deshacer este tuerto á todo mi poderío. Peor será esto que los molinos de viento, dijo Sancho: mire, señor, que aquellos son frailes de san Benito, y el coche debe de ser de alguna gente pasagera: mire que digo que mire bien lo que hace, no sea el diablo que le engañe. Ya te he dicho, Sancho, respondió Don Quijote, que sabes poco de achaque de aventuras: lo que yo digo es verdad, y ahora lo verás. Y di-

ciendo esto se adelantó, y se puso en la mitad del camino por donde los frailes venian, y en llegando tan cerca que á él le pareció que le podian oir lo que dijese, en alta voz dijo: gente endiablada y descomunal, dejad luego al punto las altas Princesas que en ese coche llevais forzadas; si no aparejaos á recibir presta muerte por justo castigo de vuestras malas obras. Detuviéron los frailes las riendas, quedando admirados asi de la figura de Don Quijote como de sus razones, á las cuales respondiéron: señor caballero, nosotros no somos endiablados ni descomunales, sino dos religiosos de san Benito que vamos nuestro camino, y no sabemos si en este coche vienen ó no, ningunas forzadas Princesas. Para conmigo no hay palabras blandas, que ya yo os conozco, fementida canalla, dijo Don Quijote: y sin esperar mas respuesta picó á Rocinante, y la lanza baja arremetió contra el primer fraile con tanta furia y denuedo, que si el fraile no se dejara caer de la mula, él le hiciéra venir al suelo mal de su grado, y aun mal herido, si no cayera muerto. El segundo religioso, que vió del modo que trataban á su compañero, puso piernas al castillo de su buena mula, y comenzó á correr por aquella campaña mas ligero que el mismo viento. Sancho Panza que vió en el suelo al fraile, apeándose ligeramente de su asno, arremetió á él y le comenzó á quitar los

hábitos. Llegáron en esto dos mozos de los frailes, y preguntáronle que porque le desnudaba. Respondióles Sancho que aquello le tocaba á él legítimamente, como despojos de la batalla que su señor Don Quijote habia ganado. Los mozos, que no sabian de burlas, ni entendian aquello de despojos ni batallas, viendo que ya Don Quijote estaba desviado de allí, hablando con las que en el coche venian, arremetiéron con Sancho y diéron con él en el suelo, y sin dejarle pelo en las barbas le moliéron á coces, y le dejáron tendido en el suelo sin aliento ni sentido: y sin detenerse un punto tornó á subir el fraile, todo temeroso y acobardado y sin color en el rostro, y cuando se vió á caballo picó tras su compañero, que un buen espacio de allí le estaba aguardando, y esperando en que paraba aquel sobresalto: y sin querer aguardar el fin de todo aquel comenzado suceso, siguiéron su camino haciéndose mas cruces que si llevaran al diablo á las espaldas. Don Quijote estaba, como se ha dicho, hablando con la señora del coche, diciéndole: la vuestra fermosura, señora mia, puede hacer de su persona lo que mas le viniere en talante, porque ya la soberbia de vuestros robadores yace por el suelo derribada por este mi fuerte brazo: y porque no peneis por saber el nombre de vuestro libertador, sabed que yo me llamo Don Quijote de la Mancha, caballero

andante, y cautivo de la sin par y hermosa Doña Dulcinea del Toboso: y en pago del beneficio que de mí habeis recibido, no quiero otra cosa sino que volvais al Toboso, y que de mi parte os presenteis ante esta señora, y le digais lo que por vuestra libertad he hecho. Todo esto que Don Quijote decia, escuchaba un escudero de los que el coche acompañaban, que era vizcaino: el cual viendo que no queria dejar pasar el coche adelante, sino que decia que luego habia de dar la vuelta al Toboso, se fué para Don Quijote y asiéndole de la lanza le dijo en mala lengua castellana, y peor vizcaina, de esta manera: anda, caballero, que mal andes, por el Dios que crióme, que si no dejas coche, asi te matas como estás ahí vizcaino. Entendióla muy bien Don Quijote, y con mucho sosiego le respondió, si fueras caballero, como no lo eres, ya yo hubiera castigado tu sandez y atrevimiento; cautiva criatura. Á lo cual replicó el vizcaino: ¿yo no caballero? juro á Dios tan mientes como cristiano: si lanza arrojas y espada sacas, al agua cuan presto verás que el gato llevas: vizcaino por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mientes, que mira si otra dices cosa. Ahora lo verédes, dijo Agráges, respondió Don Quijote: y arrojando la lanza en el suelo, sacó su espada y embrazó su rodela, y arremetió al vizcaino con determinacion de quitarle la vida. El viscaino, que

asi le vió venir, aunque quisiera apearse de la mula, que por ser de las malas de alquiler no habia que fiar en ella, no pudo hacer otra cosa sino sacar su espada: pero avínole bien que se halló junto al coche, de donde pudo tomar una almohada que le sirvió de escudo, y luego fuéron el uno para el otro como si fueran dos mortales enemigos. La demas gente quisiera ponerlos en paz, mas no pudo porque decia el vizcaino en sus mal trabadas razones, que si no le dejaban acabar su batalla, que él mismo habia de matar á su ama y á toda la gente que se lo estorbase. La señora del coche, admirada y temerosa de lo que veia, hizo al cochero que se desviase de allí algun poco, y desde lejos se puso á mirar la rigurosa contienda, en el discurso de la cual dió el vizcaino una gran cuchillada á Don Quijote encima de un hombro por encima de la rodela, que á dársela sin defensa le abriera hasta la cintura. Don Quijote, que sintió la pesadumbre de aquel desaforado golpe, dió una gran voz diciendo: ó señora de mi alma Dulcinea, flor de la hermosura, socorred á este vuestro caballero, que por satisfacer á la vuestra mucha bondad en este riguroso trance se halla. El decir esto, y el apretar la espada, y el cubrirse bien de su rodela, y el arremeter al vizcaino, todo fué en un tiempo, llevando determinacion de aventurarlo todo á lo de un solo golpe. El vizcaino, que asi le vió

venir contra él, bien entendió por su denuedo su corage, y determinó de hacer lo mismo que Don Quijote: y asi le aguardó bien cubierto de su almohada, sin poder rodear la mula á una ni á otra parte, que ya de puro cansada y no hecha á semejantes niñerías no podia dar un paso. Venia pues, como se ha dicho, Don Quijote contra el cauto vizcaino con la espada en alto, con determinacion de abrirle por medio, y el vizcaino le aguardaba asimismo levantada la espada y aforrado con su almohada; y todos los circunstantes estaban temerosos y colgados de lo que habia de suceder de aquellos tamaños golpes con que se amenazaban, y la señora del coche y las demas criadas suyas estaban haciendo mil votos y ofrecimientos á todas las imágenes y casas de devocion de España, porque Dios librase á su escudero y á ellas de aquel tan grande peligro en que se hallaban. Pero está el daño de todo esto, que en este punto y término deja pendiente el autor de esta historia esta batalla, disculpándose que no halló mas escrito de estas hazañas de Don Quijote de las que deja referidas. Bien es verdad que el segundo autor de esta obra no quiso creer que tan curiosa historia estuviese entregada á las leyes del olvido, ni que hubiesen sido tan poco curiosos los ingenios de la Mancha que no tuviesen en sus archivos ó en sus escritorios algunos papeles que de este famoso

caballero tratasen : y asi con esta imaginacion no se desesperó de hallar el fin de esta apacible historia, el cual, siéndole el cielo favorable, le halló del modo que se contará en la segunda parte.

CAPÍTULO IX.

Donde se concluye y da fin á la estupenda batalla que el gallardo vizcaino y el valiente manchego tuviéron.

DEJAMOS en la primera parte de esta historia al valeroso vizcaino y al famoso Don Quijote con las espadas altas y desnudas, en guisa de descargar dos furibundos fendientes, tales que si en lleno se acertaban, por lo menos se dividirian y fenderian de arriba abajo y abririan como una granada, y que en aquel punto tan dudoso paró y quedó destroncada tan sabrosa historia, sin que nos diese noticia su autor donde se podria hallar lo que de ella faltaba. Causóme esto mucha pesadumbre, porque el gusto de haber leido tan poco, se volvia en disgusto de pensar el mal camino que se ofrecia para hallar lo mucho que á mi parecer faltaba de tan sabroso cuento. Parecióme cosa imposible y fuera de toda buena costumbre, que á tan buen caballero le hubiese faltado algun sabio que tomara á cargo el escribir sus nunca vistas hazañas: cosa que no faltó á ninguno de los caballeros andantes, de los que dicen las gentes que van á sus aventuras; porque cada

uno de ellos tenia uno ó dos sabios como de molde, que no solamente escribian sus hechos, sino que pintaban sus mas mínimos pensamientos y niñerías por mas escondidas que fuesen: y no habia de ser tan desdichado tan buen caballero, que le faltase á él lo que sobró á Platir y á otros semejantes. Y asi no podia inclinarme á creer que tan gallarda historia hubiese quedado manca y estropeada, y echaba la culpa á la malignidad del tiempo devorador y consumidor de todas las cosas, el cual ó la tenia oculta ó consumida. Por otra parte me parecia que pues entre sus libros se habian hallado tan modernos, como desengaños de zelos y Ninfas y pastores de Henáres, que tambien su historia debia de ser moderna, y que ya que no estuviese escrita, estaria en la memoria de la gente de su aldea y de las á ella circunvecinas. Esta imaginacion me traia confuso y deseoso de saber real y verdaderamente toda la vida y milagros de nuestro famoso español Don Quijote de la Mancha, luz y espejo de la caballería manchega, y el primero que en nuestra edad y en estos tan calamitosos tiempos se puso al trabajo y ejercicio de las andantes armas, y al de deshacer agravios, socorrer viudas, amparar doncellas, de aquellas que andaban con sus azotes y palafrenes, y con toda su virginidad á cuestas, de monte en monte y de valle en valle: que si no era que algun follon, ó algun villano de

hacha y capellina, ó algun descomunal gigante las forzaba, doncella hubo en los pasados tiempos que al cabo de ochenta años, que en todos ellos no durmió un dia debajo de tejado, se fué tan entera á la sepultura como la madre que la habia parido. Digo pues que por estos y otros muchos respetos, es digno nuestro gallardo Quijote de continuas y memorables alabanzas, y aun á mí no se me deben negar por el trabajo y diligencia que puse en buscar el fin de esta agradable historia: aunque bien sé que si el cielo, el caso y la fortuna no me ayudaran, el mundo quedara falto y sin el pasatiempo y gusto que bien casi dos horas podrá tener el que con atencion la leyere. Pasó pues el hallarla en esta manera.

Estando yo un dia en el alcana de Toledo, llegó un muchacho á vender unos cartapacios y papeles viejos á un sedero: y como soy aficionado á leer, aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado de esta mi natural inclinacion tomé un cartapacio de los que el muchacho vendia, vile con caractéres que cococí ser arábigos, y puesto que aunque los conocia no los sabia leer, anduve mirando si parecia por allí algun morisco aljamiado que los leyese, y no fué muy dificultoso hallar intérprete semejante, pues aunque le buscara de otra mejor y mas antigua lengua le hallara. En fin, la suerte me deparó uno que diciéndole mi deseo, y po-

niéndole el libro en las manos le abrió por medio, y leyendo un poco en él se comenzó á reir. Preguntéle que de que se reia, y respondióme que de una cosa que tenia aquel libro escrita en la márgen por anotacion: díjele que me la dijese, y él sin dejar la risa dijo: está, como he dicho, aquí en la márgen escrito esto: « esta Dulcinea del Toboso, tantas veces en » esta historia referida, dicen que tuvo la mejor » mano para salar puercos que otra muger de » toda la Mancha. » Cuando yo oí, decir Dulcinea del Toboso quedé atónito y suspenso, porque luego se me representó que aquellos cartapacios contenian la historia de Don Quijote. Con esta imaginacion le dí priesa que leyese el principio, y haciéndolo asi, volviendo de improviso el arábigo en castellano, dijo que decia: « Historia de Don Quijote de la Mancha, » escrita por Cide Hamete Benengeli historia- » dor arábigo. » Mucha discrecion fué menester para disimular el contento que recibí cuando llegó á mis oidos el título del libro, y salteándosele al sedero, compré al muchacho todos los papeles y cartapacios por medio real: que si él tuviera discrecion, y supiera lo que yo los deseaba, bien se pudiera prometer y llevar mas de seis reales de la compra. Apartéme luego con el morisco por el claustro de la iglesia mayor, y roguéle me volviese aquellos cartapacios, todos los que trataban de Don Quijote,

en lengua castellana, sin quitarles ni añadirles nada, ofreciéndole la paga que él quisiese. Contentóse con dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo, y prometió de traducirlos bien y fielmente, y con mucha brevedad; pero yo, por facilitar mas el negocio, y por no dejar de la mano tan buen hallazgo, le traje á mi casa, donde en poco mas de mes y medio la tradujo toda del mismo modo que aquí se refiere. Estaba en el primer cartapacio pintado muy al natural la batalla de Don Quijote con el vizcaino, puestos en la misma postura que la historia cuenta, levantadas las espadas, el uno cubierto de su rodela, el otro de la almohada, y la mula del vizcaino tan al vivo que estaba mostrando ser de alquiler á tiro de ballesta: tenia á los pies escrito el vizcaino un título que decia: Don Sancho de Azpeytia, que sin duda debia de ser su nombre, y á los pies de Rocinante maravillosamente pintado, tan largo y tendido, tan atenuado y flaco, con tanto espinazo, tan ético confirmado, que mostraba bien al descubierto con cuanta advertencia y propiedad se le habia puesto el nombre de Rocinante: junto á él estaba Sancho Panza, que tenia del cabestro á su asno, á los pies del cual estaba otro rótulo que decia: Sancho Zancas; y debia de ser que tenia, á lo que mostraba la pintura, la barriga grande, el talle corto, y las zancas largas, y por esto se le debió de poner nombre

de Panza, y de Zancas, que con estos dos sobrenombres le llama algunas veces la historia. Otras algunas menudencias habia que advertir; pero todas son de poca importancia y que no hacen al caso á la verdadera relacion de la historia, que ninguna es mala como sea verdadera. Si á esta se le puede poner alguna objecion cerca de su verdad, no podrá ser otra sino haber sido su autor arábigo, siendo muy propio de los de aquella nacion ser mentirosos, aunque por ser tan nuestros enemigos, antes se puede entender haber quedado falto en ella que demasiado: y asi me parece á mí; pues cuando pudiera y debiera extender la pluma en las alabanzas de tan buen caballero, parece que de industria las pasa en silencio: cosa mal hecha y peor pensada, habiendo y debiendo ser los historiadores puntuales, verdaderos y no nada apasionados, y que ni el interes ni el miedo, el rencor ni la aficion no les haga torcer del camino de la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir. En esta sé que se hallará todo lo que se acertare á desear en la mas apacible; y si algo bueno en ella faltare, para mí tengo que fué por culpa del galgo de su autor, antes que por falta del sugeto. En fin, su segunda parte, siguiendo la traduccion, comenzaba de esta manera.

Puestas y levantadas en alto las cortadoras espadas de los dos valerosos y enojados combatientes, no parecia sino que estaban amenazando al cielo, á la tierra y al abismo: tal era el denuedo y continente que tenian. Y el primero que fué á descargar el golpe, fué el colérico vizcaino, el cual fué dado con tanta fuerza y tanta furia, que á no volvérsele la espada en el camino, aquel solo golpe fuera bastante para dar fin á su rigurosa contienda, y á todas las aventuras de nuestro caballero; mas la buena suerte, que para mayores cosas le tenia guardado, torció la espada de su contrario, de modo que aunque le acertó en el hombro izquierdo, no le hizo otro daño mas que desarmarle todo aquel lado, llevándole de camino gran parte de la celada con la mitad de la oreja, que todo ello con espantosa ruina vino al suelo, dejándole muy mal trecho. ¡Válame Dios, y quien será aquel que buenamente pueda contar ahora la rabia que entró en el corazon de nuestro manchego, viéndose parar de aquella manera! No se diga mas sino que fué de manera que se alzó de nuevo en los estribos, y apretando mas la espada en las dos manos, con tal furia descargó sobre el vizcaino, acertándole de lleno sobre la almohada y sobre la cabeza, que sin ser parte tan buena defensa, como si cayera sobre él una montaña comenzó á echar sangre por las narices, y por la boca y por los oidos, y á dar

muestras de caer de la mula abajo, de donde cayera sin duda si no se abrazara con el cuello; pero con todo eso sacó los pies de los estribos, y luego soltó los brazos, y la mula espantada del terrible golpe dió á correr por el campo, y á pocos corcovos dió con su dueño en tierra. Estábaselo con mucho sosiego mirando Don Quijote, y como le vió caer, saltó de su caballo, y con mucha ligereza se llegó á él, y poniéndole la punta de la espada en los ojos le dijo que se rindiese, si no que le cortaria la cabeza: estaba el vizcaino tan turbado que no podia responder palabra, y él lo pasara mal, segun estaba ciego Don Quijote, si las señoras del coche, que hasta entonces con gran desmayo habian mirado la pendencia, no fueran adonde estaba y le pidieran con mucho encarecimiento les hiciese tan gran merced y favor de perdonar la vida á aquel su escudero: á lo cual Don Quijote respondió con mucho entono y gravedad: por cierto, hermosas señoras, yo soy muy contento de hacer lo que me pedis; mas ha de ser con una condicion y concierto, y es que este caballero me ha de prometer de ir al lugar del Toboso, y presentarse de mi parte ante la sin par Doña Dulcinea, para que ella haga de él lo que mas fuere de su voluntad. Las temerosas y desconsoladas señoras, sin entrar en cuenta de lo que Don Quijote pedia, y sin preguntar quien Dulcinea fuese; le prometiéron

que el escudero haria todo aquello que de su parte le fuese mandado. Pues en fe de esa palabra yo no le haré mas daño, puesto que me lo tenia bien merecido.

CAPÍTULO X.

De los graciosos razonamientos que pasáron entre Don Quijote y Sancho Panza su escudero.

Ya en este tiempo se habia levantado Sancho Panza algo maltratado de los mozos de los frailes, y habia estado atento á la batalla de su señor Don Quijote, y rogaba á Dios en su corazon fuese servido de darle victoria, y que en ella ganase alguna ínsula de donde le hiciese gobernador, como se lo habia prometido. Viendo pues ya acabada la pendencia, y que su amo volvia á subir sobre Rocinante, llego á tenerle el estribo, y antes que subiese se hincó de rodillas delante de él, y asiéndole de la mano, se la besó y le dijo: sea vuestra merced servido, señor Don Quijote mio, de darme el gobierno de la ínsula que en esta rigurosa pendencia se ha ganado, que por grande que sea, yo me siento con fuerzas de saberla gobernar tal y tan bien como otro que haya gobernado ínsulas en el mundo. Á lo cual respondió Don Quijote: advertid, hermano Sancho: que esta aventura, y las á esta semejantes no son aventuras de ínsulas, sino de encrucijadas, en las cuales no

se gana otra cosa que sacar rota la cabeza, ó una oreja menos : tened paciencia, que aventuras se ofrecerán donde no solamente os pueda hacer gobernador, sino mas adelante. Agradecióselo mucho Sancho, y besándole otra vez la mano y la falda de la loriga, le ayudó á subir sobre Rocinante, y él subió sobre su asno y comenzó á seguir á su señor, que á paso tirado, sin despedirse ni hablar mas con las del coche, se entró por un bosque que allí junto estaba. Seguíale Sancho á todo el trote de su jumento; pero caminaba tanto Rocinante, que viéndose quedar atras le fué forzoso dar voces á su amo, que se aguardase. Hízolo asi Don Quijote, teniendo las riendas á Rocinante hasta que llegase su cansado escudero, el cual en llegando le dijo : paréceme, señor, que seria acertado irnos á retraer á alguna iglesia, que segun quedô mal trecho aquel con quien os combatístes, no será mucho que den noticia del caso á la santa Hermandad, y nos prendan: y á fe que si lo hacen, que primero que salgamos de la cárcel que nos ha de sudar el hopo. Calla, dijo Don Quijote, ¿y donde has visto tú ó leido jamas que caballero andante haya sido puesto ante la justicia, por mas homicidios que hubiese cometido? Yo no sé nada de omecillos, respondió Sancho, ni en mi vida le caté á ninguno, solo sé que la santa Hermandad tiene que ver con los que pelean en el campo,

y en esotro no me entremeto. Pues no tengas pena, amigo, respondió Don Quijote, que yo te sacaré de las manos de los caldeos, cuanto mas de la Hermandad. Pero dime por tu vida ¿has tú visto mas valeroso caballero que yo en todo lo descubierto de la tierra? ¿has leido en historias otro que tenga ni haya tenido mas brio en acometer, mas aliento en el perseverar, mas destreza en el herir, ni mas maña en el derribar? La verdad sea, respondió Sancho, que yo no he leido ninguna historia jamas, porque ni sé leer ni escribir; mas lo que osaré apostar es que mas atrevido amo que vuestra merced yo no le he servido en todos los dias de mi vida, y quiera Dios que estos atrevimientos no se paguen donde tengo dicho: lo que le ruego á vuestra merced es que se cure, que le va mucha sangre de esa oreja, que aquí traygo hilas y un poco de ungüento blanco en las alforjas. Todo eso fuera bien excusado, respondió Don Quijote, si á mí se me acordara de haeer una redoma del bálsamo de Fierabras, que con sola una gota se ahorraran tiempo y medicinas. ¿Que redoma y que bálsamo en ese? dijo Sancho Panza. Es un bálsamo, respondió Don Quijote, de quien tengo la receta en la memoria, con el cual no hay que tener temor á la muerte, ni hay pensar morir de herida alguna: y asi, cuando yo le haga y te le dé, no tienes mas que hacer sino que cuando vieres que en alguna ba-

talla me han partido por medio del cuerpo, como muchas veces suele acontecer, bonitamente la parte del cuerpo que hubiere caido en el suelo, y con mucha sutileza, antes que la sangre se hiele, la pondrás sobre la otra mitad que quedare en la silla, advirtiendo de encajarle igualmente y al justo: luego me darás á beber solos dos tragos del bálsamo que he dicho, y verásme quedar mas sano que una manzana. Si eso hay, dijo Panza, yo renuncio desde aquí el gobierno de la prometida ínsula, y no quiero otra cosa en pago de mis muchos y buenos servicios, sino que vuestra merced me dé la receta de ese extremado licor, que para mí tengo que valdrá la onza adonde quiera mas de á dos reales; y no he menester yo mas para pasar esta vida honrada y descansadamente; pero es de saber ahora si tiene mucha costa el hacerle. Con menos de tres reales se pueden hacer tres azumbres, respondió Don Quijote. Pecador de mí, replicó Sancho ¿pues á que aguarda vuestra merced á hacerle y á enseñármele? Calla, amigo, respondió Don Quijote, que mayores secretos pienso enseñarte, y mayores mercedes hacerte, y por ahora curémonos, que la oreja me duele mas de lo que yo quisiera. Sacó Sancho de las alforjas hilas y ungüento; mas cuando Don Quijote llegó á ver rota su celada, pensó perder el juicio; y puesta la mano en la espada, y alzando los ojos al

cielo dijo : yo hago juramento al criador de todas las cosas, y á los santos cuantro evangelios, donde mas largamente estan escritos, de hacer la vida que hizo el grande Marques de Mantua, cuando juró de vengar la muerte de su sobrino Valdovínos, que fué de no comer pan á manteles, ni con su muger folgar, y otras cosas, que aunque de ellas no me acuerdo las doy aquí por expresadas, hasta tomar entera venganza del que tal desaguisado me hizo. Oyendo esto Sancho, le dijo : advierta vuestra merced, señor Don Quijote, que si el caballero cumplió lo que se le dejó ordenado de irse á presentar ante mi señora Dulcinea del Toboso, ya habrá cumplido con lo que debia, y no merece otra pena si no comete nuevo delito. Has hablado y apuntado muy bien, respondió Don Quijote, y asi anulo el juramento en cuanto lo que toca á tomar de él nueva venganza; pero hágole y confírmole de nuevo de hacer la vida que he dicho, hasta tanto que quite por fuerza otra celada tal y tan buena como esta á algun caballero : y no pienses, Sancho, que asi á humo de pajas haga esto, que bien tengo á quien imitar en ello, que esto mismo pasó al pie de la letra sobre el yelmo de Mambrino, que tan caro le costó á Sacripante. Que dé al diablo vuestra merced tales juramentos, señor mio, replicó Sancho, que son muy en daño de la salud y muy en perjuicio de la conciencia : si no díga-

me ahora, si acaso en muchos dias no topamos hombre armado con celada, ¿que hemos de hacer? ¿hase de cumplir el juramento á despecho de tantos inconvenientes é incomodidades, como será el dormir vestido, y el no dormir en poblado, y otras mil penitencias que contenia el juramento de aquel loco viejo del Marques de Mantua, que vuestra merced quiere revalidar ahora? Mire vuestra merced bien que por todos estos caminos no andan hombres armados, sino arrieros y carreteros que no solo no traen celadas, pero quizá no las han oido nombrar en todos los dias de su vida. Engáñaste en eso, dijo Don Quijote, porque no habrémos estado dos horas por estas encrucijadas, cuando veamos mas armados que los que viniéron sobre Albraca á la conquista de Angélica la bella. Alto pues, sea asi, dijo Sancho, y á Dios plazga que nos suceda bien, y que se llegue ya el tiempo de ganar esa ínsula que tan cara me cuesta, y muérame yo luego. Ya te he dicho, Sancho, que no te dé eso cuidado alguno, que cuando faltare ínsula, ahí está el reino de Dinamarca, ó el de Sobradisa, que te vendrán como anillo al dedo, y mas que por ser en tierra firme te debes mas alegrar.

Pero dejemos esto para su tiempo, y mira si traes algo en esas alforjas que comamos, porque vamos luego en busca de algun castillo donde alojemos esta noche, y hagamos el bál-

samo que te he dicho, porque yo te voto á Dios que me va doliendo mucho la oreja. Aquí traygo una cebolla y un poco de queso y no sé cuantos mendrugos de pan, dijo Sancho; pero no son manjares que pertenecen á tan valiente caballero como vuestra merced. Que mal lo entiendes, respondió Don Quijote: hágote saber, Sancho, que es honra de los caballeros andantes no comer en un mes, y ya que coman, sea de aquello que hallaren mas á mano, y esto se te hiciera cierto si hubieras leido tantas historias como yo, que aunque han sido muchas, en todas ellas no he hallado hecha relacion de que los caballeros andantes comiesen, si no era acaso, y en algunos suntuosos banquetes que les hacian, y los demas dias se los pasaban en flores. Y aunque se deja entender que no podian pasar sin comer, y sin hacer todos los otros menesteres naturales, porque en efecto eran hombres como nosotros, hase de entender tambien que andando lo mas del tiempo de su vida por las florestas y despoblados y sin cocinero, que su mas ordinaria comida seria de viandas rústicas, tales como las que tú ahora me ofreces: asi que, Sancho amigo, no te congoje lo que á mí me da gusto, ni quieras tú hacer mundo nuevo, ni sacar la caballería andante de sus quicios. Perdóneme vuestra merced, dijo Sancho, que como yo no se leer ni escribir, como otra vez he dicho, no sé si he

caido en las reglas de la profesion caballeresca: y de aquí adelante yo proveeré las alforjas de todo género de fruta seca para vuestra merced, que es caballero; y para mí las proveeré, pues no lo soy, de otras cosas volátiles y de mas sustancia. No digo yo, Sancho, replicó Don Quijote, que sea forzoso á los caballeros andantes no comer otra cosa sino las frutas que dices; sino que su mas ordinario sustento debia de ser de ellas, y de algunas yerbas que hallaban por los campos, que ellos conocian, y yo tambien conozco. Virtud es, respondió Sancho, conocer esas yerbas, que segun yo me voy imaginando, algun dia será menester usar de ese conocimiento. Y sacando en esto lo que dijo que traia, comiéron los dos en buena paz y compañía. Pero deseosos de buscar adonde alojar aquella noche, acabáron con mucha brevedad su pobre y seca comida: subiéron luego á caballo, y diéronse priesa por llegar á poblado antes que anocheciese; pero faltóles el sol y la esperanza de alcanzar lo que deseaban junto á unas chozas de unos cabreros, y asi determináron de pasarla allí: que cuanto fué de pesadumbre para Sancho no llegar á poblado, fué de contento para su amo dormirla al cielo descubierto, por parecerle que cada vez que esto le sucedia era hacer un acto posesivo que facilitaba la prueba de su caballería.

CAPÍTULO XI.

De lo que le sucedió á Don Quijote con unos cabreros.

FUÉ recogido de los cabreros con buen ánimo, y habiendo Sancho, lo mejor que pudo, acomodado Rocinante y su jumento, se fué tras el olor que despedian de sí ciertos tasajos de cabra que hirviendo al fuego en un caldero estaban: y aunque él quisiera en aquel mismo punto ver si estaban en sazon de trasladarlos del caldero al estómago, lo dejó de hacer porque los cabreros los quitáron del fuego, y tendiendo por el suelo unas pieles de ovejas, aderezáron con mucha priesa su rústica mesa, y convidáron á los dos, con muestras de muy buena voluntad, con lo que tenian. Sentáronse á la redonda de las pieles seis de ellos, que eran los que en la majada habia, habiendo primero con groseras ceremonias rogado á Don Quijote que se sentase sobre un dornajo que vuelto del reves le pusiéron. Sentóse Don Quijote, y quedábase Sancho en pié para servirle la copa, que era hecha de cuerno. Viéndole en pié su amo le dijo: porque veas, Sancho, el bien que en sí encierra la andante caballería, y cuan á pique estamios

que en cualquiera ministerio de ella se ejercitan de venir brevemente á ser honrados y estimados del mundo, quiero que aquí á mi lado y en compañía de esta buena gente, te sientes y que seas una misma cosa conmigo que soy tu amo y natural señor, que comas en mi plato y bebas por donde yo bebiere: porque de la caballería andante se puede decir lo mismo que del amor se dice, que todas las cosas iguala. Gran merced dijo Sancho, pero sé decir á vuestra merced que como yo tuviese bien de comer, tan bien y mejor me lo comeria en pié y á mis solas como sentado á par de un Emperador. Y aun si va á decir verdad, mucho mejor me sabe lo que como en mi rincon sin melindres ni respetos, aunque sea pan y cebolla, que los gallipavos de otras mesas donde me sea forzoso mascar despacio, beber poco, limpiarme á menudo, no estornudar ni toser si me viene gana, ni hacer otras cosas que la soledad y la libertad traen consigo. Asi que, señor mio, estas honras que vuestra merced quiere darme, por ser ministro y adherente de la caballería andante, como lo soy siendo escudero de vuestra merced, conviértalas en otras cosas que me sean de mas cómodo y provecho: que estas, aunque las doy por bien recibidas, las renuncio para desde aquí al fin del mundo. Con todo eso te has de sentar, porque á quien se humilla Dios le ensalza: y asiéndole por el brazo le forzó á que junto á

él se sentase. No entendian los cabreros aquella gerigonza de escuderos y de caballeros andantes, y no hacian otra cosa mas que comer y callar y mirar á sus huéspedes, que con mucho donaire y gana embaulaban tasajo como el puño. Acabado el servicio de carne, tendiéron sobre las zaleas gran cantidad de bellotas avellanadas, y juntamente pusiéron un medio queso mas duro que si fuera hecho de argamasa. No estaba en esto ocioso el cuerno, porque andaba á la redonda tan á menudo, ya lleno ya vacío como arcaduz de noria, que con facilidad vació un zaque de dos que estaban de manifiesto. Despues que Don Quijote hubo bien satisfecho su estómago, tomó un puñado de bellotas en la mano, y mirándolas atentamente soltó la voz á semejantes razones : dichosa edad y siglos dichosos aquellos á quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivian ignoraban estas dos palabras de TUYO y MIO. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes : á nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo mas que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes rios, en magnífica

abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecian. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á cualquiera mano, sin interes alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedian de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas con que se comenzáron á cubrir las casas sobre rústicas estacas sustentadas no mas que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia: aun no se habia atrevido la pesada reja del corvo arado á abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella sin ser forzada, ofrecia por todas las partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar á los hijos que entonces la poseian. Entonces si que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle, y de otero en otero en trenza y en cabello, sin mas vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra, y no eran sus adornos de los que ahora se usan, á quien la púrpura de Tiro, y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas de verdes lampazos, y yedra entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas, como van ahora nuestras cortesanas con las

raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se decoraban los conceptos amorosos del alma simple y sencillamente, del mismo modo y manera que ella los concebia, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No habia la fraude, el engaño ni la malicia mezcládose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interes, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aun no se habia sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no habia que juzgar ni quien fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por donde quiera, solas y señoras, sin temor que la agena desenvoltura y lascivo intento las menoscabasen, y su perdicion nacia de su gusto y propia voluntad. Y ahora en estos nuestros detestables siglos no está segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta: porque allí por los resquicios ó por el aire, con el zelo de la maldita solicitud, se les entra la amorosa pestilencia, y les hace dar con todo su recogimiento al traste. Para cuya seguridad, andando mas los tiempos y creciendo mas la malicia, se instituyó la órden de los caballeros andantes para defender las doncellas, amparar las viudas, y socorrer á los huérfanos y á los menesterosos.

De esta órden soy yo, hermanos cabreros, á quien agradezco el agasajo y buen acogimiento que haceis á mí y á mi escudero: que aunque por ley natural estan todos los que viven obligados á favorecer á los caballeros andantes, todavía por saber que sin saber vosotros esta obligacion me acogísteis y regalásteis, es razon que con la voluntad á mí posible os agradezca la vuestra. Toda esta larga arenga (que se pudiera muy bien excusar) dijo nuestro caballero, porque las bellotas que le diéron le trajéron á la memoria la edad dorada, y antojósele hacer aquel inútil razonamiento á los cabreros, que sin responderle palabra, embobados y suspensos le estuviéron escuchando. Sancho asimismo callaba, y comia bellotas y visitaba muy á menudo el segundo zaque, que porque se enfriase el vino le tenian colgado de un alcornoque. Mas tardó en hablar Don Quijote que en acabarse la cena, al fin de la cual uno de los cabreros dijo: para que con mas veras pueda vuestra merced decir, señor caballero andante, que le agasajamos con pronta y buena voluntad, queremos darle solaz y contento con hacer que cante un compañero nuestro que no tardará mucho en estar aquí, el cual es un zagal entendido y muy enamorado, y que sobre todo sabe leer y escribir, y es músico de un rabel, que no hay mas que desear. Apenas habia el cabrero acabado de decir esto, cuando llegó á

sus oidos el son del rabel, y de allí á poco llegó el que le tañia, que era un mozo de hasta veinte y dos años de muy buena gracia. Preguntáronle sus compañeros si habia cenado, y repondió que sí. El que habia hecho los ofrecimientos le dijo: de esa manera, Antonio, bien podrás hacernos placer de cantar un poco, porque vea este señor huésped que tenemos, que tambien por los montes y selvas hay quien sepa de música: hémosle dicho tus buenas habilidades, y deseamos que las muestres y nos saques verdaderos: y asi te ruego por tu vida que te sientes y cantes el romance de tus amores que te compuso el Beneficiado tu tio, que en el pueblo ha parecido muy bien. Que me place, respondió el mozo, y sin hacerse mas de rogar se sentó en el tronco de una desmochada encina, y templando su rabel, de allí á poco con muy buena gracia comenzó á cantar, diciendo de esta manera:

ANTONIO.

Yo sé, Olalla, que me adoras,
puesto que no me lo has dicho
ni aun con los ojos siquiera,
mudas lenguas de amoríos.

Porque sé que eres sabida,
en que me quieres me afirmo,
que nunca fué desdichado
amor que fué conocido.

Bien es verdad que tal vez,
Olalla, me has dado indicio
que tienes de bronce el alma,
y el blanco pecho de risco.

Mas allá entre tus reproches
y honestísimos desvíos,
tal vez la esperanza muestra
la orilla de su vestido.

Abalánzase al señuelo
mi fe, que nunca ha podido
ni menguar por no llamado,
ni crecer por escogido.

Si el amor es cortesía,
de la que tienes colijo
que el fin de mis esperanzas
ha de ser cual imagino.

Y si son servicios parte
de hacer un pecho benigno,
algunos de los que he hecho
fortalecen mi partido.

Porque, si has mirado en ello,
mas de una vez habrás visto
que me he vestido en los lunes
lo que me honraba el domingo.

Como el amor y la gala
andan un mismo camino
en todo tiempo á tus ojos
quise mostrarme polido.

Dejo el bailar por tu causa,
ni las músicas te pinto,
que has escuchado á deshoras
y al canto del gallo primo.

No cuento las alabanzas
que de tu belleza he dicho,
que, aunque verdaderas, hacen
ser yo de algunas malquisto.

Teresa del Berrocal,
yo alabándote, me dijo:
tal piensa que adora un ángel,
y viene á adorar á un jimio.

Merced á los muchos dijes
y á los cabellos postizos,
y á hipócritas hermosuras
que engañan al amor mismo.

Desmentíla, y enojóse;
volvió por ella su primo:
desafióme, y ya sabes
lo que yo hice, y él hizo.

No te quiero yo á monton,
ni te pretendo y te sirvo
por lo de barraganía,
que mas bueno es mi designio.

Coyundas tiene la iglesia,
que son lazadas de sirgo;
pon tu cuello en la gamella,
verás como pongo el mio.

Donde no, desde aquí juro
por el santo mas bendito,
de no salir de estas sierras
sino para capuchino.

Con esto dió el cabrero fin á su canto, y aunque Don Quijote le rogó que algo mas cantase, no lo consintió Sancho Panza, porque estaba mas para dormir que para oir canciones. Y asi dijo á su amo: bien puede vuestra merced acomodarse desde luego adonde ha de pasar esta noche, que el trabajo que estos buenos hombres tienen todo el dia no permite que pasen las noches cantando. Ya te entiendo, Sancho le respondió Don Quijote, que bien se me trasluce que las visitas del zaque piden mas recompensa de sueño que de música. Á todos nos sabe bien, bendito sea Dios, respondió Sancho. No lo niego, replicó Don Quijote, pero acomódate tú donde quisieres, que los de mi profesion mejor parecen velando que durmiendo; pero con todo eso seria bien, Sancho, que me vuelvas á curar esta oreja, que me va doliendo mas de lo que es menester. Hizo Sancho lo que se le mandaba: y viendo uno de los cabreros la herida, le dijo que no tuviese pena, que él pondria remedio con que fácilmente se sanase; y tomando algunas hojas de romero, del mucho que por allí habia, las mascó y las mezcló con un poco de sal, y aplicándoselas á la oreja se la vendó muy bien, asegurándole que no habia menester otra medicina; y asi fué la verdad.

CAPÍTULO XII.

De lo que contó un cabrero á los que estaban con Don Quijote.

ESTANDO en esto llegó otro mozo de los que les traian de la aldea el bastimento, y dijo: ¿sabeis lo que pasa en el lugar, compañeros? Como lo podemos saber, respondió uno de ellos. Pues sabed, prosiguió el mozo, que murió esta mañana aquel famoso pastor estudiante llamado Grisóstomo, y se murmura que ha muerto de amores de aquella endiablada moza de Marcela, la hija de Guillermo el rico, aquella que se anda en hábito de pastora por esos andurriales: Por Marcela dirás, dijo uno. Por esa digo, respondió el cabrero: y es lo bueno que mandó en su testamento que le enterrasen en el campo, como si fuera moro, y que sea al pie de la peña donde está la fuente del alcornoque, porque segun es fama (y él dicen que lo dijo) aquel lugar es adonde él la vió la vez primera. Y tambien mandó otras cosas tales que los Abades del pueblo dicen que no se han de cumplir, ni es bien que se cumplan porque parecen de gentiles. Á todo lo cual responde

aquel gran su amigo Ambrosio el estudiante, que tambien se vistió de pastor con él, que se ha de cumplir todo sin faltar nada como lo dejó mandado Grisóstomo, y sobre esto anda el pueblo alborotado: mas á lo pue se dice, en fin se hará lo que Ambrosio y todos los pastores sus amigos quieren, y mañana le vienen á enterrar con gran pompa adonde tengo dicho: y tengo para mí que ha de ser cosa muy de ver, á lo menos yo no dejaré de ir á verla si supiese no volver mañana al lugar. Todos harémos lo mismo, respondiéron los cabreros, y echarémos suertes á quien ha de quedar á guardar las cabras de todos. Bien dices, Pedro, dijo uno de ellos, aunque no será menester usar de esa diligencia, que yo me quedaré por todos: y no lo atribuyas á virtud y á poca curiosidad mia, sino á que no me deja andar el garancho que el otra dia me pasó este pie. Con todo eso te lo agradecemos, respondió Pedro. Y Don Quijote rogó á Pedro le dijese que muerto era aquel, y que pastora aquella. Á lo cual Pedro respondió, que lo que sabia era que el muerto era un hijodalgo rico, vecino de un lugar que estaba en aquellas sierras, el cual habia sido estudiante muchos años en Salamanca, al cabo de los cuales habia vuelto á su lugar con opinion de muy sabio y muy leido. Principalmente decian que sabia la ciencia de las estrellas, y de lo que pasan allá en el cielo el sol y la luna,

porque puntualmente nos decia el cris del sol y de la luna. Eclipse se llama, amigo, que no cris, el oscurecerse esos dos luminares mayores, dijo Don Quijote. Mas Pedro no reparando en niñerías, prosiguió su cuento, diciendo: asimismo adivinaba cuando habia de ser el año abundante ó estil. Estéril quereis decir, amigo dijo Don Quijote. Esteril ó estil, respondió Pedro, todo se sale allá. Y digo que con esto que decia se hicieron su padre, y sus amigos que le daban crédito, muy ricos, porque hacian le que él les aconsejaba diciéndoles: sembrad este año cebada, no trigo; en este podeis sembrar garbanzos y no cebada; el que viene será de guilla de aceite; los tres siguientes no se cogerá gota. Esa ciencia se llama Astrología, dijo Don Quijote. No sé yo como se llama, replicó Pedro; mas sé que todo esto sabia y aun mas. Finalmente no pasaron muchos meses despues que vino de Salamanca, cuando un dia remaneció vestido de pastor con su ganado y pellico, habiendose quitado los hábitos largos que como escolar traia; juntamente se vistió con él de pastor otro su grande amigo llamado Ambrosio, que habia sido su compañero en los estudios. Olvidábaseme de decir como Grisóstomo el difunto fué grande hombre de componer coplas, tanto que él hacia los villancicos para la noche del nacimiento del Señor, y los autos para el dia de Dios, que los representaban los mozos

de nuestro pueblo, y todos decian que eran por el cabo. Cuando los del lugar vieron tan de improviso vestidos de pastores á los dos escolares, quedaron admirados, y no podian adivinar la causa que les habia movido á hacer aquella tan extraña mudanza. Ya en este tiempo era muerto el padre de nuestro Grisóstomo, y él quedó heredado en mucha cantidad de hacienda, asi en muebles como en raices, y en no pequeña cantidad de ganado mayor y menor, y en gran cantidad de dineros: de todo lo cual quedó el mozo señor desoluto, y en verdad que todo lo merecia, que era muy buen compañero y caritativo y amigo de los buenos, y tenia una cara como una bendicion. Despues se vino á entender que el haberse mudado de trage no habia sido por otra cosa que por andarse por estos despoblados en pos de aquella pastora Marcela que nuestro zagal nombró denantes, de la cual se habia enamorado el pobre difunto de Grisóstomo. Y quiéroos decir ahora. porque es bien que lo sepais, quien es esta rapaza; quizá y aun sin quizá no habréis oido semejante cosa en todos los dias de vuestra vida, aunque vivais mas años que sarna. Decid Sarra, replicó Don Quijote, no pudiendo sufrir el trocar de los vocables del cabrero. Harto vive la sarna, respondió Pedro, y si es señor, que me habeis de andar zaheriendo á cada paso los vocablos, no acabarémos en un año. Perdonad amigo, dijo

Don Quijote, que por haber tanta diferencia de sarna á Sarra os lo dije; pero vos respondísteis muy bien, porque vive mas sarna que Sarra: y proseguid vuestra historia, que no os replicaré mas en nada. Digo pues, señor mio de mi alma, dijo el cabrero, que en nuestra aldea hubo un labrador aun mas rico que el padre de Grisóstomo, el cual se llamaba Guillermo, y al cual dió Dios, amen de las muchas y grandes riquezas, una hija de cuyo parto murió su madre, que fué la mas honrada muger que hubo en todos estos contornos; no parece sino que ahora la veo con aquella cara, que del un cabo tenia el sol y del otro la luna, y sobre todo hacendosa y amiga de los pobres, por lo que creo que debe de estar su ánima á la hora de hora gozando de Dios en el otro mundo. De pesar de la muerte de tan buena muger murió su marido Guillermo, dejando á su hija Marcela muchacha y rica en poder de un tio suyo Sacerdote, y Beneficiado en nuestro lugar. Creció la niña con tanta belleza, que nos hacia acordar de la de su madre, que la tuvo muy grande, y con todo esto se juzgaba que le habia de pasar la de la hija, y asi fué, que cuando llegó á edad de catorce á quince años, nadie la miraba que no bendecia á Dios que tan hermosa la habia criado, y los mas quedaban enamorados y perdidos por ella. Guardábala su tio con mucho recato y con mucho encerramiento; pero con

todo esto, la fama de su mucha hermosura se extendió de manera, que asi por ella como por sus muchas riquezas, no solamente de los de nuestro pueblo, sino de los de muchas leguas á la redonda y de los mejores de ellos, era rogado, solicitado é importunado su tio se la diese por muger. Mas él, que á las derechas es buen cristiano, aunque quisiera casarla luego, asi como la vió de edad, no quiso hacerlo sin su consentimiento, sin tener ojo á la ganancia y grangería que le ofrecia el tener la hacienda de la moza, dilatando su casamiento. Y á fe que se dijo esto en mas de un corrillo en el pueblo en alabanza del buen sacerdote. Que quiero que sepa, señor andante, que en estos lugares cortos de todo se trata y de todo se murmura: y tened para vos, como yo tengo para mí, que debia de ser demasiadamente bueno el clérigo que obliga á sus feligreses á que digan bien de el, especialmente en las aldeas. Asi es la verdad, dijo Don Quijote, y proseguid adelante, que el cuento es muy bueno, y vos, buen Pedro, le contais con buena gracia. La del señor no me falte, que es la que hace al caso. Y en lo demas sabréis que aunque el tio proponia á la sobrina, y le decia las calidades de cada uno en particular de los muchos que por muger la pedian, rogándole que se casase y escogiese á su gusto, jamas ella respondió otra cosa sino que por entonces no

queria casarse, y que por ser tan muchacha no se sentia hábil para poder llevar la carga del matrimonio. Con estas que daba al parecer justas excusas, dejaba el tio de importunarla, y esperaba á que entrase algo mas en edad y ella supiese escoger compañía á su gusto. Porque decia él, y decia muy bien, que no habian de dar los padres á sus hijos estado contra su voluntad. Pero hételo aquí, cuando no me cato, que remanece un dia la melindrosa Marcela hecha pastora: y sin ser parte su tio ni todos los del pueblo que se lo desaconsejaban, dió en irse al campo con las demas zagalas del lugar, y dió en guardar su mismo ganado. Y asi como ella salió en público, y su hermosura se vió al descubierto, no os sabré buenamente decir cuantos ricos mancebos, hidalgos y labradores han tomado el trage de Grisóstomo, y la andan requebrando por esos campos. Uno de los cuales, como ya está dicho, fué nuestro difunto, del cual decian que la dejaba de querer, y la adoraba. Y no se piense que porque Marcela se puso en aquella libertad y vida tan suelta, y de tan poco ó de ningun recogimiento, que por eso ha dado indicio ni por semejas, que venga en menoscabo de su honestidad y recato; antes es tanta y tal la vigilancia con que mira por su honra, que de cuantos la sirven y solicitan ninguno se ha alabado, ni con verdad se podrá alabar, que le haya dado alguna pequeña esperanza

de alcanzar su deseo. Que puesto que no huye ni se esquiva de la compañía y conversacion de los pastores, y los trata cortes y amigablemente, en llegando á descubrirle su intencion cualquiera de ellos, aunque sea tan justa y santa como la del matrimonio, los arroja de sí como con un trabuco. Y con esta manera de condicion hace mas daño en esta tierra que si por ella entrara la pestilencia, porque su afabilidad y hermosura atrae los corazones de los que la tratan á servirla y á amarla; pero su desden y desengaño los conduce á términos de desesperarse, y asi no saben que decirle sino llamarla á voces cruel y desagradecida, con otros títulos á este semejantes, que bien la calidad de su condicion manifiestan: y si aquí estuviésedes, señor, algun dia veríades resonar estas sierras y estos valles con los lamentos de los desengañados que la siguen. No está muy lejos de aquí en sitio donde hay casi dos docenas de altas hayas, y no hay ninguna que en su lisa corteza no tenga grabado y escrito el nombre de Marcela, y encima de alguna una corona grabada en el mismo árbol, como si mas claramente dijera su amante que Marcela la lleva y la merece de toda la hermosura humana. Aquí suspira un pastor, allí se queja otro, acullá se oyen amorosas canciones, acá desesperadas endechas. Cual hay que pasa todas las horas de la noche sentado al pie de alguna encina ó pe-

ñasco, y allí sin plegar los llorosos ojos embebecido y transportado en sus pensamientos le halló el sol á la mañana : y cual hay que sin dar vado ni tregua á sus suspiros, en mitad del ardor de la mas enfadosa siesta del verano, tendido sobre la ardiente arena, envia sus quejas al piadoso cielo : y de este y de aquellos y de estos, libre y desenfadadamente triunfa la hermosa Marcela. Y todos los que la conocemos estamos esperando en que ha de parar su altivez, y quien ha de ser el dichoso que ha de venir á domeñar condicion tan terrible, y gozar de una hermosura tan extremada. Por ser todo lo que he contado tan averiguada verdad, me doy á entender que tambien lo es la que nuestro zagal dijo que se decia de la causa de la muerte de Grisóstomo. Y asi os aconsejo, señor, que no dejeis de hallaros mañana á su entierro, que será muy de ver, porque Grisóstomo tiene muchos amigos, y no está de este lugar á aquel donde manda enterrarse media legua. En cuidado me lo tengo, dijo Don Quijote, y agradézcoos el gusto que me habeis dado con la narracion de tan sabroso cuento. Ó! replicó el cabrero, aun no sé yo la mitad de los casos sucedidos á los amantes de Marcela; mas podria ser que mañana topásemos en el camino algun, pastor que nos los dijese : y por ahora bien será que os vais á dormir debajo de techado, porque el sereno os podria dañar la herida, puesto que

es tal la medicina que se os ha puesto que no hay que temer de contrario accidente. Sancho Panza, que daba ya al diablo el tanto hablar del cabrero, solicitó por su parte que su amo se entrase á dormir en la chosa de Pedro. Hízolo asi, y todo lo mas de la noche se le pasó en memorias de su señora Dulcinea, á imitacion de los amantes de Marcela. Sancho Panza se acomodó entre Rocinante y su jumento, y durmió, no como enamorado desfavorecido, sino como hombre molido á coces.

CAPÍTULO XIII.

Donde se da fin al cuento de la pastora Marcela, con otros sucesos.

MAS apenas comenzó á descubrirse el dia por los balcones del oriente, cuando los cinco de los seis cabreros se levantaron y fueron á despertar á Don Quijote, y á decirle si estaba todavía con propósito de ir á ver el famoso entierro de Grisóstomo, y que ellos le harian compañía. Don Quijote, que otra cosa no deseaba, se levantó y mandó á Sancho que ensillase y enalbardase al momento, lo cual él hizo con mucha diligencia, y con la misma se pusieron luego todos en camino. Y no hubieron andado un cuarto de legua cuando al cruzar de una senda vieron venir hácia ellos hasta seis pastores vestidos con pellicos negros, y coronadas las cabezas con guirnaldas de cipres y de amarga adelfa. Traia cada uno un grueso baston de acebo en la mano: venian con ellos asimismo dos gentiles hombres de á caballo muy bien aderezados de camino, con otros tres mozos de á pie que los acompañaban. En llegándose á juntar se saludáron cortesmente, y preguntándose los unos á los otros

donde iban, supieron que todos se encaminaban al lugar del entierro, y asi comenzaron á caminar todos juntos. Uno de los de á caballo, hablando con su compañero le dijo : paréceme, señor Vivaldo, que habemos de dar por bien empleada la tardanza que hiciéremos en ver este famoso entierro, que no podra dejar de ser famoso segun estos pastores nos han contado extrañezas, asi del muerto pastor como de la pastora homicida. Asi me lo parece á mí, respondió Vivaldo, y no digo yo hacer tardanza de un dia, pero de cuatro la hiciera á trueco de verle. Preguntóles Don Quijote que era lo que habian oido de Marcela y de Grisóstomo. El caminante dijo que aquella madrugada habian encontrado con aquellos pastores, y que por haberles visto en aquel tan triste trage les habian preguntado la ocasion por que iban de aquella manera : que uno de ellos se lo contó, contando la extrañeza y hermosura de una pastora llamada Marcela, y los amores de muchos que la requebraban, con la muerte de aquel Grisóstomo, á cuyo entierro iban. Finalmente él contó todo lo que Pedro á Don Quijote habia contado.

Cesó esta plática y comenzóse otra, preguntando el que se llamaba Vivaldo á Don Quijote, que era la ocasion que le movia á andar armado de aquella manera por tierra tan pacífica. Á lo cual respondió Don Quijote : la profession de mi

ejercicio no consiente ni permite que yo ande de otra manera: el buen paso, el regalo y el reposo allá se inventó para los blandos cortesanos; mas el trabajo, la inquietud y las armas solo se inventaron è hicieron para aquellos que el mundo llama caballeros andantes, de los cuales yo, aunque indigno soy el menor de todos. Apenas le oyeron esto cuando todos le tuvieron por loco y por averiguarlo mas y ver que género de locura era el suyo, le tornó á preguntar Vivaldo que que queria decir caballeros andantes ¿No han vuestra mercedes leido, respondió Don Quijote los anales é historias de Inglaterra donde se tratan las famosas hazañas del rey Arturo que continuamente en nuestro romance castellano llamamos el rey Artus, de quien es tradicion antigua y comun en todo aquel reino de la Gran Bretaña, que este rey no murió, sino que por arte de encantamento se convirtió en cuervo, y que andando los tiempos ha de volver á reinar y á cobrar su reino y cetro; á cuya causa no se probará que desde aquel tiempo á este haya ningun ingles muerto cuervo alguno? Pues en tiempo de este buen rey fué instituida aquella famosa órden de caballería de los caballeros de la Tabla redonda, y pasaron sin faltar un punto los amores que allí se cuentan de Don Lanzarote del Lago con la Reina Ginebra, siendo medianera de ellos y sabidora aquella tan honrada dueña Quintañona, de don-

de nació aquel tan sabido romance, y tan decantado en nuestra España de:

Nunca fuera caballero
de damas tan bien servido,
como fuera Lauzarote
cuando de Bretaña vino;

con aquel progreso tan dulce y tan suave de sus amorosos y fuertes hechos. Pues desde entonces de mano en mano fué aquella órden de caballería extendiéndose y dilatándose por muchas y diversas partes del mundo: y en ella fueron famosos y conocidos por sus hechos el valiente Amadis de Gaula con todos sus hijos y nietos hasta la quinta generacion, y el valeroso Felix marte de Hircania, y el nunca como se debe alabado Tirante el Blanco, y casi que en nuestros dias vimos y comunicámos y oímos al invencible y valeroso caballero Don Belianis de Grecia. Esto pues, señores, es ser caballero andante, y la que he dicho es la órden de su caballería, en la cual, como otra vez he dicho, yo aunque pecador he hecho profesion, y lo mismo que profesaron los caballeros referidos profeso yo; y asi me voy por estas soledades y despoblados buscando las aventuras, con ánimo deliberado de ofrecer mi brazo, y mi persona á la mas peligrosa que la suerte me depare, en ayuda de los flacos y menesterosos. Por estas razones que dijo acabaron de enterarse los caminanantes que era Don Qnijote falto de juicio, y del género de

locura que le señoreaba, de le cual recibieron la misma admiracion que recibian todos aquellos que de nuevo venian en conocimiento de ella. Y Vivaldo, que era persona muy discreta y de alegre condicion, por pasar sin pesadumbre el poco camino que decian que les faltaba á llegar á la sierra del entierro, quiso darle ocasion á que pasase mas adelante con sus disparates. Y asi le dijo: paréceme, señor caballero andante, que vuestra merced ha profesado una de las mas estrechas profesiones que hay en la tierra y tengo para mi que aun la de los frailes cartujos no es tan estrecha. Tan estrecha bien podia ser, respondió nuestro Don Quijote; pero tan necesaria en el mundo, no estoy en dos dedos de ponerlo en duda. Porque si va á decirla verdad, no hace menos el soldado que pone en ejecucion lo que su capitan le manda, que el mismo capitan que se lo ordena. Quiero decir que los religiosos con toda paz y sosiego piden al cielo el bien de la tierra; pero los soldados y caballeros ponemos en ejecucion lo que ellos piden, defendiéndola con el valor de nuestros brazos y filos de nuestras espadas, no debajo de cubierta, sino al cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del sol en verano y de los erizados yelos del invierno. Asi que somos ministros de Dios en la tierra, y brazos por quien se ejecuta en ella su justicia. Y como las cosas de guerra, y las á ellas tocantes y concernientes,

no se pueden poner en ejecucion sino sudando, afanando y trabajando excesivamente, síguese que aquellos que la profesan tienen sin duda mayor trabajo que aquellos que en sosegada paz y reposo estan rogando por los que poco pueden. No quiero yo decir, ni me pasa por pensamiento, que es tan buen estado el de caballero andante como el del encerrado religioso; solo quiero inferir por lo que yo padezco, que sin duda es mas trabajoso y mas aporreado y mas hambriento y sediento, miserable, roto y piojoso, porque no hay duda, sino que los caballeros andantes pasados pasaron mucha mala ventura en el discurso de su vida. Y si algunos subieron á ser emperadores por el valor de su brazo, á fe que les costó buen porque de su sangre y de su sudor: y que si á los que á tal grado subieron les faltaron encantadores y sabios que los ayudaran, que ellos quedaran bien defraudados de sus deseos, y bien engañados de sus esperanzas. De ese parecer estoy yo, replicó el caminante; pero una cosa entre otras muchas me parece muy mal de los caballeros andantes, y es que cuando se ven en ocasion de acometer una grande y peligrosa aventura en que se ve manifiesto peligro de perder la vida, nunca en aquel instante de acometer se acuerdan de encomendarse á Dios, como cada cristiano está obligado á hacer en peligros semejantes; antes se encomiendan á sus damas con tanta gana y de-

vocion como si ellas fueran su Dios : cosa que me parece que huele algo á gentilidad. Señor, respondió Don Quijote, eso no puede ser menos en ninguna manera, y caeria en mal caso el caballero andante que otra cosa hiciese : que ya está en uso y costumbre en la caballería andantesca que el caballero andante, que al acometer algun gran fecho de armas tuviese su señora delante, vuelva á ella los ojos blanda y amorosamente, como que le pide con ellos le favorezca y ampare en el dudoso trance que acomete : y aun si nadie le oye está obligado á decir algunas palabras entre dientes en que de todo corazon se le encomiende, y de esto tenemos innumerables ejemplos en las historias. Y no se ha de entender por esto que han de dejar de encomendarse á Dios que tiempo y lugar les queda para hacerlo en el discurso de la obra. Con todo eso, replicó el caminante, me queda un escrúpulo, y es que muchas veces he leido que se traban palabras entre dos andantes caballeros, y de una en otra se les viene á encender la cólera, y á volver los caballos, y á tomar una buena pieza del campo, y luego sin mas ni mas á todo el correr de ellos se vuelven á encontrar, y en mitad de la corrida se encomiendan á sus damas: y lo que suele suceder del encuentro es que el uno cae por las ancas del caballo pasado con la lanza del contrario de parte á parte y al otro le aviene tambien que á no tenerse

á las crines del suyo no pudiera dejar de venir al suelo : y no sé yo como el muerto tuvo lugar pare encomendarse á Dios en el discurso de esta tan acelerada obra : mejor fuera que las palabras que en la carrera gastó encomendándose á su dama, las gastara en lo que debia y estaba obligado como cristiano : cuanto mas pue yo tengo para mí que no todos los caballeros andantes tienen damas á quien encomendarse, porque no todos son enamorados. Eso no puede ser, respondió Don Quijote : digo que no puede ser que haya caballero andante sin dama, porque tan propio y tan natural les es á los tales ser enamorados como al cielo tener estrellas; y á buen seguro que no se haya visto historia donde se halle caballero andante sin amores, y por el mismo caso que estuviese sin ellos no seria tenido por legítimo caballero, sino por bastardo, y que entró en la fortaleza de la caballería dicha, no por la puerta, sino por las bardas como salteador y ladron. Con todo eso, dijo el caminante, me parece, si mal no me acuerdo, haber leido que Don Galaor, hermano del valeroso Amadis de Gaula, nunca tuvo dama señalada á quien pudiese encomendarse, y con todo esto no fué tenido en menos, y fué un muy valiente y famoso caballero. Á lo cual respondió nuestro Don Quijote : señor, una golondrina sola no hace verano : cuanto mas que yo sé que de secreto estaba ese caballero muy bien ena-

morado : fuera que aquello de querer á todas bien, cuantas bien le parecian, era condicion natural á quien no podia ir á la mano. Pero en resolucion averiguado está muy bien que él tenia una sola á quien él habia hecho señora de su voluntad, á la cual se encomendaba muy á menudo y muy secretamente, porque se preció de secreto caballero. Luego si es de esencia que todo caballero andante haya de ser enamorado, dijo el caminante, bien se puede creer que vuestra merced lo es, pues es de la profesion : y si es que vuestra merced no se precia de ser tan secreto como Don Galaor, con las veras que puedo le suplico en nombre de toda esta compañía y en el mio, nos diga el nombre, patria, calidad y hermosura de su dama. que ella se tendria por dichosa de que todo el mundo sepa que es querida y servida de un tal caballero como vuestra merced parece. Aquí dió un gran suspiro Don Quijote : yo no podré afirmar si la dulce mi enemiga gusta ó no de que el mundo sepa que yo le sirvo ; solo sé decir, respondiendo á lo que con tanto comedimiento se me pide, que su nombre es Dulcinea, su patria el Toboso un lugar de la Mancha, su calidad por lo menos ha de ser princesa, pues es reina y señora mia, su hermosura sobrehumana, pues en ella se vienen á hacer verdaderos todos los impossibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan á sus damas : que sus cabe-

llos son oro, su frente campos elíseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve, y las partes que á la vista humana encubrió la honestidad son tales, segun yo pienso y entiendo, que sola la discreta consideracion puede encarecerlas, y no compararlas. El linage, prosapia y alcurnia querríamos saber, replicó Vivaldo. Á lo cual respondió Don Quijote: no es de las antiguos Curcios, Grayos y Cipiones romanos, ni de los modernos Colonas y Ursinos, ni de los Moncadas y Requesenes de Cataluña, ni menos de los Rebellas y Villanovas de Valencia, y Palafojes, Nuzas, Rocabertis, Corellas, Lunas, Alagones, Urreas, Foces y Garreas de Aragon, Cerdas, Manriques, Mendozas y Guzmanes de Castilla, Alencastros, Pallas y Menéses de Portugal; pero es de los del Toboso de la Mancha, linage, aunque moderno, tal que puede dar generoso principio á las ilustres familias de los venideros siglos: y no se me replique en esto si no fuere con las condiciones que puso Cerbino al pie del trofeo de las armas de Orlando, que decia:

Nadie las mueva
que estar no pueda
con Roldan á prueba.

Aunque el mio es de los Cachopines de Laredo,

respendió el caminante, no le osaré yo poner con el del Toboso de la Mancha: puesto que para decir verdad, semejante apellido hasta ahora no ha llegado á mis oidos. Como ese no habrá llegado, replicó Don Quijote. Con gran atencion iban escuchando todos los demas la plática de los dos, y aun hasta los mismos cabreros y pastores conocieron la demasiada falta de juicio de nuestro Don Quijote. Solo Sancho Panza pensaba que cuanto su amo decia era verdad, sabiendo él quien era, y habiéndole conocido desde su nacimiento: y en lo que dudaba algo era en creer aquello de la linda Dulcinea del Toboso, porque nunca tal nombre ni tal princesa habia llegado jamas á su noticia aunque vivia tan cerca del Toboso. En estas pláticas iban cuando vieron que por la quiebra que dos altas montañas hacian, bajaban hasta veinte pastores, todos con pellicos de negra lana vestidos, y coronados con guirnaldas que á lo que despues pareció eran cual de tejo y cual de cipres. Entre seis de ellos traian unas andas cubiertas de mucha diversidad de flores y de ramos. Lo cual visto por uno de los cabreros, dijo: aquellos que allí vienen son los que traen el cuerpo de Grisóstomo, y el pie de aquella montaña es el lugar donde él mandó que le enterrasen. Por esto se dieron priesa á llegar, y fué á tiempo que ya los que venian habia puesto las andas en el suelo, y cuatro de ellos con agu-

dos picos estaban cavando la sepultura á un lado de una dura peña. Recibiéronse los unos y los otros cortesmente, y luego Don Quijote y los que con él venian se pusieron á mirar las andas, y en ellas vieron cubierto de flores un cuerpo muerto, y vestido como pastor, de edad al parecer de treinta años: y aunque muerto, mostraba que vivo habia sido de rostro hermoso y de disposicion gallarda. Al rededor de él tenia en las mismas andas algunos libros y muchos papeles abiertos y cerrados: y asi los que esto miraban como los que abrian la sepultura, y todos los demas que allí habia, guardaban un maravilloso silencio, hasta que uno de los que al muerto trajeron dijo á otro: mira bien, Ambrosio, si es este el lugar que Grisóstomo dijo, ya que quereis que tan puntualmente se cumpla lo que dejó mandado en su testamento. Este es, respondió Ambrosio: que muchas veces en él me contó mi desdichado amigo la historia de su desventura. Allí me dijo él que vió la vez primera á aquella enemiga mortal del linage humano, y allí fué tambien donde la primera vez le declaró su pensamiento tan honesto como enamorado, y allí fué la última vez donde Marcela le acabó de desengañar y desdeñar, de suerte que puso fin á la tragedia de su miserable vida: y aquí, en memoria de tantas desdichas, quiso él que le depositasen en las entrañas del eterno olvido. Y volviéndose á Don

Quijote y á los caminantes, prosiguió diciendo: ese cuerpo, señores, que con piadosos ojos estais mirando fué depositario de una alma en quien el cielo puso infinita parte de sus riquesas, Ese es el cuerpo de Grisóstomo, que fué único en el ingenio, solo en la cortesía, extremo en la gentileza, feliz en la amistad, magnífico sin tasa, grave sin presuncion, alegre sin bajeza, y finalmente primero en todo lo que es ser bueno, y sin segundo en todo lo que fué ser desdichado Quiso bien, fué aborrecido; adoró, fué desdeñado; rogó á una fiera, importunó á un mármol, corrió tras el viento, dió voces á la soledad, sirvió á la ingratitud, de quien alcanzó por premio ser despojo de la muerte en la mitad de la carrera de su vida, á la cual dió fin una pastora á quien él procuraba eternizar para que viviera en la memoria de las gentes, cual lo pudieran mostrar bien esos papeles que estais mirando, si él no me hubiera mandado que los entregara al fuego en habiendo entregado su cuerpo á la tierra. De mayor rigor y crueldad usareis vos con ellos, dijo Vivaldo, que su mismo dueño, pues no es justo ni acertado que se cumpla la voluntad de quien lo que ordena va fuera de todo razonable discurso: y no le tuviera bueno Augusto César si consintiera que se pusiera en ejecucion lo que el divino Mantuano dejó en su testamento mandado. Asi que, señor Ambrosio, ya que deis

el cuerpo de vuestro amigo á la tierra, no querais dar sus escritos al olvido, que si él ordenó como agraviado, no es bien que vos cumplais como indiscreto; antes haced, dando la vida á estos papeles, que la tenga siempre la crueldad de Marcela, para que sirva de ejemplo en los tiempos que estan por venir á los vivientes, para que se aparten y huyan de caer en semejantes despeñaderos: que ya sé yo y los que aquí venimos la historia de ese vuestro enamorado y desesperado amigo, y sabemos la amistad vuestra y la ocasion de su muerte, y lo que dejó mandado al acabar de la vida: de la cual lamentable historia se puede sacar cuanta haya sido la crueldad de Marcela, el amor de Grisóstomo, la fe de la amistad vuestra; con el paradero que tienen los que á rienda suelta corren por la senda que el desvariado amor delante de los ojos les pone. Anoche supímos la muerte de Grisóstomo, y que en este lugar habia de ser enterrado, asi de curiosidad y de lástima dejámos nuestro derecho viage., y acordámos de venir á ver con los ojos lo que tanto nos habia lastimado en oirlo, y en pago de esta lástima y del deseo que en nosotros nació de remediarla si pudiéramos, te rogamos, ó discreto Ambrosio, á lo menos yo te lo suplico de mi parte, que dejando de abrasar estos papeles me dejes llevar ulgunos de ellos. Y sin aguardar que el pastor respondiese, alargó la mano y tomó algu-

gunos de los que mas cerca estaban : viendo lo cual Ambrosio dijo : por cortesía consentiré que os quedeis, señor, con los que ya habeis tomado; pero pensar que dejaré de quemar los que quedan, es pensamiento vano. Vivaldo, que deseaba ver lo que los papeles decian, abrió luego el uno de ellos y vió que tenian por título : Cancion desesperada. Oyolo Ambrosio y dijo, ese es el último papel que escribió el desdichado: y porque veais, señor, en el término que le tenian sus desventuras, leedle de modo que seais oido, que bien os dará lugar á ello el que se tardare en abrir la sepultura. Eso haré yo de muy buena gana, dijo Vivaldo : y como todos los circunstantes tenian el mismo deseo se le pusieron á la redonda, y él leyendo en voz clara vió que asi decia.

CAPÍTULO XIV.

Donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados sucesos.

CANCION DE GRISÓSTOMO.

Ya que quieres, cruel, que se publique
De lengua en lengua, y de una en otra gente,
Del áspero rigor tuyo la fiereza,
Haré que el mismo infierno comunique
Al triste pecho mio un son doliente,
Con que el uso comun de mi voz fuerza.
Y al par de mi deseo que se esfuerza
Á decir mi dolor y tus hazañas,
De la espantable voz irá el acento,
Y en él mezclados por mayor tormento
Pedazos de mis míseras entrañas.
Escucha pues, y presta atento oido
No al concertado son, sino al ruido
Que de lo hondo de mi amargo pecho,
Llevado de un forzoso desvarío,
Por gusto mio sale y tu despecho.
El rugir del leon, del lobo fiero
El temeroso aullido, el silbo horrendo
De escamosa serpiente, el espantable
Baladro de algun monstruo, el agorero

Graznar de la corneja, y el estruendo
Del viento contrastado en mar instable:
Del ya vencido toro el implacable
Bramido, y de la viuda tortolilla
El sensible arrullar, el triste canto
Del enviudado buho, con el llanto
De toda la infernal negra cuadrilla,
Salgan con la doliente ánima fuera,
Mezclados en un son de tal manera
Que se confundan los sentidos todos,
Pues la pena cruel que en mí se halla,
Para contarla pide nuevos modos.
De tanta confusion, no las arenas
Del padre Tajo oirán los tristes ecos,
Ni del famoso Betis las olivas:
Que allí se esparcirán mis duras penas
En altos riscos y en profundos huecos,
Con muerta lengua y con palabras vivas,
Ó ya en oscuros valles, ó en esquivas
Playas desnudas de contrato humano,
Ó adonde el sol jamas mostró su lumbre,
Ó entre la venenosa muchedumbre
De fieras que alimenta el Nilo llano:
Que puesto que en los páramos desiertos
Los ecos roncos de mi mal inciertos
Suenen con tu rigor tan sin segundo,
Por privilegio de mis cortos hados,
Serán llevados por el ancho mundo.
Mata un desden, atierra la paciencia
Ó verdadera ó falsa una sospecha:
Matan los zelos con rigor mas fuerte,
Desconcierta la vida larga ausencia;
Contra un temor de olvido no aprovecha

Firme esperanza de dichosa suerte.
En todo hay cierta inevitable muerte;
Mas yo ¡milagro nunca visto! vivo
Zeloso, ausente, desdeñado y cierto
De las sospechas que me tienen muerto:
Y en el olvido en quien mi fuego avivo,
Y entre tantos tormentos, nunca alcanza
Mi vista á ver en sombra á la esperanza:
Ni yo desesperado la procuro;
Antes por extremarme en mi querella,
Estar sin ella eternamente juro.
¿Puédese por ventura en un instante
Esperar y temer, ó es bien hacerlo,
Siendo las causas del temor mas ciertas?
¿Tengo, si el duro zelo está delante,
De cerrar estos ojos, si he de verlo
Por mil heridas en el alma abiertas?
¡Quien no abrirá de par en par las puertas
Á la desconfianza, cuando mira
Descubierto el desden, y las sospechas
¡Ó amarga conversion! verdades hechas,
Y la limpia verdad vuelta en mentira?
¡Ó en el reino de amor fieros tiranos
Zelos! ponedme un hierro en estas manos,
Dame desden una torcida soga,
¡Mas ay de mí! que con cruel victoria
Vuestra memoria el sufrimiento ahoga.
Yo muero en fin, y porque nunca espere
Buen suceso en la muerte ni en la vida,
Pertinaz estaré en mi fantasía:
Diré que va acertado el que bien quiere,
Y que es mas libre el alma mas rendida
Á la de amor antigua tiranía.

Diré que la enemiga siempre mia,
Hermosa el alma como el cuerpo tiene,
Y que su olvido de mi culpa nace,
Y que en fe de los males que no hace
Amor su imperio en justa paz mantiene.
Y con esta opinion y un duro lazo,
Acelerando el miserable plazo
Á que me han conducido sus desdenes,
Ofreceré á los vientos cuerpo y alma
Sin lauro ó palma de futuros bienes.
Tú, que con tantas sinrazones muestras
La razon que me fuerza á que le haga
Á la cansada vida que aborrezco:
Pues ya ves que te da notorias muestras
Esta del corazon profunda llaga,
De como alegre á tu rigor me ofrezco;
Si por dicha conoces que merezco
Que el cielo claro de tus bellos ojos
En mi muerte se turbe, no lo hagas,
Que no quiero que en nada satisfagas
Al darte de mi alma los despojos.
Antes con risa en la ocasion funesta.
Descubre que el fin mio fué tu festa.
Mas gran simpleza es avisarte de esto,
Pues sé que está tu gloria conocida
En que mi vida llegue al fin tan presto.
Venga, que es tiempo ya, del bondo abismo
Tántalo con su sed, Sísifo venga
Con el peso terrible de su canto,
Ticio trayga su buitre, y asimismo
Con su rueda Egion no se detenga,
Ni las hermanas que trabajan tanto.
Y todos juntos su mortal quebranto

Trasladen en mi pecho, y en voz baja
(Si ya á un desesperado son debidas)
Canten obsequias tristes doloridas
Al cuerpo, á quien se niegue aun la mortaja.
Y el portero infernal de los tres rostros,
Con otras mil quimeras y mil monstruos
Lleven el doloroso contrapunto;
Que otra pompa mejor no me parece
Que la merece un amador difunto.
Cancion desesperada, no te quejes
Cuando mi triste compañía dejes,
Antes pues que la causa do naciste
Con mi desdicha aumenta su ventura,
Aun en la sepultura no estes triste.

Bien les pareció á los que escuchado habian la cancion de Grisóstomo, puesto que el que la leyó dijo que no le parecia que conformaba con la relacion que él habia oido del recato y bondad de Marcela, porque en ella se quejaba Grisóstomo de zelos, sospechas y de ausencia, todo en perjuicio del buen crédito y buena fama de Marcela: á lo cual respondió Ambrosio, como aquel que sabia bien los mas escondidos pensamientos de su amigo: para que, señor, os satisfagais de esa duda es bien que sepais que cuando este desdichado escribió esta cancion estaba ausente de Marcela, de quien se habia ausentado por su voluntad por ver si usaba con él la ausencia de sus ordinarios fueros: y como al enamorado ausente no hay cosa que no le fatigue ni temor que no le dé alcance,

asi le fatigaban á Grisóstomo los zelos imaginados y las sospechas temidas como si fueran verdaderas ; y con esto queda en su punto la verdad que la fama pregona de la bondad de Marcela ; la cual fuera de ser cruel y un poco arrogante y un mucho desdeñosa , la misma envidia ni debe ni puede ponerle falta alguna. Asi es la verdad , respondió Vivaldo ; y queriendo leer otro papel de los que habia reservado del fuego , lo estorbó una maravillosa vision (que tal parecia ella) que improvisamente se les ofreció á los ojos , y fué que por cima de la peña donde se cavaba la sepultura pareció la pastora Marcela tan hermosa que pasaba á su fama su hermosura. Los que hasta entonces no la habian visto la miraban con admiracion y silencio , y los que ya estaban acostumbrados á verla no quedaron menos suspensos que los que nunca la habian visto. Mas apenas la hubo visto Ambrosio cuando con muestras de ánimo indignado le dijo : ¿ vienes á ver por ventura , ó fiero basilisco de estas montañas , si con tu presencia vierten sangre las heridas de este miserable á quien tu crueldad quitó la vida ? ó vienes á ufanarte en las crueles hazañas de tu condicion , ó á ver desde esa altura , como otro desapiadado Neron el incendio de su Roma , ó pisar arrogante este desdichado cadáver , como la ingrata hija al de su padre Tarquino ? Dinos presto á que vienes ó que es aquello de que mí

gustas, que por saber yo que los pensamientos de Grisóstomo jamas dejaron de obedecerte en vida, haré qua aun él muerto te obedezcan los de todos aquellos que se llamaron sus amigos. No vengo, ó Ambrosio á ninguna cosa de las que has dicho, respondió Marcela, sino á volver por mi misma, y á dar á entender cuan fuera de razon van todos aquellos que de sus penas y de la muerte de Grisóstomo me culpan: y asi ruego á todos los que aquí estais me esteis atentos, que no será menester mucho tiempo ni gastar muchas palabras para persuadir una verdad á los discretos. Hízome el cielo, segun vosotros decis, hermosa, y de tal manera que sin ser poderosos á otra cosa, á que me ameis os mueve mi hermosura, y por el amor que me mostrais decis y aun quereis que esté yo obligada á amaros. Yo conozco con el natural entendimiento que Dios me ha dado que todo lo hermoso es amable; mas no alcanzo que por razon de ser amado, esté obligado lo que es amado por hermoso á amar á quien le ama: y mas que podria acontecer que el amador de lo hermoso fuese feo, y siendo lo feo digno de ser aborrecido cae muy mal el decir: quiérote por hermosa, hasme de amar aunque sea feo. Pero puesto caso que corran ígualmente las hermosuras, no por eso han de correr iguales los deseos, que no todas hermosuras, enamoran, que algunas alegran la vista y no rinden la voluntad:

que si todas las bellezas enamorasen y rindiesen, seria un andar las voluntades confusas y descaminadas sin saber en cual habian de parar, porque siendo infinitos los sugetos hermosos, infinitos habian de ser los deseos : y segun yo he oido decir el verdadero amor no se divide, y ha de ser voluntario y no forzoso. Siendo esto asi, como yo creo que lo es, ¿porque quereis que rinda mi voluntad por fuerza, obligada no mas de que decis que me quereis bien? Si no decidme, ¿si como el cielo me hizo hermosa me hiciera fea, fuera justo, que me quejara de vosotros porque no me amabais? Cuanto mas que habeis de considerar que yo no escogí la hermosura que tengo, que tal cual es, el cielo me la dió de gracia sin yo pedirla ni escogerla: y asi como lo víbora no merece ser culpada por la ponzoña que tiene, puesto que con ella mata, por habérsela dado naturaleza, tampoco yo merezco ser reprehendida por ser hermosa, que la hermosura en la muger honesta es como el fuego apartado, ó como la espada aguda, que ni él quema, ni ella corta á quien á ellos no se acerca. La honra y las virtudes son adornos del alma, sin las cuales el cuerpo, aunque lo sea, no debe de parecer hermoso : pues si la honestidad es una de las virtudes que al cuerpo y alma mas adornan y hermosean, ¿por que la ha de perder la que es amada por hermosa, por corresponder á la intencion de aquel que por solo

su gusto con todas sus fuerzas é industrias procura la pierda? Yo nací libre, y para poder vivir libre escogí la soledad de los campos: los árboles de estas montañas son mi compañía, las claras aguas de estos arroyos mis espejos, con los árboles y con las aguas comunico mis pensamientos y hermosura. Fuego soy apartado, y espada puesta lejos. Á los que he enamorado con la vista he desengañado con palabras: y si los deseos se sustentan con esperanzas, no habiendo yo dado alguna á Grisóstomo ni á otro alguno, en fin á ninguno de ellos, bien se puede decir que antes le mató su porfía que mi crueldad: y si se me hace cargo que eran honestos sus pensamientos, y que por esto estaba obligada á corresponder á ellos, digo que cuando en ese mismo lugar donde ahora se cava su sepultura me descubrió la bondad de su intencion, le dije yo que la mia era vivir en perpetua soledad, y de que sola la tierra gozase el fruto de mi recogimiento y los despojos de mi hermosura: y si él con todo este desengaño quiso porfiar contra la esperanza y navegar contra el viento, ¿que mucho que se anegase en la mitad del golfo de su desatino? Si yo le entretuviera, fuera falsa: si le contentara, hiciera contra mi mejor intencion y prosupuesto. Porfió desengañado, desesperó sin ser aborrecido: mirad ahora si será razon que de su pena se me dé á mí la culpa. Quéjese el engañado, de-

sespérese aquel á quien le faltaron las prometidas esperanzas, confiese el que yo llamare, ufánese el que yo admitiere; pero no me llame cruel ni homicida aquel á quien yo no prometo, engaño, llamo, ni admito. El cielo aun hasta ahora no ha querido que yo ame por destino, y el pensar que tengo de amar por eleccion es excusado. Este general desengaño sirva á cada uno de los que me solicitan de su particular provecho, y entiéndase de aquí adelante, que si alguno por mí muriere, no muere de zeloso ni desdichado, porque quien á nadie quiere á ninguno debe dar zelos, que los desengaños no se han de tomar en cuenta de desdenes. El que que me llama fiera y basilisco, déjeme como cosa perjudicial y mala; el que me halla ingrata no me sirva, el que desconocida, no me conozca; quien cruel, no me siga: que esta fiera, este basilisco, esta ingrata, esta cruel, y esta desconocida, ni los buscará, servirá, conocerá, ni seguirá en ninguna manera. Que si á Grisóstomo mató su impaciencia y arrojado deseo, ¿por que se ha de culpar mi honesto proceder y recato? Si yo conservo mi limpieza con la compañía de los árboles, ¿porque ha de querer que la pierda el que quiere que la tenga con los hombres? Yo, como sabeis, tengo riquezas propias, y no codicio las agenas, tengo libre condicion, y no gusto de sujetarme; ni quiero, ni aborrezco á nadie: no engaño á este, soli-

cito á aquel, ni burlo con uno, ni me entretengo con el otro. La conversacion honesta de las zagalas de estas aldeas, y el cuidado de mis cabras me entretiene: tienen mis deseos por términos estas montañas, y sí de aquí salen es á contemplar la hermosura del cielo, paso con que camina el alma á su morada primera. Y en diciendo esto, sin querer oir respuesta alguna, volvió las espaldas y se entró por lo mas cerrado de un monte que allí cerca estaba, dejando admirados tanto de su discrecion como de su hermosura á todos los que allí estaban. Y algunos dieron muestras (de aquellos que de la poderosa flecha de los rayos de sus bellos ojos estaban heridos) de quererla seguir, sin aprovecharse del manifiesto desengaño que habian oido. Lo cual visto por Don Quijote, pareciéndole que allí venia bien usar de su caballería socorriendo á las doncellas menesterosas, puesta la mano en el puño de su espada en altas é inteligibles voces dijo: ninguna persona, de cualquiera estado y condicion que sea, se atreva á seguir á la hermosa Marcela, sopena de caer en la furiosa indignacion mia. Ella ha mostrado con claras y suficientes razones la poca ó ninguna culpa que ha tenido en la muerte de Grisóstomo, y cuan agena vive de condescender con los deseos de ninguno de sus amantes: á cuya causa es justo que en lugar de ser seguida y perseguida, sea honrada y estimada de todos

los buenos del mundo, pues muestra, que en él, ella es sola la que con tan honesta intencion vive. Ó ya que fuese por las amenazas de Don Quijote, ó porque Ambrosio les dijo que concluyesen con lo que á su buen amigo debian, ninguno de los pastores se movió ni apartó de allí hasta que acabada la sepultura, y abrasados los papeles de Grisóstomo, pusieron su cuerpo en ella, no sin muchas lágrimas de los circunstantes. Cerraron la sepultura con una gruesa peña en tanto que se acababa una losa que, segun Ambrosio dijo, pensaba mandar hacer con un epitafio que habia de decir de esta manera:

Yace aquí de un amador
el mísero cuerpo helado,
que fué pastor de ganado,
perdido por desamor.
Murió á manos del rigor
de una esquiva hermosa ingrata,
Con quien su imperio dilata
la tiranía de amor.

Luego esparcieron por encima de la sepultura muchas flores y ramos, y dando todos el pésame á su amigo Ambrosio se despidieron de él. Lo mismo hicieron Vivaldo y su compañero, y Don Quijote se despidió de sus huéspedes y de los caminantes, los quales le rogaron se viniese con ellos á Sevilla por ser lugar tan

acomodado á hallar aventuras, que en cada calle y tras cada esquina se ofrecen mas que en otro alguno. Don Quijote les agradeció el aviso y el ánimo que mostraban de hacerle merced, y dijo que por entonces no queria ni debia ir á Sevilla, hasta que hubiese despojado todas aquellas sierras de ladrones malandrines, de quien era fama que todas estaban llenas. Viendo su buena determinacien no quisieron los caminantes importunarle mas, sino tornándose á despedir de nuevo le dejaron y prosiguieron su camino, en el cual no les faltó de que tratar, asi de la historia de Marcela y Grisóstomo, como de las locuras de Don Quijote, el cual determinó de ir á buscar á la pastora Marcela, y ofrecerle todo lo que él podia eu su servicio. Mas no le avino como él pensaba, segun se cuenta en el discurso de esta verdadera historia, dando aquí fin la segunda parte.

CAPÍTULO XV.

Donde se cuenta la desgraciada aventura que encontró Don Quijote en topar con unos desalmados yangüeses.

CUENTA el sabio Cide Hamete Benengeli que asi como Don Quijote se despidió de sus huéspedes y de todos los que se hallaron al entierro del pastor Grisóstomo, él y su escudero se entraron por el mismo bosque donde vieron que se habia entrado la pastora Marcela, y habiendo andado mas ds dos horas por él buscándola por todas partes sin poder hallarla, vinieron á parar á un prado lleno da fresca yerba, junto del cual corria un arroyo apacible y fresco, tanto que convidó y forzó á pasar allí las horas de la siesta que rigurosamente comenzaba ya á entrar. Apeáronse Don Quijote y Sancho, y dejando el jumento y Rocinante á sus anchuras pacer de la mucha yerba que allí habia dieron saco á las alforjas, y sin ceremonia alguna en buena paz y campañía amo y mozo comieron lo que en ellas hallaron. No se habia curado Sancho de echar sueltas á Rocinante, seguro de que le conocia por tan manso y tan poco rijoso que todas las yeguas de la dehesa de Cór-

doba no le hicieran tomar mal siniestro. Ordenó pues la suerte y el diablo, que no todas veces duerme, que andaban por aquel valle paciendo una manada de hacas galicianas de unos arrieros yangüeses, de los cuales es costumbre sestear con su recna en lugares y sitios de yerba y agua; y aquel donde acertó á hallarse Don Quijote era muy á propósito de los yangüeses. Sucedió pues que á Rocinante le vino en deseo de refocilarse con las señoras facas, y saliendo, asi como las olió, de su natural paso y costumbre, sin pedir licencia á su dueño, tomó un trotillo algo picadillo, y se fué á comunicar su necesidad con ellas; mas ellas que á lo que pareció debian de tener mas gana de pacer que de él, recibiéronle con las herraduras y con los dientes, de tal manera que a poco espacio se le rompieron las cinchas, y quedó sin silla en pelota; pero lo que él debió mas de sentir fué que viendo los arrieros la fuerza que á sus yeguas se les hacia, acudieron con estacas, y tantos palos le dieron que le derribaron malparado on el suelo. Ya en esto Don Quijote y Sancho, que la paliza de Rocinante habian visto, llegaban hijadeando, y dijo Don Quijote á Sancho: á lo que yo veo, amigo Sancho, estos no son caballeros, sino gente soez y de baja ralea: dígolo porque bien me puedes ayudar á tomar la debida venganza del agravio que delante de nuestros ojos se le ha hecho á

Rocinante. ¿Que diablos de venganza hemos de tomar, respondió Sancho, si estos son mas de veinte, y nosotros no mas de dos, y aun quizá no somos sino uno y medio? Yo valgo por ciento, replicó Don Quijote; y sin hacer mas discursos echó mano á su espada y arremetió á los yangüeses, y lo mismo hizo Sancho Panza incitado y movido del ejemplo de su amo: y á las primeras dió Don Quijote una cuchillada á uno que le abrió un sayo de cuero de que venia vestido con gran parte de la espalda. Los yangüeses que se vieron maltratar de aquellos dos hombres solos, siendo ellos tantos, acudiéron á sus estacas, y cogiendo á los dos en medio comenzaron á menudear sobre ellos con grande ahinco y vehemencia: verdad es que al segundo toque dieron con Sancho en el suelo, y lo mismo le avino á Don Quijote, sin que le valiese su destreza y buen ánimo, y quiso su ventura que viniese á caer á los pies de Rocinante que aun no se habia levantado: donde se echa de ver la furia con que machacan estacas puestas en manos rústicas y enojadas. Viendo pues los yangüeses el mal recado que habian hecho, con la mayor presteza que pudieron cargaron su recua y siguieron su camino, dejando á los dos aventureros de mala traza y de peor talante. El primero que se resintió fué Sancho Panza, y hallándose junto á su señor con voz enferma y lastimada dijo: señor Don Quijote, ah señor

Don Quijote. ¿Que quieres, Sancho hermano, respondió Don Quijote con el mismo tono afeminado y doliente que Sancho. ¡ Querria, si fuese posible, respondió Sancho Panza, que vuestra merced me diese dos tragos de aquella bebida del fëo Blas, si es que la tiene vuestra merced ahí á mano, quizá será de provecho para los quebrantamientos de huesos como lo es para las heridas. Pues á tenerla yo aquí, desgraciado yo, ¿que nos faltaba? respondió Don Quijote: mas yo te juro, Sancho Panza, á fe de caballero andante, que antes que pasen dos dias, si la fortuna no ordena otra cosa, la tengo de tener en mi poder, ó mal me han de andar las manos. ¿Pues en cuantos le parece á vuestra merced que podrémos mover los pies? replicó Sancho Panza. De mí sé decir, dijo el molido caballero Don Quijote, que no sabré poner término á esos dias; mas yo me tengo la culpa de todo, que no habia de poner mano á la espada contra hombres que no fuesen armados caballeros como yo, y asi creo que en pena de haber pasado las leyes de la caballería ha permitido el Dios de las batallas que se me diese este castigo: por lo cual, hermano Sancho, conviene que estes advertido en esto que ahora te diré, porque importa mucho á la salud de entrambos, y es que cuando veas que semejante canalla nos hace algun agravio, no aguardes á que yo ponga mano á la espada para

ellos, porque no lo haré en ninguna manera, sino pon tú mano á tu espada y castígalos muy á tu sabor, que si en su ayuda y defensa acudieren caballeros yo te sabré defender y ofenderlos con todo mi poder, que ya habrás visto por mil señales y experiencias hasta adonde se extiende el valor de este mi fuerte brazo: tal quedó da arrogante el pobre señor con el vencimiento del valiente vizcaino. Mas no le pareció tan bien á Sancho Panza el aviso de su amo que dejase de responder diciendo: señor, yo soy hombre pacífico, manso, sosegado, y sé disimular cualquiera injuria, porque tengo muger é hijos que sustentar y criar: asi que séale á vuestra merced tambien aviso, pues no puede ser mandato, que en ninguna manera pondré mano á la espada ni contra villano, ni contra caballero, y que desde aquí para delante de Dios perdono cuantos agravios me han hecho y han de hacer, hora me los haya hecho, ó haga, ó haya de hacer, persona alta ó baja, rico ó pobre, hidalgo ó pechero, sin exceptar estado ni condicion alguna. Lo cual oido por su amo, le respondió: quisiera tener aliento para poder hablar un poco descansado: y que el dolor que tengo en esta costilla se aplacara tanto cuanto, para darte á entender, Panza, el error en que estás. Ven acá, pecador, si el viento de la fortuna, hasta ahora tan contrario, en nuestro favor se vuelve llenándonos

las velas del deseo para que seguramente y sin contraste alguno tomemos puerto en alguna de las ínsulas que te tengo prometida, ¿que seria de tí si ganándola yo te hiciese señor de ella? Pues lo vendrás á imposibilitar por no ser caballero, ni quererlo ser, ni tener valor ni intencion de vengar tus injurias y defender tu señorío: porque has de saber que en los reinos y provincias nuevamente conquistadas nunca estan tan quietos los ánimos de sus naturales, ni tan de parte del nuevo señor que no se tenga temor de que han de hacer alguna novedad para alterar de nuevo las cosas, y volver, como dicen, á probar ventura: y asi es menester que el nuevo posesor tenga entendimiento para saberse gobernar, y valor para ofender y defenderse en cualquier acontecimiento. En este que ahora nos ha acontecido, respondió Sancho, quisiera yo tener ese entendimiento y ese valor que vuestra merced dice: mas yo le juro, á fe de pobre hombre, que mas estoy para bizmas que para pláticas. Mire vuestra merced si se puede levantar y ayudarémos á Rocinante, aunque no lo merece porque él fué la causa principal de todo este molimiento: jamas tal creí de Rocinante, que le tenia por persona casta y tan pacífica como yo. En fin, bien dicen que es menester mucho tiempo para venir á conocer las personas, y que no hay cosa segura en esta vida. ¿Quien dijera que tras de aquellas

tan grandes cuchilladas como vuestra merced dió á aquel desdichado andante, habia de venir por la posta y en seguimiento suyo esta tan grande tempestad de palos que ha descargado sobre nuestras espaldas? Aun las tuyas, Sancho, replicó Don Quijote, deben de estar hechas á semejantes nublados; pero las mias criadas entre sinabafas y holandas, claro está que sentirán mas el dolor de esta desgracia, y si no fuese porque imagino, sé muy cierto que todas estas incomodidades son muy anejas al ejercicio de las armas, aquí me dejaria morir de puro enojo. Á esto replicó el escudero: señor, ya que estas desgracias son de la cosecha de la caballería, dígame vuestra merced si suceden muy á menudo ó si tienen sus tiempos limitados en que acaecen, porque me parece á mí que á dos cosechas quedarémos inútiles para la tercera, si Dios por su infinita misericordia no nos socorre. Sábete, amigo Sancho, respondió Don Quijote, que la vida de los caballeros andantes está sujeta á mil peligros y desventuras, y ni mas ni menos está en potencia propincua de ser los caballeros andantes Reyes y Emperadores, como lo ha mostrado la experiencia en muchos y diversos caballeros de cuyas historias yo tengo entera noticia: y pudiérate contar ahora, si el dolor me diera lugar, de algunos que solo por el valor de su brazo han subido á los altos grados que he contado, y estos mismos se vie-

ron antes y despues en diversas calamidades y miserias : porque el valeroso Amadis de Gaula se vió en poder de su mortal enemigo Arcaláus el encantador, de quien se tiene por averiguado que le dió, teniéndole preso, mas de docientos azotes con las riendas de su caballo, atado á una coluna de un patio, y aun hay un autor secreto y de no poco crédito que dice, que habiendo cogido al caballero del Febo con una cierta trampa que se le hundió debajo de los pies en un cierto castillo, al caer se halló en una honda sima debajo de tierra atado de pies y manos, y allí le echáron una de estas que llaman melecinas de agua de nieve y arena, de lo que llegó muy al cabo; y si no fuera socorrido en aquella gran cuita de un sabio grande amigo suyo, lo pasara muy mal el pobre caballero : asi que bien puedo yo pasar entre tanta buena gente, que mayores afrentas son las que estos pasaron que no las que ahora nosotros pasamos : porque quiero hacerte sabidor, Sancho, que no afrentan las heridas que se dan con los instrumentos que acaso se hallan en las manos, y esto está en la ley del duelo escrito por palabras expresas : que si el zapatero da á otro con la horma que tiene en la mano, puesto que verdaderamente es de palo, no por eso se dirá que queda apaleado aquel á quien dió con ella. Digo esto porque no pienses que puesto que quedamos de esta pendencia molidos, que-

damos afrentados, porque las armas que aquellos hombres traian con que nos machacaron no eran otras que sus estacas, y ninguno de ellos, á lo que se me acuerda, tenia estoque, espada ni puñal. No me dieron á mí lugar, respondió Sancho, á que mirase en tanto, porque apenas puse mano á mi tizona cuando me santiguaron los hombros con sus pinos, de manera que me quitaron la vista de los ojos y la fuerza de los pies, dando conmigo adonde ahora yago, y adonde no me da pena alguna el pensar si fué afrenta ó no lo de los estacazos, como me la da el dolor de los golpes que me han de quedar tan impresos en la memoria como en las espaldas. Con todo eso te hago saber, hermano Panza, replicó Don Quijote, que no hay memoria á quien el tiempo no acabe, ni dolor que muerte no le consuma. ¿Pues que mayor desdicha puede ser, replicó Panza, que aquella que aguarda el tiempo que la consuma y la muerte que la acabe? Si esta nuestra desgracia fuera de aquellas que con un par de bizmas se curan, aun no tan malo; pero voy viendo que no han de bastar todos los emplastos de un hospital para ponerlas en buen término siquiera. Déjate de eso y saca fuerzas de flaqueza, Sancho, respondió Don Quijote, que asi haré yo, y veamos como está Rocinante, que á lo que me parece no le ha cabido al pobre la menor parte de esta desgracia. No hay de que mara-

villarse de eso, respondió Sancho, siendo él tambien caballero andante : de lo que yo me maravillo es de que mi jumento haya quedado libre y sin costas, donde nosotros salímos sin costillas. Siempre deja la ventura una puerta abierta en las desdichas para dar remedio á ellas, dijo Don Quijote : dígolo porque esa bestezuela podrá suplir ahora la falta de Rocinante, llevándome á mí desde aquí á algun castillo donde sea curado de mis feridas. Y mas que no tendré á deshonra la tal caballería, porque me acuerdo haber leido que aquel buen viejo Sileno, ayo y pedagogo del alegre dios de la risa, cuando entró en la ciudad de las cien puertas iba muy á su placer caballero sobre un muy hermoso asno. Verdad será que él debia de ir caballero, como vuestra merced dice, respondió Sancho; pero hay grande diferencia del ir caballero, al ir atravesado como costal de basura. Á lo cual respondió Don Quijote : las feridas que se reciben en las batallas antes dan honra que la quitan : asi que, Panza amigo, no me replíques mas, sino como ya te he dicho levántate lo mejor que pudieres, y ponme de la manera que mas te agrade encima de tu jumento, y vamos de aquí antes que la noche venga y nos saltee en este despoblado. Pues yo he oido decir á vuestra merced, dijo Panza, que es muy de caballeros andantes el dormir en los páramos y desiertos lo mas del año, y

que lo tienen á mucha ventura. Eso es, dijo Don Quijote, cuando no pueden mas, ó cuando estan enamorados: y es tan verdad esto, que ha habido caballero que se ha estado sobre una peña al sol y á la sombra y á las inclemencias del cielo, dos años sin que lo supiese su señora; y uno de estos fué Amadis cuando llamándose Baltenebros se alojó en la peña Pobre, ni sé si ocho años ú ocho meses, que no estoy muy bien en la cuenta: basta que él estuvo allí haciendo penitencia por no sé que sinsabor que le hizo la señora Oriana: pero dejemos ya esto, Sancho, y acaba antes que suceda otra desgracia al jumento como á Rocinante. Aun ahí seria el diablo, dijo Sancho, y despidiendo treinta ayes, y sesenta suspiros, y ciento y veinte pésetes y reniegos de quien allí le habia traido, se levantó quedándose agobiado en la mitad del camino como arco turquesco, sin poder acabar de enderezarse: y con todo este trabajo aparejó su asno, que tambien habia andado algo distraido con la demasiada libertad de aquel dia: levantó luego á Rocinante, el cual si tuviera lengua con que quejarse, á buen seguro que Sancho ni su amo no le fueran en zaga. En resolucion, Sancho acomodó á Don Quijote sobre el asno y puso de reata á Rocinante, y llevando el asno del cabestro se encaminó poco mas ó menos hácia donde le pareció que podia estar el camino real: y la suerte que sus cosas de bien en mejor iba

guiando, aun no hubo andado una pequeña legua cuando le deparó el camino, en el cual descubrió una venta que á pesar suyo y gusto de Don Quijote habia de ser castillo : porfiaba Sancho que era venta, y su amo que no, sino castillo, y tanto duró la porfía que tuvieron lugar sin acabarla de llegar á ella, en lo cual Sancho se entró sin mas averiguacion con toda su recua.

CAPÍTULO XVI.

De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo en la venta que él imaginaba ser castillo.

El ventero, que vió á Don Quijote atravesado en el asno, preguntó á Sancho que mal traia. Sancho le respondió que no era nada, sino que habia dado una caida de una peña abajo, y que venia algo brumadas las costillas. Tenia el ventero por muger á una, no de la condicion que suelen tener las de semejante trato, porque naturalmente era caritativa y se dolia de las calamidades de sus prójimos, y asi acudió luego á curar á Don Quijote y hizo que una hija suya doncella, muchacha y de muy buen parecer, le ayudase á curar á su huésped. Servia en la venta asimismo una moza asturiana ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, del un ojo tuerta y del otro no muy sana : verdad es que la gallardía del cuerpo suplia las demas faltas : no tenia siete palmos de los pies á la cabeza, y las espaldas, que algun tanto le cargaban, la hacian mirar al suelo mas de lo que ella quisiera. Esta gentil moza pues ayudó á la doncella, y las dos hicieron una muy mala cama á

Don Quijote en un camarachon que en otros tiempos daba manifiestos indicios que habia servido de pajar muchos años, en el cual tambien alojaba un arriero que tenia su cama hecha un poco mas allá de la de nuestro Don Quijote, y aunque era de las enjalmas y mantas de sus machos hacia mucha ventaja á la de Don Quijote, que solo contenia cuatro mal lisas tablas sobre dos no muy iguales bancos, y un colchon que en lo sutil parecia colcha, lleno de bodoques que á no mostrar que eran de lana por algunas roturas, al tiento, en la dureza semejaban de guijarro, y dos sábanas hechas de cuero de adarga, y una frazada cuyos hilos si se quisieran contar no se perdiera uno solo de la cuenta. En esta maldita cama se acostó Don Quijote; luego la ventero y su hija le emplastaron de arriba abajo alumbrándoles Maritórnes, que asi se llamaba la asturiana: y como al bizmarle viese la ventera tan acardenalado á partes á Don Quijote, dijo que aquello mas parecian golpes que caida. N ofueron golpes, dijo Sancho sino que la peña tenia muchos picos y tropezones, y que cada uno habia hecho su cardenal, y tambien le dijo: haga vuestra merced, señora, de manera que queden algunas estopas, que no faltará quien las haya menester, que tambien me duelen á mí un poco los lomos ¿De esa manera, respondió la ventera, tambien debísteis vos de caer? No caí, dijo Sancho Panza, sino que del so-

bresalto que tome de ver caer á mi amo, de tal manera me duele á mí el cuerpo que me parece que me han dado mil palos. Bien podria ser eso, dijo la doncella, que á mí me ha acontecido muchas veces soñar que caia de una torre abajo y que nunca acababa de llegar al suelo, y cuando despertaba del sueño hallarme tan molida y quebrantada como si verdaderamente hubiera caido. Ahí está el toque, señora, respondió Sancho Panza, que yo sin soñar nada, sino estando mas despierto que ahora estoy, me hallo con pocos menos cardenales que mi señor Don Quijote. ¿Como se llama este caballero? preguntó la asturiana Maritórnes. Don Quijote de la Mancha, respondió Sancho Panza, y es caballero aventurero y de los mejores y mas fuertes que de luengos tiempos acá se han visto en el mundo. ¿Que es caballero aventeruro? replicó la moza. ¿Tan nueva sois en el mundo que no lo sabeis vos? respondió Sancho Panza: pues sabed, hermana mia, que caballero aventurero es una cosa que en dos palabras se ve apaleado, y emperador: hoy est las mas desdichada criatura del mundo y la mas menesterosa, y mañana tendrá dos ó tres coronas de reinos que dar á su escudero. Pues ¿como vos, siéndolo de este tan buen señor, dijo la ventera, no teneis á lo que parece siquiera algun condado? Aun es temprano, respondió Sancho, porque no ha sino un mes que andamos buscando las

aventuras, y hasta ahora no hemos topado con ninguna que lo sea, y tal vez hay que se busca una cosa y se halla otra: verdad es que si mi señor Don Quijote sana de esta herida ó caida, y yo no quedo contrahecho de ella, no trocaria mis esperanzas con el mejor título de España. Todas estas pláticas estaba escuchando muy atento Don Quijote, y sentándose en el lecho como pudo, tomando de la mano á la ventera le dijó: creedme, fermosa señora, que os podeis llamar venturosa por haber alojado en este vuestro castillo á mi persona; que es tal que si yo no la alabo es por lo que suele decirse, que la alabanza propia envilece; pero mi escudero os dirá quien soy: solo os digo que tendré eternamente escrito en mi memoria el servicio que me habédes fecho para agradecéroslo mientras la vida me durare: y pluguiera á los altos cielos que el amor no me tuviera tan rendido y tan sujeto á sus leyes, y los ojos de aquella hermosa ingrata que digo entre mis dientes, que los de esta fermosa doncella fueran señores de mi libertad. Confusas estaban la ventera y su hija, y la buena de Maritórnes, oyendo las razones del andante caballero, que asi las entendian como si hablara en griego; aunque bien alcanzaron que todas se encaminaban á ofrecimiento y requiebros: y como no usadas á semejante lenguage mirábanle y admirábanse, y parecíales otro hombre de los que se usaban; y

agradeciéndole con venteriles razones sus ofrecimientos le dejaron; y la asturiana Maritórnes curó á Sancho que no menos lo habia menester que su amo. Habia el arriero concertado con ella que aquella noche se refocilarian juntos, y ella le habia dado su palabra de que en estando sosegados los huéspedes, y durmiendo sus amos, le iria á buscar y satisfacerle el gusto en cuanto le mandase. Y cuéntase de esta buena moza que jamas dió semejantes palabras que no las cumpliese, aunque las diese en un monte y sin testigo alguno, porque presumia muy de hidalga, y no tenia por afrenta estar en aquel ejercicio de servir en la venta: porque decia ella que desgracias y malos sucesos la habian traido á aquel estado. El duro, estrecho, apocado y fementido lecho de Don Quijote estaba primero en mitad de aquel estrellado establo: y luego junto á él hizo el suyo Sancho que solo contenia una estera de enea, y una manta que antes mostraba ser de angeo tundido que de lana: sucedia á estos dos lechos el del arriero, fabricado como se ha dicho, de las enjalmas y de todo el adorno de los dos mejores mulos que traia, aunque eran doce lucios, muy gordos y famosos, porque era uno de los ricos arrieros de Arévalo, segun lo dice el autor de este historia, que de este arriero hace particular mencion, porque le conocia muy bien, y aun quieren decir que era algo pariente suyo: fuera de

que Cide Hamete Benengeli fué historiador muy curioso y muy puntual en todas cosas, y échase bien de ver, pues las que quedan referidas, con ser tan mínimas y tan rateras, no las quiso pasar en silencio : de donde podrán tomar ejemplo los historiadores graves que nos cuentan las acciones tan corta y sucintamente que apenas nos llegan á los labios, dejándose en el tintero, ya por descuido, por malicia, ó ignorancia, lo mas sustancial de la obra. Bien haya mil veces el autor de Tablante, de Ricamonte, y aquel del otro libro donde se cuentan los hechos del Conde Tomillas, ¡ y con que puntualidad lo describen todo ! Digo pues, que despues de haber visitado el arriero su recua y dádole el segundo pienso, se tendió en sus enjalmas y se dio á esperar á su puntualísima Maritórnes. Ya estaba Sancho bizmado y acostado, y aunque procuraba dormir no lo consentia el dolor de sus costillas : y Don Quijote con el dolor de las suyas tenia los ojos abiertos como liebre. Toda la venta estaba en silencio, y en toda ella no habia otra luz que la que daba una lámpara que colgada en medio del portal ardia. Esta maravillosa quietud, y los pensamientos que siempre nuestro caballero traia de los sucesos que á cada paso se cuentan en los libros, autores de su desgracia, le trajo á la imaginacion una de las extrañas locuras que buenamente imaginarse pueden : y fué que él se imaginó haber llegado á un fa-

moso castillo (que como se ha dicho, castillos eran á su parecer todas las ventas donde alojaba), y que la hija del ventero lo era del señor del castillo, la cual vencida de su gentileza se habia enamorado de él, y prometido que aquella noche á furto de sus padres vendria á yacer con él una buena pieza: y teniendo toda esta quimera que él se habia fabricado por firme y valedera, se comenzó á acuitar y á pensar en el peligroso trance en que su honestidad se habia de ver, y propuso en su corazon de no cometer alevosía á su señora Dulcinea del Toboso, aunque la misma Reina Ginebra con su dama Quintañona se le pusiesen delante. Pensando pues en estos disparates se llegó el tiempo y la hora (que para él fué menguada) de la venida de la asturiana, la cual en camisa y descalza, cogidos los cabellos en una albanega de fustan, con tácitos y atentados pasos entró en el aposento donde los tres alojaban en busca del arriero: pero apenas llegó á la puerta cuando Don Quijote la sintió, y sentándose en la cama á pesar de sus bizmas, y con dolor de sus costillas, tendió los brazos para recibir á su hermosa doncella la asturiana, que toda recogida y callando iba con las manos delante buscando á su querido: topó con los brazos de Don Quijote, el cual la asió fuertemente de una muñeca, y tirándola hácia sí, sin que ella osase hablar palabra, la hizo sentar sobre

la cama: tentóle luego la camisa, y aunque ella era de arpillera, á él le pareció ser de finísimo y delgado cendal. Traia en las muñecas unas cuentas de vidrio, pero á él le dieron vislumbres de preciosas perlas orientales: los cabellos, que en alguna manera tiraban á crines, él los marcó por hebras de lucidísimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mismo sol obscurecia: y el aliento, que sin duda alguna olia á ensalada fiambre y trasnochada, á él le pareció que arrojaba de su boca un olor suave y aromático: y finalmente él la pintó en su imaginacion de la misma traza y modo que lo que habia leido en sus libros de la otra princesa que vino á ver al mal ferido caballero vencido de sus amores, con todos los adornos que allí van puestos: y era tanta le ceguedad del pobre hidalgo, que el tacto, ni el aliento, ni otras cosas que traia en sí la buena doncella, no le desengañaban, las cuales pudieran hacer vomitar á otro que no fuera arriero; antes le parecia que tenia entre sus brazos á la diosa de la hermosura: y teniéndola bien asida, con voz amorosa y baja le comenzó á decir: quisiera hallarme en términos, fermosa y alta señora, de poder pagar tamaña merced como la que con la vista de vuestra gran fermosura me habédes fecho; pero ha querido la fortuna, que no se cansa de perseguir á los buenos, ponerme en este lecho, donde yago tan molido y quebran-

tado, que aunque de mi voluntad quisiera satisfacer á la vuestra, fuera imposible: y mas que se añade á esta imposibilidad otra mayor, que es la prometida fe que tengo dada á la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis mas escondidos pensamientos: que si esto no hubiera de por medio, no fuera yo tan sandío caballero que dejara pasar en blanco la venturosa ocasion en que vuestra gran bondad me ha puesto. Maritórnes estaba congojadísima y trasudando de verse tan asida de Don Quijote, y sin entender, ni estar atenta á las razones que le decia, procuraba sin hablar palabra desasirse. El bueno del arriero, á quien tenian despiertos sus malos deseos, desde el punto que entró su coima por la puerta, la sintió y estuvo atentamente escuchando todo lo que Don Quijote decia; y zeloso de que la asturiana le hubiese faltado á la palabra por otro, se fué llegando mas al lecho de Don Quijote, y estúvose quedo hasta ver en que paraban aquellas razones que él no podia entender; pero como vió que la moza forcejaba por desasirse, y Don Quijote trabajaba por tenerla, pareciéndole mal la burla, enarboló el brazo en alto, y descargó tan terrible puñada sobre las estrechas quijadas del enamorado caballero, que le bañó toda la boca en sangre: y no contento con esto se le subió encima de las costillas, y con los pies mas que de trote se las paseó todas de cabo á cabo. El

lecho, que era un poco endeble y de no firmes fundamentos, no pudiendo sufrir la añadidura del arriero, dió consigo en el suelo, á cuyo gran ruido despertó el ventero, y luego imaginó que debian de ser pendencias de Maritórnes, porque habiéndola llamado á voces no respondia. Con esta sospecha se levantó, y encendiendo un candil se fué hácia donde habia sentido la pelea. La moza, viendo que su amo venia, y que era de condicion terrible, toda medrosica y alborotada se acogió á la cama de Sancho Panza, qne aun dormia y allí se acorrucó y se hizo un ovillo. El ventero entró diciendo: ¿adonde estás, puta? á buen seguro que son tus cosas estas. En esto despertó Sancho, y sintiendo aquel bulto casi encima de sí, pensó que tenia la pesadilla, y comenzó á dar puñadas á una y otra parte, y entre otras alcanzó con no sé cuantas á Maritórnes, la cual sentida del dolor, echando á rodar la honestidad, dió el retorno á Sancho con tantas, que á su despecho le quitó el sueño: el cual viéndose tratar de aquella manera y sin saber de quien, alzándose como pudo, se abrasó con Maritórnes, y comenzaron entre los dos la mas reñida y graciosa escaramuza del mundo. Viendo pues el arriero á la lumbre del candil del ventero cual andaba su dama, dejando á Don Quijote acudió á darle el socorro necesario: lo mismo hizo el ventero, pero con intencion diferente,

porque fué à castigar á la moza creyendo sin duda que ella sola era la ocasion de toda aquella armonía. Y asi como suele decirse, el gato al rato, el rato á la cuerda, la cuerda al palo, daba el arriero á Sancho, Sancho á la moza. la moza á él, el ventero á la moza, y todos menudeaban con tanta priesa, que no se daban punto de reposo: y fué lo bueno que al ventero se le apagó el candil, y como quedaron á obscuras dábanse tan sin compasion todos á bulto, que á do quiera que ponian la mano no dejaban cosa sana. Alojaba acaso aquella noche en la venta un cuadrillero de los que llaman de la santa Hermandad vieja de Toledo. el cual oyendo asimismo el extraño estruendo de la pelea, asió de su media vara y de la caja de lata de sus títulos, y entró á obscuras en el aposento, diciendo: ¡ténganse á la justicia, ténganse á la santa Hermandad! y el primero con quien topó fué con el apuñeado de Don Quijote, que estaba en su derribado lecho tendido boca arriba sin sentido alguno, y echándole á tiento mano á las barbas no cesaba de decir; favor á la justicia: pero viendo que el que tenia asido no se bullia ni meneaba, se dió á entender que estaba muerto, y que los que allí dentro estaban eran sus matadores, y con esta sospecha reforzó la voz diciendo: ciérrese la puerta de la venta, miren no se vaya nadie, que han muerto aquí á un hombre. Esta voz sobresaltó, á todos,

y cada cual dejó la pendencia en el grado que le tomó la voz. Retiróse el ventero á su aposento, el arriero á sus enjalmas, la moza á su rancho; solos los desventurados Don Quijote y Sancho no se pudieron mover de donde estaban. Soltó en esto el cuadrillero la barba de Don Quijote, y salió a buscar luz para buscar y prender á los delincuentes; mas no la halló, porque el ventero de industria habia muerto la làmpara cuando se retiró á su estancia, y fuéle forzoso acudir á la chimenea, donde con mucho trabajo y tiempo encendió el cuadrillero otro candil.

CAPÍTULO XVII.

Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el bravo Don Quijote y su buen escudero Sancho Panza pasaron en la venta, que por su mal pensó que era castillo.

HABIA ya vuelto en este tiempo de su parasismo Don Quijote, y con el mismo tono de voz con que el dia antes habia llamado á su escudero, cuando estaba tendido en el val de las estacas, le comenzó á llamar diciendo: ¿Sancho amigo, duermes? duermes, amigo Sancho? Que tengo de dormir pesia á mí, respondió Sancho lleno de pesadumbre y de despecho, que no parece sino que todos los diablos han andado conmigo esta noche. Puédeslo creer asi sin duda, respondió Don Quijote, porque ó yo sé poco, ó este castillo es encantado, porque has de saber.... mas esto que ahora quiero decirte hasme de jurar que lo tendrás secreto hasta despues de mi muerte. Sí juro, respondió Sancho. Dígolo, respondió Don Quijote, porque soy enemigo de que se quite la honra á nadie. Digo que sí juro, tornó á decir Sancho, que lo callaré hasta despues de los dias de vuestra merced; y plegue á Dios que lo pueda descubrir

mañana. ¡ Tan malas obras te hago, Sancho, respondió Don Quijote, que me querrias ver muerto con tanta brevedad? No es por eso, respondió Sancho, sino porque soy enemigo de guardar mucho las cosas, y no querria que se me pudriesen de guardadas. Sea por lo que fuere, dijo Don Quijote, que mas fio de tu amor y de tu cortesía; y asi has de saber que esta noche me ha sucecido una de las mas extrañas aventuras que yo sabré encarecer, y por contártela en breve sabrás que poco ha que á mí vino la hija del señor de este castillo, que es la mas apuesta y fermosa doncella que en gran parte de la tierra se puede hallar, ¡ Que te podria decir del adorno de su persona ! que de su gallardo entendimiento ! que de otras cosas ocultas, que por guardar la fe que debo á mi señora Dulcinea del Toboso dejaré pasar intactas y en silencio ! Solo te quiero decir que envidioso el cielo de tanto bien como la ventura me habia puesto en las manos, ó quizá (y esto es lo mas cierto) que como tengo dicho es encantado este castillo, al tiempo que yo estaba con ella en dulcísimos y amorosísimos coloquios, sin que yo la viese, ni supiese por donde venia, vino una mano pegada á algun brazo de algun descomunal gigante, y asentóme una puñada en las quijadas, tal que las tengo todas bañadas en sangre, y despues me molió de tal suerte que estoy peor que ayer cuando los arrieros

por demasías de Rocinante nos hicieron el agravio que sabes: por donde conjeturo que el tesoro de la hermosura de esta doncella le debe de guardar algun encantado moro, y no debe de ser para mí. Ni para mí tampoco, respondió Sancho, porque mas de cuatrocientos moros me han aporreado de manera que el molimiento de las estacas fué tortas y pan pintado: pero dígame, señor ¿ como llama esta buena y rara aventura, habiendo quedado de ella cual quedamos? Aun vuestra merced menos mal, pues tuvo en sus manos aquella incomparable hermosura que ha dicho; pero yo ¿ que tuve sino los mayores porrazos que pienso recibir en toda mi vida? Desdichado de mí y de la madre que me parió, que no soy caballero andante ni lo pienso ser jamas, y de todas las malandanzas me cabe la mayor parte. ¿ Luego tambien estás tú aporreado? respondió Don Quijote. ¿ No le he dicho que sí, pese á mi linage? dijo Sancho. No tengas pena, amigo, dijo Don Quijote, que yo haré ahora el Bálsamo precioso con que sanarémos en un abrir y cerrar de ojos. Acabó en esto de encender el candil el cuadrillero, y entró á ver al que pensaba que era muerto, y asi como le vió entrar Sancho, viéndole venir en camisa y con su paño de cabeza y candil en la mano, y con una muy mala cara, preguntó á su amo: señor ¿ si será este á dicha el moro encantado que nos vuelve á castigar; si se dejó

algo en el tintero? No puede ser el moro, respondió Don Quijote, porque los encantados no se dejan ver de nadie. Si no se dejan ver, déjanse sentir, dijo Sancho: si no díganlo mis espaldas. Tambien lo podrian decir las mias, respondió Don Quijote; pero no es bastante indicio ese para creer que este que se ve sea el encantado moro. Llegó el cuadrillero, y como los halló hablando en tan sosegada conversacion quedó suspenso. Bien es verdad que aun Don Quijote se estaba boca arriba, sin poderse mencar de puro molido y emplastado. Llegóse á él el cuadrillero, y díjole: pues ¿como va buen hombre? Hablara yo mas bien criado, respondió Don Quijote, si fuera que vos; ¿úsase en esta tierra hablar de esa suerte á los caballeros andantes, majadero? El cuadrillero, que se vió tratar tan mal de un hombre de tan mal parecer, no lo pudo sufrir, y alzando el candil con todo su aceite dió á Don Quijote con él en la cabeza, de suerte que le dejó muy bien descalabrado, y como todo quedó á obscuras, salióse luego, y Sancho Panza dijo: sin duda, señor, que este es el moro encantado, y debe de guardar el tesoro para otros, y para nosotros solo guarda las puñadas y los candilazos. Asi es, respondió Don Quijote, y no hay que hacer caso de estas cosas de encantamentos, ni hay para que tomar cólera ni enojo con ellas, que como son invisibles y fantásticas, no hallarémos de quien

vengarnos aunque mas lo procuremos : levántate, Sancho, si puedes, y llama al alcaide de esta fortaleza, y procura que se me dé un poco de aceite, vino, sal y romero, para hacer el salutífero bálsamo, que en verdad que creo que le he bien menester ahora, porque se me va mucha sangre de la herida que esta fantasma me ha dado. Levantóse Sancho con harto dolor de sus huesos, y fué á obscuras donde estaba el ventero, y encontrándose con el cuadrillero, que estaba escuchando en que paraba su enemigo, le dijo : señor, quien quiera que seais, hacednos merced y beneficio de darnos un poco de romero, aceite, sal y vino que es menester para curar uno de los mejores caballeros andantes que hay en la tierra, el cual yace en aquella cama mal ferido por las manos del encantado moro que está en esta venta. Cuando el cuadrillero le oyó, túvole por hombre falto de seso : y porque ya comenzaba á amanecer, abrió la puerta de la venta, y llamando al ventero le dijo lo que aquel buen hombre queria. El ventero le proveyó de cuanto quiso, y Sancho se lo llevó á Don Quijote, que estaba con las manos en la cabeza quejandose del dolor del candilazo, que no le habia hecho mas mal que levantarle dos chichones algo crecidos, y lo que él pensaba que era sangre no era sino sudor que sudaba con la conjoja de la pasada tormenta. En resolucion él tomó sus simples, de los cua-

les hizo un compuesto, mezclándolos todos y cociéndolos un buen espacio hasta que le pareció que estaban en su punto. Pidió luego alguna redoma para echarlo; y como no la hubo en la venta se resolvió de ponerlo en una alcuza ó aceitera de hoja de lata, de quien el ventero le hizo grata donacion: y luego dijo sobre la alcuza mas de ochenta Pater noster y otras tantas Ave Marías, Salves y Credos, y á cada palabra acompañaba una cruz á modo de bendicion: á todo lo cual se hallaron presentes Sancho, el ventero y cuadrillero, que ya el arriero sosegadamente andaba entendiendo en el beneficio de sus machos. Hecho esto quiso él mismo hacer luego la experiencia de bálsamo que él se imaginaba, y asi se bebió de lo que no pudo caber en la alcuza, y quedaba en la olla donde se habia cocido casi media azumbre, y apenas le acabó de beber cuando comenzó á vomitar de manera que no le quedó cosa en el estómago; y con las ansiás, y agitacion del vómito le dió un sudor copiosísimo, por lo cual mandó que le arropasen y le dejasen solos. Hiciéronlo asi, y quedóse dormido mas de tres horas, al cabo de las cuales despertó, y se sintió aliviadísimo del cuerpo, y de tal manera mejor de su quebrantamiento que se tuvo por sano, y verdaderamente creyó que lo habia acertado con el bálsamo de Fierabras, y que con aquel remedio podia acometer desde allí adelante sin

temor alguno cualesquiera riñas, batallas y pendencias por peligrosas que fuesen. Sancho Panza, que tambien tuvo á milagro la mejoría de su amo, le rogó que le diese á él lo que quedaba en la olla, que no era poca cantidad. Concedióselo Don Quijote, y él tomándola á dos manos con buena fe y mejor talante se la echó á pechos, y envasó bien poco menos que su amo. Es pues el caso que el estómago del pobre Sancho no debia de ser tan delicado como el de su amo, y asi primero que vomitase le dieron tantas ansias y bascas con tantos trasudores y desmayos, que él pensó bien y verdaderamente que era llegada su última hora; y viéndose tan afligido y congojado maldecia el bálsamo y al ladron que se le habia dado. Viéndole asi Don Quijote le dijo: yo creo, Sancho, que todo este mal te viene de no ser armado caballero, porque tengo para mí que este licor no debe de aprovechar á los que no lo son. Si eso sabia vuestra merced, replicó Sancho, mal haya yo y toda mi parentela ¿para que consintió que lo gustase? En esto hizo su operacion el brebage, y comenzó el pobre escudero á desaguarde por entrambas canales con tanta priesa, que la estera de enea sobre quien se habia vuelto á echar, ni la manta de angeo con que se cubria fueron mas de provecho: sudaba y trasudaba con tales parasismos y accidentes, que no solamente él, sino todos pensaron que se le acababa la vida:

duróle esta borrasca y mala andanza casi dos horas, al cabo de las cuales no quedó como su amo, sino tan molido y quebrantado que no se podia tener; pero Don Quijote, que como se ha dicho, se sintió aliviado y sano, quiso partirse luego á buscar aventuras, pareciéndole que todo el tiempo que allí se tardaba era quitársele al mundo y á los en él menesterosos de su favor y amparo, y mas con la seguridad y confianza que llevaba en su bálsamo: y asi forsado de este deséo el mismo ensilló Rocinante, y enalbardó el jumento de su escudero, á quien tambien ayudó á vestir y á subir en el asno: púsose luego á caballo, y llegándose á un rincon de la venta asió de un lanzon que allí estaba para que le sirviese de lanza. Estábanle mirando todos cuantos habia en la venta, que pasaban de mas de veinte personas; mirábale tambien la hija del ventero, y él tambien no quitaba los ojos de ella, y de cuando en cuando arrojaba un suspíro que parecia que le arrancaba del profundo de sus entrañas, y todos pensaban que debia de ser del dolor que sentia en las costillas, á lo menos pensábanlo aquellos que la noche antes le habian visto bizmar. Ya que estuvieron los dos á caballo, puesto á la puerta de la venta llamó al ventero, y con voz muy reposada y grave le dijo: muchas y muy grandes son las mercedes, señor alcaide, que en este vuestro castillo he recibido, y que-

do obligadísimo á agradecéroslas todos los dias de mi vida : si os las puedo pagar en haceros vengado de algun soberbio que os haya hecho algun agravio, sabed que mi oficio no es otro sino valer á los que poco pueden, y vengar á los que reciben tuertos, y castigar alevosías; recorred vuestra memoria, y si hallais alguna cosa de este jaez que encomendarme, no hay sino decirla, que yo os prometo por la órden de caballero que recibí, de haceros satisfecho y pagado á toda vuestra voluntad. El ventero le respondió con el mismo sosiego : señor caballero, yo no tengo necesidad de que vuestra merced me vengue ningun agravio, porque yo sé tomar la venganza que me parece cuando se me hace : solo he menester que vuestra merced me pague el gasto que esta noche ha hecho en la venta, asi de la paja y cebada de sus dos bestias, como de la cena y camas. ¿ Luego venta es esta ? replicó Don Quijote. Y muy honrada, respondió el ventero. Engañado he vivido hasta aquí, respondió Don Quijote, que en verdad que pensé que era castillo, y no malo; pero pues es asi que no es castillo sino venta, lo que se podrá hacer por ahora es que perdoneis por la paga, que yo no puedo contravenir á la órden de los caballeros andantes, de los cuales sé cierto (sin que hasta ahora haya leido cosa en contrario) que jamas pagaron posada, ni otra cosa, en venta donde estuviesen, posque se les

debe de fuero y de derecho cualquier buen acogimiento que se les hiciese, en pago del insufrible trabajo que padecen buscando las aventuras de noche y de dia, en invierno y en verano, á pie y á caballo, con sed y con hambre, con calor y con frio, sujetos á todas las inclemencias del cielo, y á todas las incomodides de la tierra. Poco tengo yo que ver en eso, respondió el ventero: págueseme lo que se me debe, y dejémonos de cuentos ni de caballerías, que yo no tengo cuenta con otra cosa que con cobrar mi hacienda. Vos sois un sandío y mal hostalero, respondió Don Quijote, y poniendo piernas á Rocinante, y terciando su lanzon, se salió de la venta sin que nadie le detuviese: y él, sin mirar si le seguia su escudero, se alongó un buen trecho. El ventero que le vió ir, y que no le pagaba, acudió á cobrar de Sancho Panza; el cual dijo, que pues su señor no habia querido pagar, que tampoco él pagaria, porque siendo él escudero de caballero andante como era, la misma regla y razon corria por él como por su amo en no pagar cosa alguna en los mesones y ventas. Amohinóse mucho de esto el ventero, y amenazóle que si no le pagaba que lo cobraria de modo que le pesase. Á lo cual Sancho respondió, que por la ley de caballería que su amo habia recibido, no pagaria un solo cornado, aunque le costase la vida, porque no habia de perder por él la buena y antigua usan-

za de los caballeros andantes, ni se habian de quejar de él los escuderos de los tales que estaban por venir al mundo, reprochándole el quebrantamiento de tan justo fuero. Quiso la mala suerte del desdichado Sancho que entre la gente que estaba en la venta se hallasen cuatro perailes de Segovia, tres agujeros del potro de Córdoba, y dos vecinos de la heria de Sevilla, gente alegre, bien intencionada, maleante y juguetona, los cuales casi como instigados y movidos de un mismo espíritu se llegaron á Sancho, y apeándole del asno, uno de ellos entró por la manta de la cama del huésped, y echándole en ella alzaron los ojos y vieron que el techo era algo mas bajo de lo que habian menester para su obra, y determinaron salirse al corral, que tenia por límite el cielo, y allí puesto Sancho en mitad de la manta comenzaron á levantarle en alto, y á holgarse con él como con perro por carnestolendas. Las voces que el mísero manteado daba fuéron tantas que llegaron á los oidos de su amo, el cual deteniéndose á escuchar atentamente, creyó que alguna nueva aventura le venia, hasta que claramente conoció que el que gritaba era su escudero; y volviendo las riendas, con un pesado galope llegó á la venta, y hallándola cerrada la rodeó por ver si hallaba por donde entrar; pero no hubo llegado á las paredes del corral, que no eran muy altas, cuando vió el mal juego

que se le hacia á su escudero. Vióle bajar y subir por el aire con tanta gracia y presteza, que si la cólera le dejara tengo para mí que se riera. Probó á subir desde el caballo á las bardas, pero estaba tan molido y quebrantado que aun apearse no pudo; y asi desde encima del caballo comenzó á decir tantos denuestos y baldones á los que á Sancho manteaban, que no es posible acertar á escribirlos; mas no por esto cesaban ellos de su risa y de su obra, ni el volador Sancho dejaba sus quejas mezcladas ya con amenazas, ya con ruegos; mas todo aprovechaba poco, ni aprovechó hasta que de puro cansados le dejaron. Trajéronle allí su asno, y subiéronle encima; le arroparon con su gaban, y la compasiva de Maritórnes, viéndole tan fatigado, le pareció ser bien socorrerle con un jarro de agua, y asi se le trajo del pozo por ser mas fria. Tomóle Sancho, y llevándole á la boca se paró á las voces que su amo le daba diciendo: hijo Sancho no bebas agua, hijo no la bebas que te matará: ves aquí tengo el santísimo bálsamo (y enseñábale la alcuza del brebage) que con dos gotas que de él bebas sanarás sin duda. Á estas voces volvió Sancho los ojos como de traves, y dijo con otras mayores: por dicha hásele olvidado á vuestra merced como yo no soy caballero, ó quiere que acabe de vomitar las entrañas que me quedaron de anoche? Guárdese su licor con todos los

diablos, y déjeme á mí : y el acabar de decir esto y el comenzar á beber todo fué uno; mas como al primer trago vió que era agua, no quiso pasar adelante, y rogó á Maritórnes que se le trajese de vino, y asi lo hizo ella de muy buena voluntad, y lo pagó de su mismo dinero, porque en efecto se dice de ella que aunque estaba en aquel trato tenia unas sombras y lejos de cristiana. Asi como bebió Sancho dió de los carcaños á su asno, y abriéndole la puerta de la venta de par en par, se salió de ella muy contento de no haber pagado nada, y de haber salido con su intencion, aunque habia sido á costa de sus acostumbrados fiadores, que eran sus espaldas. Verdad es que el ventero se quedó con sus alforjas en pago de lo que se le debia; mas Sancho no las echó menos, segun salió turbado. Quiso el ventero atrancar bien la puerta asi como le vió fuera, mas no lo consintieron los manteadores, que era gente que aunque Don Quijote fuera verdaderamente de los caballeros andantes de la Tabla redonda, no le estimaran en dos ardites.

CAPÍTULO XVIII.

Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor Don Quijote, con otras aventuras dignas de ser contadas.

LLEGÓ Sancho á su amo marchito y desmayado, tanto que no podia arrear su jumento. Cuando asi le vió Don Quijote le dijo : ahora acabo de creer, Sancho bueno, que aquel castillo ó venta es encantado sin duda, porque aquellos que tan atrozmente tomaron pasatiempo contigo ¿que podian ser sino fantasmas y gente del otro mundo? y confirmo esto por haber visto que cuando estaba por las bardas del corral mirando los actos de tu triste tragedia no me fué posible subir por ellas, ni menos pude apearme de Rocinante, porque me debian de tener encantado : que te juro por la fe de quien soy que si pudiera subir ó apearme, que yo te hiciera vengado de manera que aquellos follones y malandrines se acordaran de la burla para siempre, aunque en ello supiera contravenir á las leyes de caballería, que como ya muchas veces te he dicho no consienten que caballero ponga mano contra quien no lo sea si

no fuere en defensa de su propia vida y persona en caso de urgente y gran necesidad. Tambien me vengara yo si pudiera, fuera ó no fuera armado caballero, pero no pude : aunque tengo para mí que aquellos que se holgaron conmigo no eran fantasmas ni hombres encantados, como vuestra merced dice, sino hombres de carne y de hueso como nosotros; y todos, segun los oí nombrar cuando me volteaban, tenian sus nombres, que el uno se llamaba Pedro Martinez, y el otro Tenorio Hernandez, y el ventero oí que se llamaba Juan Palomeque el Zurdo : asi que, señor, el no poder saltar las bardas del corral, ni apearse del caballo, en él estuvo que no en encantamentos; y lo que yo saco en limpio de todo esto es que estas aventuras que andamos buscando, al cabo al cabo nos han de traer á tantas desventuras que no sepamos cual es nuestro pie derecho, y lo que seria mejor y mas acertado, segun mi poco entendimiento, fuera el volvernos á nuestro lugar ahora que es tiempo de la siega, y de entender en la hacienda, dejándonos de andar de zeca en meca y de zoca en colodra, como dicen. Que poco sabes, Sancho, respondió Don Quijote, de achaque de caballería : calla y ten paciencia, que dia vendrá donde veas por vista de ojos cuan honrosa cosa es andar en este ejercicio : si no dime, ¿que mayor contento puede haber en el mundo, ó que gusto puede igualarse al de vencer una

batalla, y al de triunfar de su enemigo? ninguno sin duda alguna. Asi debe de ser, respondió Sancho, puesto que yo no lo sé: solo sé que despues que somos caballeros andantes, ó vuestra merced lo es (que yo no hay para que me cuente en tan honroso numero) jamas hemos vencido batalla alguna sino fué la del vizcaino, y aun de aquella salió vuestra merced con media oreja y media celada menos: que despues acá todo ha sido palos y mas palos, puñadas y mas puñadas, llevando yo de ventaja el manteamiento, y haberme sucedido por personas encantadas de quien no puedo vengarme, para saber hasta donde llega el gusto del vencimiento del enemigo, como vuestra merced dice. Esa es la pena que yo tengo, y la que tú debes tener Sancho, respondió Don Quijote, pero de aquí adelante yo procuraré haber á las manos alguna espada hecha por tal maestría, que al que la trajere consigo no le puedan hacer ningun género de encantamentos; y aun podria ser que me deparase la ventura aquella de Amadis, cuando se llamaba el Caballero de la ardiente espada, que fué una de las mejores espadas que tuvo caballero en el mundo; porque fuera que tenia la virtud dicha, cortaba como una navaja, y no habia armadura, por fuerte y encantada que fuese, que se le parase delante. Yo soy tan venturoso, dijo Sancho, que cuando eso fuese, y vuestra merced viniese

á hallar espada semejante, solo vendria á servir y aprovechar á los armados caballeros como el bálsamo, y á los escuderos que se los papen duelos. No temas eso, Sancho, dijo Don Quijote, que mejor lo hará el cielo contigo. En estos coloquios iban Don Quijote y su escudero cuando vió Don Quijote que por el camino que iban venia hácia ellos una grande y espesa polvareda, y en viéndola se volvió á Sancho, y le dijo: este es el dia, ó Sancho, en el cual se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte: este es el dia, digo, en que se ha de mostrar tanto como en otro alguno el valor de mi brazo, y en el que tengo de hacer obras que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos. ¿Ves aquella polvareda que allí se levanta, Sancho? pues toda es cuajada de un copiosísimo ejército que de diversas é innumerables gentes por allí viene marchando. Á esa cuenta, dos deben de ser, dijo Sancho, porque de esta parte contraria se levanta asimismo otra semejante polvareda. Volvió á mirarlo Don Quijote, y vió que asi era la verdad: y alegrándose sobre manera, pensó sin duda alguna que eran dos ejércitos que venian á embestirse y á encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura, porque tenia á todas horas y momentos llena la fantasía de aquellas batallas, encantamentos, sucesos, desatinos, amores, desafíos que en los libros de caballerías se

cuentan; y todo cuanto hablaba, pensaba ó hacia era encaminado á cosas semejantes; y la polvareda que habia visto la levantaban dos grandes manadas de ovejas y carneros que por aquel mismo camino de dos diferentes partes venian, las cuales con el polvo no se echaron de ver hasta que llegaron cerca; y con tanto ahinco afirmaba Don Quijote que eran ejércitos, que Sancho le vino á creer y á decirle: señor, ¿pues que hemos de hacer nosotros? ¿Que? dijo Don Quijote, favorecer y ayudar á los menesterosos y desvalidos: y has de saber, Sancho, que este que viene por nuestra frente le conduce y guia el grande Emperador Alifanfaron, señor de la grande isla Trapobana; este otro, que á mis espaldas marcha, es el de su enemigo el Rey de los Garamantas, Pentapolin del arremangado brazo, porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo. Pues ¿por que se quieren tan mal estos dos señores? preguntó Sancho. Quiérense mal, respondió Don Quijote, porque este Alifanfaron es un furibundo pagano, y está enamorado de la hija de Pentapolin, que es una muy hermosa y ademas agraciada señora, que es cristiana, y su padre no se la quiere entregar al Rey pagano si no deja primero la ley de su falso profeta Mahoma, y se vuelve á la suya. Para mis barbas, dijo Sancho, si no hace muy bien Pentapolin, y que le tengo de ayudar en

cuanto pudiere. En eso harás lo que debes, Sancho, dijo Don Quijote, porque para entrar en batallas semejantes no se requiere ser armado caballero. Bien se me alcanza eso, respondió Sancho; pero ¿donde pondrémos á este asno, que estemos ciertos de hallarle despues de pasada la refriega, porque el entrar en ella en semejante caballería no creo que está en uso hasta ahora? Asi es verdad, dijo Don Quijote; lo que puedes hacer de él es dejarle á sus aventuras, ahora se pierda ó no, porque serán tantos los caballos que tendrémos despues que salgamos vencedores, que aun corre peligro Rocinante no le trueque por otro; pero estáme atento y mira, que te quiero dar cuenta de los caballeros mas principales que en estos dos ejércitos vienen, y para que mejor los veas y notes, retirémonos á aquel altillo que allí se hace, de donde se deben de descubrir los dos ejércitos. Hiciéronlo asi, y pusiéronse sobre una loma, desde la cual se verian bien la dos manadas que á Don Quijote se le hicieron ejércitos, si las nubes del polvo que levantaban no les turbara y cegara la vista; pero con todo esto, viendo en su imaginacion lo que no veia ni habia, con voz levantada comenzó á decir: aquel caballero que allí ves de las armas jaldes, que trae en el escudo un leon coronado rendido á los pies de una doncella, es el valeroso Laurcalco, señor de la puente de plata:

el otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolembo, gran duque de Quirocia: el otro de los miembros giganteos, que está á su derecha mano, es el nunca medroso Brandabarbaran de Boliche, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta que segun es fama es una de las del templo que derribó Sanson cuando con su muerte se vengó de sus enemigos; pero vuelve los ojos á estotra parte, y verás delante y en la frente de estotro ejército al siempre vencedor y jamas vencido Timonel de Carcajona, Príncipe de la nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas á cuarteles azules, verdes, blancos y amarillos, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado con una letra que dice Miau, que es el principio del nombre de su dama, que segun se dice es la sin par Miulina, hija del Duque de Alfeñiquen del Algarbe: el otro que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana, que trae las armas como nieve blancas, y el escudo es blanco y sin empresa alguna, es un caballero novel, de nacion Frances, llamado Pierres Papin, señor de las baronías de Utrique: el otro, que bate las hijadas con los herrados carcaños á aquella pintada y ligera cebra, y trae las armas de los veros azules, es el poderoso Duque de Nerbia

Espartafilardo del Bosque, que trae por empresa en el escudo una esparraguera con una letra en castellano que dice asi : Rastrea mi suerte. Y de esta manera fué nombrando muchos caballeros del uno y del otro escuadron que él se imaginaba, y á todos les dió sus armas, colores, empresas y motes de improviso, llevado de la imaginacion de su nunca vista locura, y sin parar prosiguió diciendo : y este escuadron frontero forman y hacen gentes de diversas naciones : aquí estan los que beben las dulces aguas del famoso Xanto : los Montuosos que pisan los Masílicos campos, los que criban el finísimo y menudo oro en la felice Arabia, los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte : los que sangran por muchas y diversas vias el dorado Pactolo, los Numidas dudosos en sus promesas, los Persas en arcos y flechas famosos, los Partos, los Medos, que pelean huyendo, los Árabes de mudables casas, los Citas tan crueles como blancos, los Etíopes de horadados labios, y otras infinitas naciones cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En estotro escuadron vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Betis, los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo, los que gozan las provechosas aguas del divino Genil, los que pisan los Tartesios campos de pastos abundantes, los que se alegran en

los Elíseos jerezanos prados, los Manchegos ricos y coronados de rubias espigas, los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda, los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente, los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso, los que tiemblan con el frio del silboso Pirineo y con los blancos copos del levantado Apenino: finalmente cuantos toda la Europa en sí contiene y encierra. ¡Válame Dios, y cuantas provincias dijo, cuantas naciones nombró, dándole á cada una con maravillosa presteza los atributos que le pertenecian, todo absorto y empapado en lo que habia leido en sus libros mentirosos! Estaba Sancho Panza colgado de sus palabras sin hablar ninguna, y de cuando en cuando volvia la cabeza á ver si veia los caballeros y gigantes que su amo nombraba, y como no descubria á ninguno, le dijo: señor, encomiendo al diablo, si hombre, ni gigante, ni caballero de cuantos vuestra merced dice, parece por todo esto, á lo menos yo no los veo; quizá todo debe de ser encantamento como las fantasmas de anoche. ¿Como dices eso? respondió Don Quijote: ¿no oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los tambores? No oygo otra cosa respondió Sancho, sino muchos balidos de ovejas y carneros; y asi era la verdad, porque ya llegaban

cerca los dos rebaños. El miedo que tienes, dijo Don Quijote, te hace, Sancho, que ni veas ni oygas á derechas, porque uno de los efectos del miedo es turbar los sentidos, y hacer que las cosas no parezcan lo que son: y si es que tanto temes, retírate á una parte y déjame solo, que solo basto á dar la victoria á la parte á quien yo diere mi ayuda: y diciendo esto puso las espuelas á Rocinante, y puesta la lanza en el ristre bajó de la costezuela como un rayo. Dióle voces Sancho diciéndole: vuélvase vuestra merced, señor Don Quijote, que voto á Dios que son carneros y ovejas las que va á embestir: vuélvase, desdichado del padre que me engendró; ¡que locura es esta! mire que no hay gigante, ni caballero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos ni enteros, ni veros azules ni endiablados; ¿que es lo que hace? pecador soy yo á Dios. Ni por esas volvió Don Quijote, antes en altas voces iba diciendo: ea caballeros, los que seguis y militais debajo de las banderas del valeroso Emperador Pentapolin del arremangado brazo, seguidme todos, veréis cuan fácilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfaron de la Trapobana. Esto diciendo, se entró por medio del escuadron de las ovejas, y comenzó de alancearlas con tanto corage y denuedo cómo si de veras alanceara á sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos que con la manada venian, dábanle

voces que no hiciese aquello; pero viendo que no aprovechaban, desciñéronse las hondas, y comenzaron á saludarle los oidos con piedras como el puño. Don Quijote no se curaba de las piedras, antes discurriendo á todas partes decia: adonde estás, soberbio Alifanfaron, vente á mí, que un caballero solo soy que desea de solo á solo probar tus fuerzas y quitarte la vida en pena de la que das al valeroso Pentapolin Garamanta. Llegó en esto una peladilla de arroyo, y dándole en un lado le sepultó dos costillas en el cuerpo. Viéndose tan mal trecho creyó sin duda que estaba muerto ó mal herido, y acordándose de su licor sacó su alcuza y púsosela á la boca, y comenzó á echar licor en el estómago: mas antes que acabase de envasar lo que á él le parecia que era bastante, llegó otra almendra y dióle en la mano y en el alcuza tan de lleno que se la hizo pedazos, llevándole de camino tres ó cuatro dientes y muelas de la boca, y machucándole malamente dos dedos de la mano. Tal fué el golpe primero, y tal el segundo que le fué forzoso al pobre caballero dar consigo del caballo abajo. Llegáronse á él los pastores, y creyeron que le habian muerto; y asi con mucha priesa recogieron su ganado, y cargaron de las reses muertas, que pasaban de siete, y sin averiguar otra cosa se fueron. Estábase todo este tiempo Sancho sobre la

cuesta mirando las locuras que su amo hacia, y arrancábase las barbas, maldiciendo la hora y el punto en que la fortuna se le habia dado á conocer: viéndole pues caido en el suelo, y que ya los pastores se habian ido, bajó la cuesta y llegóse á él, y hallóle de muy mal arte, aunque no habia perdido el sentido, y díjole: ¿no le decia yo, señor Don Quijote, que se volviese, que los que iba á acometer no eran ejércitos sino manadas de carneros? Como eso puede desaparecer y contrahacer aquel ladron del sabio mi enemigo: sábete, Sancho, que es muy fácil cosa á los tales hacernos parecer lo que quieren, y este maligno que me persigue, envidioso de la gloria que yo habia de alcanzar de esta batalla, ha vuelto los escuadrones de enemigos en manadas de ovejas: si no, haz una cosa, Sancho, por mi vida, porque te desengañes y veas ser verdad lo que te digo: sube en tu asno y síguelos bonitamente, y verás como en alejándose, de aqui algun poco se vuelven en su ser primero, y dejando de ser carneros son hombres hechos y derechos como yo te los pinté primero: pero no vayas ahora que he menester tu ayuda y favor; llégate á mí, y mira cuantas muelas y dientes me faltan, que me parece que no me ha quedado ninguno en la boca. Llegóse Sancho tan cerca que casi le metia los ojos en la boca, y fué á tiempo que ya habia obrado el bálsamo en el estómago de Don Qui-

jote, y al tiempo que Sancho llegó á mirarle la boca arrojó de sí mas recio que una escopeta cuanto dentro tenia, y dió con todo ello en las barbas del compasivo escudero. ¡ Santa María ! dijo Sancho, ¿ y que es esto que me ha sucedido? sin duda este pecador está herido de muerte, pues vomita sangre por la boca; pero reparando un poco mas en ello, echó de ver en el color, sabor y olor que no era sangre, sino el bálsamo de la alcuza que él le habia visto beber; y fué tanto el asco que tomó, que revolviéndosele el estómago vomitó las tripas sobre su mismo señor, y quedaron entrambos como de perlas. Acudió Sancho á su asno para sacar de las alforjas con que limpiarse y con que curar á su amo, y como no las halló estuvo á punto de perder el juicio : maldíjose de nuevo, y propuso en su corazon de dejar á su amo y volverse á su tierra, aunque perdiese el salario de lo servido y las esperanzas del gobierno de la prometida ínsula. Levantóse en esto Don Quijote, y puesta la mano izquierda en la boca porque no se le acabasen de salir los dientes, asió con la otra las riendas de Rocinante, que nunca se habia movido de junto á su amo (tal era de leal y bien acondicionado), y fuese adonde su escudero estaba de pechos sobre su asno con la mano en la mejilla en guisa de hombre pensativo ademas; y viéndole Don Quijote de aquella manera con muestra de tanta tristeza

le dijo : sábete, Sancho, que no es un hombre mas que otro si no hace mas que otro : todas estas borrascas que nos suceden son señales de que presto ha de serenar el tiempo, y han de sucedernos bien las cosas, porque no es posible que el mal ni el bien sean durables, y de aquí se sigue que habiendo durado mucho el mal, el bien está ya cerca: asi que no debes congojarte por las desgracias que á mí me suceden, pues á tí no te cabe parte de ellas. ¿ Como no? respondió Sancho : ¿ por ventura el que ayer mantearon era otro que el hijo de mi padre? y las alforjas que hoy me faltan con todas mis alhajas son de otro que del mismo? Que ¡ te faltan las alforjas, Sancho! dijo Don Quijote. Sí que me faltan, respondió Sancho. ¿De ese modo no tenemos que comer hoy? replicó Don Quijote, Eso fuera, respondió Sancho, cuando faltaran por estos prados las yerbas que vuestra merced dice que conoce, con que suelen suplir semejantes faltas los tan mal aventurados caballeros andantes como vuestra merced es. Con todo eso, respondió Don Quijote, tomara yo ahora mas aquí un cuartal de pan, ó una hogaza y dos cabezas de sardinas arenques que cuantas yerbas describe Dioscórides, aunque fuera el ilustrado por el Doctor Laguna; mas con todo esto sube en tu jumento, Sancho el bueno, y vente tras mí, que Dios que es proveedor de todas las cosas, no nos ha de faltar, y mas andando tan

en su servicio como andamos pues no falta á los mosqnitos del aire, ni á los gusanillos de la tierra, ni á los renacuajos del agua, y es tan piadoso que hace salir su sol sobre los buenos y malos, y llueve sobre los injustos y justos. Mas bueno era vuestra merced, dijo Sancho, para predicador que para caballero andante. De tode sabian y han de saber los caballeros andantes, Sancho, dijo Don Quijote; porque caballero andante hubo en los pasados siglos, que asi se paraba á hacer un sermon ó plática en mitad de un camino real, como si fuera graduado por la universidad de Paris: de donde se infiere que nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza. Ahora bien, sea asi como vuestra merced dice, respondió Sancho: vamos ahora de aquí y procuremos donde alojar esta noche, y quiera Dios que sea en parte donde no haya mantas, ni manteadores, ni fantasmas, ni moros encantados: que si los hay daré al diablo el hato y él garabato. Pidéselo tú á Dios, hijo, dijo Don Quijote, y guia tú por donde quisieres, que esta vez quiero dejar á tu eleccion el alojarnos; pero dame acá la mano, y atiéntame con el dedo, y mira bien cuantos dientes y muelas me faltan de este lado derecho de la quijada alta, que allí siento el dolor. Metió Sancho los dedos, y estándole atentando le dijo: ¿cuantas muelas solia vuestra merced tener en esta parte? Cuatro, respondió Don

Quijote, fuera de la cordal, todas enteras y muy sanas. Mire vuestra merced bien lo qne dice, señor, respondió Sancho. Digo cuatro, si no eran cinco, respondió Don Quijote, porque en toda mi vida me han sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caido, ni comido de neguijon, ni de reuma alguna. Pues en esta parte de abajo, dijo Sancho, no tiene vuestra merced mas de dos muelas y media; y en la de arriba, ni media, ni ninguna, que toda está rasa como la palma de la mano. ¡Sin ventura yo! dijo Don Quijote, oyendo las tristes nuevas que su escudero le daba, que mas quisiera que me hubieran derribado un brazo, como no fuera el de la espada; porque te hago saber, Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho mas se ha de estimar un diente que un diamante; mas á todo esto estamos sujetos los que profesamos la estrecha órden de la caballería: sube, amigo, y guia, que yo te seguiré al paso que quisieres. Hízolo asi Sancho, y encaminóse hácia donde le pareció que podia hallar acogimiento, sin salir del camino real que por allí iba muy seguido. Yéndose pues poco á poco, porque el dolor de las quijadas de Don Quijote no le dejaba sosegar, ni atender á darse priesa, quiso Sancho entretenerle y divertirle diciéndole alguna cosa, y entre otras que le dijo, fué lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XIX.

De las discretas razones que Sancho pasaba con su amo, y de la aventura que les sucedió con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos.

PARÉCEME, señor mio, que todas estas desventuras que estos dias nos han sucedido, sin duda alguna han sido pena del pecado cometido por vuestra merced contra la órden de su caballería, no habiendo cumplido el juramento que hizo de no comer pan á manteles ni con la reina folgar, con todo aquello que á esto se sigue y vuestra merced juró de cumplir, hasta quitar aquel almete de Mandrino ó como se llama el moro, que no me acuerdo bien. Tienes mucha razon, Sancho, dijo Don Quijote; mas para decirte verdad, ello se me habia pasado de la memoria; y tambien puedes tener por cierto que por la culpa de no habérmelo tú acordado en tiempo te sucedió aquello de la manta; pero yo haré la enmienda, que modos hay de composicion en la órden de la caballería para todo. ¿Pues juré yo algo por dicha? respondió Sancho. No importa que no hayas jurado, dijo Don Quijote, basta que yo entiendo que de participantes no estás muy seguro,

y por si ó por no, no será malo proveernos de remedio. Pues si ello es asi, dijo Sancho, mire vuestra merced no se le torne á olvidar esto como lo del juramento; quizá les volverá la gana á las fantasmas de solazarse, otra vez conmigo, y aun con vuestra merced, si le ven tan pertinaz. En estas y otras pláticas les tomó la noche en mitad del camino, sin tener ni descubrir donde aquella noche se recogiesen, y lo que habia de bueno en ello era que perecian de hambre, que con falta de las aforjas les faltó toda la despensa y matalotage, y para acabar de confirmar esta desgracia, les sucedió una aventura que sin artificio alguno verdaderamente lo parecia, y fué que la noche cerró con alguna obscuridad; pero con todo esto caminaban, creyendo Sancho que pues aquel camino era real, á una ó dos leguas de buena razon hallaria en él alguna venta. Yendo pues de esta manera, la noche obscura, el escudero hambriento, y el amo con gana de comer, vieron que por el mismo camino que iban venian hácia ellos gran multitud de lumbres, que no parecian sino estrellas que se movian. Pasmóse Sancho en viéndolas, y Don Quijote no las tuvo todas consigo: tiró el uno del cabestro á su asno, y el otro de las riendas á su rocin, y estuvieron quedos mirando atentamente lo que podia ser aquello, y vieron que las lumbres se iban acercando á ellos, y mientras mas se lle-

gaban, mayores parecian; á cuya vista Sancho commenzó á temblar como un azogado, y los cabellos de la cabeza se le erizaron á Don Quijote, el cual animándose un poco dijo: esta sin duda, Sancho, debe de ser grandísima y peligrosísima aventura, donde será necesario que yo muestre todo mi valor y esfuerzo, ¡Desdichado de mí! respondió Sancho, si acaso esta aventura fuese de fantasmas como me lo va pareciendo¿ adonde habrá costillas que la sufran! Por mas fantasmas que sean, dijo Don Quijote, no consentiré yo que te toquen en el pelo de la ropa, que si la otra vez se burlaron contigo, fué porque no pude yo saltar las paredes del corral: pero ahora estamos en campo raso, donde podré yo como quisiere esgrimir mi espada. Y si le encantan y entomecen, como la otra vez lo hicieron, dijo Sancho, ¿que aprovechará estar en campo abierto ó no? Con todo eso, replicó Don Quijote, te ruego, Sancho, que tengas buen ánimo, que la experiencia te dará á entender el que yo tengo. Sí tendré, si á Dios place, respondió Sancho; y apartándose los dos á un lado del camino, tornaron á mirar atentamente lo que aquello de aquellas lumbres que caminaban podia ser, y de allí á muy poco descubrieron muchos encamisados, cuya temerosa vision de todo punto remató el ánimo de Sancho Panza, el cual commenzó á dar diente con diente como quien tiene frio de cuartana,

y creció mas el batir y dentellear cuando distintamente vieron lo que era, porque descubrieron hasta veinte encamisados, todos á caballo, con sus hachas encendidas en las manos, detras de los cuales venia una litera cubierta de luto, á la cual seguian otros seis de á caballo enlutados hasta los pies de las mulas, que bien vieron que no eran caballos en el sosiego con que caminaban: iban los encamisados murmurando entre sí con una voz baja y compasiva. Esta extraña vision á tales horas y en tal despoblado bien bastaba para poner miedo en el corazon de Sancho, y aun en el de su amo; y asi fuera en cuanto á Don Quijote, que ya Sancho habia dado al traves con todo su esfuerzo; mas lo contrario le avino á su amo, al cual en aquel punto se le representó en su imaginacion al vivo que aquella era una de las aventuras de sus libros: figurósele que la litera eran andas donde debia de ir algun mal ferido ó muerto caballero, cuya venganza á él solo estaba reservada, y sin hacer otro discurso enristró su lanzon: púsose bien en la silla, y con gentil brio y continente se puso en la mitad del camino por donde los encamisados forzosamente habian de pasar, y cuando los vió cerca alzó la voz y dijo: deteneos, caballeros, quien quiera que seais, y dadme cuenta de quien sois, de donde venis, adonde vais, que es lo que en aquellas andas llevais, que segun las muestras, ó vosotros ha-

beis fecho, ó os han fecho algun desaguisado, y conviene y es menester que yo lo sepa, ó bien para castigaros del mal que fecístes, ó bien para vengaros del tuerto que vos ficieron. Vamos de priesa, respondió uno de los encamisados, está la venta lejos y no nos podemos detener á dar tanta cuenta como pedis; y picando la mula pasó adelante. Sintióse de esta respuesta grandemente Don Quijote, y trabando del freno dijo: deteneos y sed mas bien criado, y dadme cuenta de lo que os he preguntado, si no conmigo sois todos en batalla. Era la mula asombradiza, y al tomarla del freno se espantó de manera, que alzándose en los pies dió con su dueño por las ancas en el suelo. Un mozo que iba á pie, viendo caer al encamisasado, comenzó á denostar á Don Quijote, el cual ya encolerizado, sin esperar mas, enristrando su lanzon arremetió á uno de los enlutados, y mal ferido dió con él en tierra, y revolviéndose por los demas era cosa de ver la preteza con que los acometia y desbarataba, que no pareció sino que en aquel instante le habian nacido alas á Rocinante, segun andaba de ligero y orgulioso. Todos los encamisados eran gente medrosa y sin armas, y asi con facilidad, en un momento dejaron la refriega, y comenzaron á correr por aquel campo con las hachas encendidas, que no parecian sino á los de las máscaras, que en noche de regocijo y fiesta

corren. Los enlutados asimismo revueltos y envueltos en sus faldamentos y lobas, no se podian mover asi muy á su salvo; Don Quijote los apaleó á todos, y les hizo dejar el sitio mal de su grado, porque todos pensaron que aquel no era hombre sino diablo del infierno que les salia á quitar el cuerpo muerto que en la litera llevaban. Todo lo miraba Sancho admirado del ardimiento de su señor, y decia entre sí: sin duda este mi amo es tan valiente y esforzado como el dice. Estaba una hacha ardiendo en el suelo junto al primero que derribó la mula, á cuya luz le pudo ver Don Quijote, y llegándose á él le puso la punta del lanzon en el rostro, diciéndole que se rindiese, si no que le mataria; á lo cual respondió el caido: harto rendido estoy, pues no me puedo mover, que tengo una pierna quebrada: suplico á vuestra merced, si es caballero cristiano, que no me mate, que cometerá un gran sacrilegio, que soy licenciado y tengo las primeras órdenes. ¿Pues quien diablos os ha traido aquí, dijo Don Quijote, siendo hombre de iglesia? Quien, señor? replicó el caido, mi desventura. Pues otra os amenaza, dijo Don Quijote, si no me satisfaceis á todo cuanto primero os pregunté. Con facilidad será vuestra merced satisfecho, respondió el licenciado, y asi sabrá vuestra merced, que aunque denantes dije que yo era licenciado, no soy sino bachiller, y llámome Alonso Lopez, soy

natural de Alcovéndas, vengo de la ciudad de Baesa con otros once sacerdotes, que son los que huyeron con las hachas; vamos á la ciudad de Segovia, acompañando un cuerpo muerto que va en aquella litera, que es de un caballero que murió en Baesa donde fué depositado, y ahora, como digo, llevábamos sus huesos á su sepultura, que está en Segovia de donde es natural. ¿Y quien le mató? preguntó Don Quijote. Dios por medio de unas calenturas pestilentes que le dieron, respondió el bachiller. De esa suerte, dijo Don Quijote, quitado me ha nuestro Señor del trabajo que habia de tomar en vengar su muerte si otro alguno le hubiera muerto; pero habiéndole muerto quien le mató, no hay sino callar y encoger los hombros, porque lo mismo hiciera si á mí mismo me matara: y quiero que sepa vuestra reverencia, que yo soy un caballero de la Mancha, llamado Don Quijote, y es mi oficio y ejercicio andar por el mundo enderezando tuertos y desfaciendo agravios. No sé como pueda ser eso de enderezar tuertos, dijo el bachiller, pues á mí de derecho me habeis vuelto tuerto, dejándome una pierna quebrada, la cual no se verá derecha en todos los dias de su vida, y el agravio que en mí habeis deshecho ha sido, dejarme agraviado de manera que me quedaré agraviado para siempre; y harta desventura ha sido topar con vos que vais buscando aventuras. No todas las cosas,

respondió Don Quijote, suceden de un mismo modo : el daño estuvo, señor bachiller Alonzo Lopez, en venir como veníades de noche, vestidos con aquellos sobrepellices, con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto, que propriamente semejábades cosa mala y del otro mundo; y asi yo no pude dejar de cumplir con mi obligacion acometiéndoos, y os acometierra aunque verdaderamente supiera que érades los mismos Satanases del infierno, que por tales os juzgué y tuve siempre. Ya que asi lo ha querido mi suerte, dijo el bachiller, suplico á vuestra merced, señor caballero andante, que tan mala andanza me ha dado, me ayude á salir de debajo de esta mula, que me tiene tomada una pierna entre el estribo y la silla. Hablara yo para mañana, dijo Don Quijote; ¿y hasta cuando aguardábades á decirme vuestro afan? Dió luego voces á Sancho Panza que viniese : pero él no se curó de venir, porque andaba ocupado desbalijando una acémila de repuesto que traian aquellos buenos señores bien abastecida de cosas de comer. Hizo Sancho costal de su gaban, y cogiendo todo lo que pudo y cupo en el talego; cargó su jumento, y luego acudió á las voces de su amo, y ayudó á sacar al señor bachiller de la opresion de la mula, y poniéndole encima de ella le dió la hacha, y Don Quijote le dijo que siguiese la derrota de sus compañeros, á quienes de su parte pidiese perdon del agravio;

que no habia sido en su mano dejar de haberles hecho. Díjole tambien Sancho : si acaso quisieran saber esos señores quien ha sido el valeroso que tales los puso, diráles vuestra merced que es el famoso Don Quijote de la Mancha, que por otro nombre se llama EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA. Con esto se fué el bachiller, y Don Quijote preguntó á Sancho que le habia movido á llamarle el Caballero de la triste figura mas entonces que nunca. Yo se lo diré respondió Sancho, porque le he estado mirando un rato á la luz de aquella hacha que lleva aquel mal andante, y verdaderamente tiene vuestra merced la mas mala figura de poco acá que jamas he visto : y débelo de haber causado, ó ya el cansancio de este combate, ó ya la falta de las muelas y dientes. No es eso, respondió Don Quijote, sino que al sabio á cuyo cargo debe de estar el escribir la historia de mis hazañas, le habrá parecido que será bien que yo tome algun nombre apelativo como le tomaban todos los caballeros pasados : cual se llamaba el de la ardiente Espada, cual el del Unicornio, aquel él de las Doncellas, aqueste el del ave Fénix, el otro el caballero del Grifo, estotro el de la Muerte, y por estos nombres é insignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra : y asi digo que el sabio ya dicho te habrá puesto en la lengua y en el pensamiento ahora que me llamases el caballero de la triste figura,

como pienso llamarme desde hoy en adelante; y para que mejor me cuadre tal nombre determino de hacer pintar, cuando haya lugar, en mi escudo una muy triste figura. No hay para que, señor, querer gastar tiempo y dineros en hacer esa figura, dijo Sancho, sino lo que se ha de hacer es que vuestra merced descubra la suya y dé rostro á los que le miraren, que sin mas ni mas, y sin otra imágen ni escudo le llamarán el de la triste figura: y créame que le digo verdad, porque le prometo á vuestra merced, señor (y sea esto dicho en burlas) que le hace tan mala cara la hambre y la falta de las muelas que, como ya tengo dicho, se podrá muy bien excusar la triste pintura. Rióse Don Quijote del donaire de Sancho, pero con todo propuso de llamarse de aquel nombre en pudiendo pintar su escudo ó rodela, como habia imaginado, y díjole: yo entiendo, Sancho, que quedo descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada, *juxta illud: si quis suadente diabolo, etc.* aunque sé bien que no puse las manos, sino este lanzon; cuanto mas que yo no pensé que ofendia á sacerdotes, ni á cosas de la iglesia, á quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano que soy, sino á fantasmas y á vestiglos del otro mundo, y cuando eso asi fuese, en la memoria tengo lo que paso al Cid Rui Diaz cuando quebró la silla del embajador de aquel rey delante de su San-

tidad el Papa, por lo cual le descomulgó, y anduvo aquel dia el buen Rodrigo de Vivar como muy honrado y valiente caballero. En oyendo esto el bachiller se fué, como queda dicho, sin replicarle palabra. Quisiera Don Quijote mirar si el cuerpo que venia en la litera eran huesos ô no, pero no lo consintió Sancho, diciéndole: señor, vuestra merced ha acabado esta peligrosa aventura lo mas á su salvo de todas las que yo he visto: esta gente, aunque vencida y desbaratada, podria ser que cayese en la cuenta de que los venciô sola una persona, y corridos y avergonzados de esto volviesen á rehacerse y á buscarnos, y nos diesen muy bien en que entender: el jumento está como conviene, la montaña es cerca, la hambre carga, no hay que hacer sino retirarnos con gentil compas de pies, y como dicen, váyase el muerto á la sepultura y el vivo á la hogaza. Y antecogiendo su asno rogò á su señor que le siguiese, el cual pareciéndole que Sancho tenia razon, sin volverle á replicar le siguiò: y á poco trecho que caminaban por entre dos montañuelas, se hallaron en un espacioso y escondido valle, donde se apearon, y Sancho alivió el jumento, y tendidos sobre la verde yerba, con la salsa do su hambre almorzaron, comieron, merendaron y cenaron á un mismo punto, satisfaciendo sus estómagos con mas de una fiambrera que los señores clérigos del difunto (que pocas

veces se dejan mal pasar) en la acémila de su repuesto traian: mas sucedióles otra desgracia que Sancho la tuvo por la peor de todas, y fué que no tenian vino que beber, ni aun agua que llegar á la boca, y acosados de la sed dijo Sancho, viendo que el prado donde estaba estaba colmado de verde y menuda yerba, lo que se dirá en el siguiente capítulo.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

TABLA

DE LOS CAPÍTULOS DE ESTE TOMO.

CAP. I. Que trata de la condicion y ejercicio del famoso hidalgo Don Quijote de la Mancha. *Pág.* 1

CAP. II. Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso Don Quijote. 10

CAP. III. Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo Don Quijote en armarse caballero. 20

CAP. IV. De lo que le sucedió á nuestro caballero cuando salió de la venta. 30

CAP. V. Donde se prosigue la narracion de la desgracia de nuestro caballero. 41

CAP. VI. Del donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo. 48

CAP. VII. De la segunda salida de nuestro buen caballero Don Quijote de la Mancha. 59

CAP. VIII. Del buen suceso que el valeroso Don Quijote tuvo en la espantable y jamas imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordacion. 67

CAP. IX. Donde se concluye y da fin á la estupenda batalla que el gallardo vizcaino y el valiente manchego tuvieron. *Pág.* 80

CAP. X. De los graciosos razonamientos que pasaron entre Don Quijote y Sancho Panza su escudero. 89

CAP. XI. De lo que le sucedió á Don Quijote con unos cabreros. 97

CAP. XII. De lo que contó un cabrero á los que estaban con Don Quijote. 107

CAP. XIII. Donde se da fin al cuento de la pastora Marcela, con otros sucesos. 117

CAP. XIV. Donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados sucesos. 132

CAP. XV. Donde se cuenta la desgraciada aventura que topó Don Quijote en topar con unos desalmados yangüeses. 145

CAP. XVI. De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo en la venta, que él imaginaba ser castillo. 157

CAP. XVII. Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el bravo Don Qnijote y su buen escudero Sancho Panza pasaron en la venta, que por su mal pensó que era castillo. 169

CAP. XVIII. Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor Don Quijote, con otras aventuras dignas de ser contadas. 182

CAP. XIX. De las discretas razones que Sancho pasaba con su amo, y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos. *Pág.* 198

1496-2
6

LYON, IMPRENTA DE C. COQUE,
calle del palacio del Arzobispo.

Deacidified using the Bookkeeper process.
Neutralizing agent: Magnesium Oxide
Treatment Date: Nov. 2005

PreservationTechnologies
A WORLD LEADER IN PAPER PRESERVATION
111 Thomson Park Drive
Cranberry Township, PA 16066
(724) 779-2111